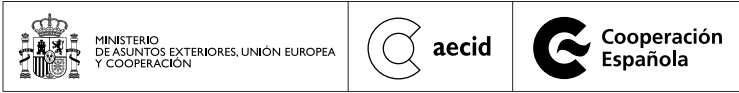


10
DE
30



**Fecha**

Marzo 2019

NIPO

109-19-028-5

Catálogo General de Publicaciones Oficiales

<https://publicacionesoficiales.boe.es>

Depósito Legal

M-11284-2019

Coordinación

Dirección de Relaciones Culturales y Científicas

© De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus propietarios

© De la fotografía de Cristina Morales, Laura Rubiot

© De la fotografía de Miguel Barrero, Victoria R. Ramos

© De la fotografía de Pablo Herrán, Raúl Valero

© De la fotografía de Natàlia Cerezo, Ariadna Arnés

Traducción

Kate Whittemore

Diseño original y maquetación

Lara Lanceta

© AECID, 2019

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

Av. Reyes Católicos, 4

28040 Madrid, España

Tel. +34 91 583 81 00

www.aecid.es

10
DE
30

Entre los treinta y los cuarenta años, Borges publicó *Historia universal de la infamia* y Julio Cortázar *Bestiario*, que fueron los libros de cuentos con que cada cual inauguró su respectiva obra narrativa. García Márquez, por su parte, dio luz a su novela principal, *Cien años de soledad*, también antes de los cuarenta. Y Vargas Llosa, cuya precocidad como novelista le permitió escribir algunos de sus libros más importantes todavía en la veintena, publicó la monumental *Conversación en la Catedral* con apenas treinta y tres años.

Poco importa la edad a la que cada escritor alcanza la madurez literaria, pues hay casos contrarios a los anteriores, y lo único relevante al fin y al cabo es la perdurabilidad y la capacidad de conmovernos de los libros. Pero entre los treinta y los cuarenta años es una franja de edad en la que muchos autores han escrito sus obras más emblemáticas, o que en todo caso han dejado pruebas de una excelencia que se revelaría de forma más conseguida en adelante, y en la que se pueden detectar rastros del talento que está por venir.

Convencidos de que en nuestro país existe un gran número de escritores de esta generación que están haciendo una aportación valiosa, hemos impulsado el programa **10 de 30**. Se trata de una muestra de una decena de autores de esta edad, que confirma la calidad y la variedad de su trabajo. Sin la voluntad de establecer una selección generacional, pues podría haber otros diez autores en el lugar de los que aquí se presentan, pero seguros de que son buenos representantes de su tiempo, formamos un comité de selección que fue el encargado de escogerlos. Ese comité, promovido por la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas de la AECID, estuvo compuesto por Luisgé Martín, Laura Revuelta, Ernesto Pé-

rez Zúñiga, Cristina Sánchez Andrade y Javier Serena, y los seleccionados son: Inés Martín Rodrigo, Cristina Morales, Miguel Barrero, Almudena Sánchez, Pablo Herrán, Aroa Moreno, Natalia Cerezo, Mariana Perezagua, Inma López Silva y Alejandro Morellón.

El criterio de selección fue claro, nacidos entre 1978 y 1987 y ya con al menos un libro de narrativa publicado. Y el objetivo también lo es, ayudar a la internacionalización de estos autores por dos vías. Por un lado, llevándolos a nuestros centros culturales en América, y por otro, fomentando su traducción. Para ello, utilizaremos esta publicación, con una presentación, un texto y una entrevista traducidos al inglés, e instaremos a nuestros consejeros culturales a que la difundan entre las editoriales, animen a éstas a traducirlos, y lleven en ese caso a los autores a presentar allí su obra.

Porque si su aparición ha sido una buena noticia para los lectores en español, que han encontrado en sus libros planteamientos estilísticos y formales de interés, también puede serlo para los lectores de otras lenguas.

Con esa vocación lanzamos el programa **10 de 30**: con el deseo de que su literatura, que ya ha llamado la atención en nuestro país, traspase también nuestras fronteras.

Miguel Albero



1

**Marina
Perezagua**

Pág. 9



2

**Almudena
Sánchez**

Pág. 19



3

**Pablo
Herrán**

Pág. 39



4

**Natalia
Cerezo**

Pág. 53



5

**Alejandro
Morellón**

Pág. 65



6

**Cristina
Morales**

Pág. 79



7

**Inma
López Silva**

Pág. 91



8

**Miguel
Barrero**

Pág. 107



9

**Aroa
Moreno**

Pág. 119

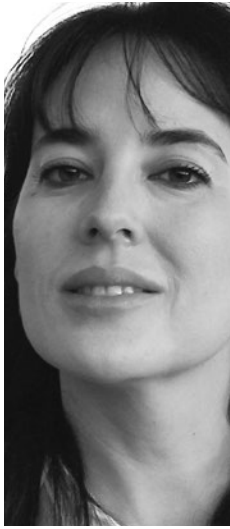


10

**Inés
Martín Rodrigo**

Pág. 135

q N.J. Y...
e b . i Z...
ep V w n . I Z...
* j * L a r T X t H C...
U , . W . L E X U R W...
f v . * C h b c...
* * * C h b c...
e . N C h b c...
f i n...
V...
U...
C...
H...
b...
i...
Z...
X...
t...
H...
C...
W...
L...
E...
X...
U...
R...
W...
c...
b...
c...
h...
b...
c...
N...
C...
h...
b...
c...
f...
i...
n...
V...
U...
C...
H...
b...
i...
Z...
X...
t...
H...
C...
W...
L...
E...
X...
U...
R...
W...
c...
b...
c...
h...
b...
c...
N...
C...
h...
b...
c...
f...
i...
n...
V...
U...
C...
H...
b...
i...
Z...
X...
t...
H...
C...
W...
L...
E...
X...
U...
R...
W...
c...
b...
c...
h...
b...
c...
N...
C...
h...
b...
c...
f...
i...
n...



Marina Perezagua

Sevilla, 1978

Es licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Sevilla. Durante cinco años impartió clases de lengua, literatura, historia y cine hispanoamericanos en la Universidad Estatal de Nueva York, donde cursó su doctorado en Literatura. Tras vivir una larga temporada en Francia y trabajar en el Instituto Cervantes de Lyon, vuelve a Nueva York, donde después de algunos años dando clases en New York University, reside de manera permanente. Ha publicado en diversas antologías y revistas literarias, tales como *Renacimiento*, *Carátula*, *Sibila*, *Ñ*, *Quimera*, *Granta*, *Cuadernos Hispanoamericanos*... Es autora de las colecciones de relatos *Criaturas abisales* (Los Libros del Lince, 2011) y *Leche* (Los Libros del Lince, 2013). Tras los dos primeros libros de relatos, ha publicado dos novelas: *Yoro* (Los Libros del Lince, 2015) y *Don Quijote de Manhattan* (Los libros del Lince, 2016). Ha sido traducida en nueve idiomas y su novela *Yoro* fue galardonada con el Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2016. Su próxima novela, *Seis formas de morir en Texas*, será publicada en agosto del 2019.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Empecé con unos siete años, pero fundamentalmente escribía letras de canciones que intentaba articular musicalmente durante mis años de conservatorio.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

El erotismo, la importancia que la genética juega en nuestras vidas, las cargas de la herencia (genética) familiar, el racismo, el incesto, el mar como ámbito de disolución ética y honestidad, la muerte como contraria a la

vida (desarticular el dogma de la muerte como parte de ésta), la extinción de las especies, y en general cualquier tema que encaje en la ficción especulativa, pero también la crónica social.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

En mis comienzos sin duda me influyeron los cuentos populares, como la antología de *Cuentos al amor de la lumbre*, o los cuentos de los hermanos Grimm, esos cuentos tristes que nos contaban nuestras abuelas. También romanceros populares que mi madre me cantaba. Luego llegó Kafka. En la adolescencia algunos autores japoneses como Yukio Mishima. Y el siguiente gran paso fue el conocimiento de la literatura Latinoamericana.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Una tendencia social pero tan apegada a la ficción como pueda llegar a ser capaz. La realidad me sirve de estímulo, pero lo que realmente me divierte es inventarme historias.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Sin duda, en un futuro. Me habría encantado conocer otras vidas, otros paisajes, otras estructuras de pensamiento o creación.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

En unos meses publico una novela titulada *Seis formas de morir en Texas*, que se sitúa en ciertos episodios norteamericanos que a mi modo de ver están en pleno diálogo con las políticas que consideramos que atentan contra los derechos humanos. En este caso hay una dialéctica entre las políticas norteamericanas y chinas. También empiezo a esbozar un libro de cuentos de temática muy variada.

ÉL

(cuento perteneciente al libro *Leche*)

Saber que es él, aunque físicamente irreconocible, me neutraliza los sentidos. Cuando no se trata de él, me aparto del olor desagradable, de la vista de lo deforme, del sonido del sufrimiento. Sin embargo, cuando le cuido, aquí, en la misma cama donde lo colocamos el día en que lo trajeron, su estado no me induce al vómito y, si su piel me lo permitiera, le besaría todo el cuerpo. Pero la poca piel que le queda intacta es, ahora mismo, tan delicada como la de esos insectos plateados que habitan en las humedades, y se deshace tras el más mínimo roce. Limpio sus trocitos de piel en el termómetro, en la cuchara diminuta con que le meto la sopa; en sus pestañas, que recogen partículas que, como escamas, se le desprenden de los párpados.

Pero está vivo. Y, casi más importante, está. Él está. Es lo que me digo cada mañana, antes de abrir los ojos en este sofá para mirarlo, a unos metros de mí. Está. Él. No importa lo que venga ahora, la agonía, la muerte. Lo peor, los meses de búsqueda, la alerta permanente del espíritu esperando una noticia, ha pasado. Por eso, cuando Arturo me advirtió que su estado era irreconocible y me preguntó si estaba preparada para verlo, no temí la visión del horror que sí vieron los

vecinos, que tenían que desviar la mirada de tanto en tanto, mientras nos ayudaban a Arturo y a mí a colocarlo en la cama.

Cuando todos se fueron nos quedamos Arturo y yo frente a él. No hablamos nada. Arturo dio unos pasos para salir de la habitación y, en el umbral de la puerta, se volvió para decirme: «Sólo falta la dentadura. La olvidé. Te la traigo esta semana».

Como otros, perdió la dentadura en una explosión, y usaba una prótesis. Ya hace tres semanas que Arturo me dijo que la traería, pero todavía no ha venido. No importa. No le hace falta, porque su estómago no puede soportar el peso de la comida.

Llevo mucho tiempo sin limpiar el polvo. Lo veo en los muebles, flotando en el rayo de luz que se filtra por la ventana. Quiero probarlo. Abro la boca para que me entre, para averiguar a qué sabe, si tiene algún alimento, porque su boca está entreabierta y me gustaría que esta harina de pelo de perro, de barro en los zapatos, de alas de mosca, le aportara algún nutriente. Pero este polvo no sabe a nada, no tiene olor ni gusto. Sólo se ve.

Lo que le queda de vida es tan débil que no me atrevo a moverme cuando estoy a su lado. No quiero que el ruido de mis pisadas interrumpa su respiración, que consiste en un silbido constante, un silbido que si fuera tocado con un instrumento se correspondería con la nota fa bemol. Por eso, desde por la mañana, preparo todo lo necesario para pasar el resto del día en esta silla, frente a él, violín de una sola cuerda. No sé si pese a su estado conserva los ciclos de vigilia y sueño. Por la noche el sonido persiste, aunque ya no es un violín. Es un piano, de una sola tecla.

Fuera de su silbido, sólo hay silencio. Desde que lo trajeron hay silencio incluso en el patio. Ese mismo cuidado que tengo yo para moverme lo mínimo, parece haber contagiado a los vecinos. Todos andamos de puntillas. Creo que se ponen en mi lugar. Ayer los aliados trajeron a la joven del 2B. No la he visto, pero me dicen que está reconocible.

En tres semanas el médico ha venido dos veces. Sé que viene más por mí que por él. Me toca la frente, me mira las pupilas, me trae algo de pan. Teme que las medicinas no hayan pasado la frontera. Me da instrucciones de cómo asearle. Pero no vivirá, asegura.

Pronto se me olvida la angustia de su búsqueda. Su presencia ya no me consuela. Ahora también quiero que viva. El dolor presente es siempre peor que el pasado, porque es el más joven, el que está en edad de crecer. Mi dolor tiene los huesos de adolescente, y se está estirando. Prefiero la incertidumbre de cuando no le encontraba a la evidencia de verlo así. Empiezo a refugiarme en la duda. La duda duele menos que la esperanza. Pero le miro y todo se vuelve certeza. Su peso es una certeza. Su temperatura es una certeza. La fiebre no le baja. El termómetro en él parece un medidor de muerte. Dejo de ponérselo. Quiero no saber tanto como me sea posible.

El momento del aseo le disgusta. Darme cuenta de que algo le incomoda ha sido un gran paso. Quizá él lo haya intentado antes, pero sólo hoy he comprendido que, sin poder hacer ningún gesto, emitir ningún gemido, se comunica con la segregación de un olor particular, muy intenso, que va dispersándose en la habitación como las esporas de un hongo. Cuando sabe que voy a limpiarle, huele. Huele cada vez que no le gusta algo. No me dejo intimidar por ese olor y le retiro los paños.

No sé por cuánto tiempo podré seguir considerándolo un hombre. No parece que se debata entre la vida y la muerte, sino entre la muerte y la cosa. Por eso, si veo que los paños están mojados, que tienen algo de similar a mi orina y a mis heces, digo para mis adentros: «Sigue siendo humano». Celebro sus deposiciones como un acto de vida.

Después de cada comida, le cuido la boca. Me vendo un dedo y lo voy deslizando por toda la mucosa, limpiándole

bien la lengua, las encías. Paso por los surcos donde antes tenía los dientes. Le estímulo la saliva. Para que pueda respirar saco el dedo cada dos o tres segundos, y continuo. Palpo las ulceraciones cada vez más pequeñas. Al pasar la venda por una, todo él se ha contraído. ¿No se contraen también las heridas que cicatrizan? Estoy contenta.

Se me van los días indiferente a cualquier necesidad mía. Antes vivía para encontrarle pero, cuando él llegó, yo me disolví. Sé que me he levantado porque no estoy acostada. Sé que me he peinado porque tengo dos horquillas que me recogen el cabello. Sé que he comido porque hay algunos restos en el cubo de la basura. Pero no sé qué más sucede cuando me separo de él. Vivo en él. Soy la bacteria que crece en un moribundo. El buitre que, ignorante de su vuelo, vive pendiente de la carroña.

Han surgido hoy, de la nada. Ayer le miré el cuerpo al milímetro y no las vi. Son unas úlceras oscuras que le salpican el cuerpo. Son como huellas de cieno. Debe de ser el paseo vespertino de la agonía. Huelen a agua estancada, a rana. Cuando respira continuamente por la boca, se le forma una membrana que parece que le tapa la garganta. Es como la piel interior de una cáscara de huevo. Tiro de ella y sale toda entera. Se disuelve entre mis uñas. Lo trajeron desnudo, y para no dañarle no quise cubrirle. La piel le queda grande en los huesos. Sin embargo, da la impresión de que tolera mejor el caldo porque, de las cinco cucharadas de antes, he pasado a darle siete. Siete tomas que interrumpen el silbido de su respiración mientras traga. Además, el pulso ha cambiado. Antes, al tomarle la muñeca, no sentía los latidos, sino una especie de fluir continuo, incontable como un puñado de agua. Era como si el corazón se le estuviera licuando. Ahora se distingue un latido del otro y, aunque son demasiados, se pueden contar.

De ningún modo he creído el diagnóstico del doctor. Intenta aplicar la tradición de su conocimiento a un cuerpo herido de un mal nuevo. Las fosas se están llenando con cuerpos así, pero también se han escuchado casos de recuperaciones, cosas que empiezan a reconocerse como personas, primero, y más tarde se lanzan a distinguirse como hombres o mujeres. Él todavía no ha encontrado su forma, pero ha comenzado a tener apetito, un hambre repentina. Cuando le meto la cuchara no quiere soltarla. La agarra entre sus encías desdentadas. Su mandíbula se mueve. Éste ha sido su primer movimiento. Ahora sí necesito sus dientes. Mañana buscaré a Arturo.

Ayer el silbido comenzó a mitigarse. Cuando lo noté me entró miedo. Desde que he visto su cuerpo enflaquecido, traslúcido, temo todo adelgazamiento, también el del sonido. En un momento de confusión le provoqué. Necesitaba incomodarle para sentir de nuevo su respuesta. Como parece que no le gusta la luz plegué las cortinas. El sol le dio de lleno en la cara y él segregó su olor como un reproche.

Renace la esperanza. La abrazo. Recupero la fe en el termómetro. En efecto, la fiebre remite. Avisaron a Arturo. Vendrá esta tarde. Lo verá él mismo. Aunque aparentemente no haya cambiado, su apetito no puede indicar sino una mejoría. Estoy cocinando la primera comida que masticará después de meses. La preparo pensando en el sonido que hará cuando la muerda. Él. No sólo está, sino que vivirá. Masticará.

La recuperación es inminente. «Tengo frío», ha dicho. Su voz me ha resultado tan desconocida que en un principio dudé que viniera de él. Inmediatamente le he cubierto con una sábana. Parece que la piel resiste su peso, y la agarra con sus dedos desuñados como si agarrara mucho más que un trozo de tela. Está luchando. Tiene hambre y frío. Observo atónita el nacimiento de mi esposo.

Arturo no ha podido venir, pero un vecino me ha traído la dentadura. Está envuelta en un pañuelo. La desenvuelvo. Quiero limpiarla antes de ponérsela. Dejo la comida en el fuego y mojo sus dientes bajo el chorro de agua. Uno de ellos es dorado, él quiso mantenerlo así, simulando la falta del original, que le quitaron de un golpe siendo tan joven.

La cena está lista. Enfrío una cucharada para probarla. No recuerdo la última vez que cociné con dedicación. Me tiemblan las manos al servirla. Elijo una pequeña porción con bastante caldo, porque todavía no sé si podrá masticar. Escucho el sonido del alimento sólido al romper el líquido en el cuenco. El sonido de lo sólido es musical. Quiero entrar en el mundo de los sólidos, lejos de la nota de un violín, del viento invisible de su silbido. Toco la silla. Me siento. Dejo el cuenco junto a él. La comida todavía está demasiado caliente. Humea. Saco del bolsillo del vestido su dentadura para ponérsela.

Me cuesta mucho abrirle la boca. No sé si tiene la suficiente fuerza como para resistirse o si la mandíbula está contraída por alguna otra causa. Le hablo con una serenidad que oculta mi excitación. Pienso que colocándole esa pieza mostrará de nuevo su rostro, viril, impecable, como si fuera el trozo del puzle que da sentido a la imagen. Pero no encaja. El trozo de puzle parece una de las dos mil piezas de un cielo de azul homogéneo. A pesar de que los huesos maxilares permanecen ajenos a tales deterioros del cuerpo, la pieza no logra ajustarse. Surge una explicación en mi cerebro, pero es demasiado atroz, la elimino. Intento tranquilizarme, no ceder a los nervios. Miro de nuevo la pieza. Claramente es la misma. Y en un instante, retorna la misma explicación a mi cabeza, nítida, sin duda alguna, el horror: no es él. El hombre que he estado cuidando durante siete semanas no es el mío. Destapo al que está en la cama. Grito. Cojo el cuen-

co caliente y se lo vierto en el pecho. La cena le quema las llagas. Corro a buscar al verdadero. De nuevo la búsqueda. Me entran náuseas. Odio. Bajo las escaleras apresurada. Me caigo. Me levanto. Me duele el tobillo. Veo la calle larga.

*
 ; *
 G
 f
 .
 F
 t
 e
 R
 s
 a
 ' r
 x
 v
 .
 C
 *
 H
 e
 ;
 N
 D
 G
 K
 T
 V
 e
 s
 B
 X
 Y
 P
 S
 M
 j
 u
 s
 W
 .
 Q
 u
 e
 r
 y
 .
 P
 o
 e
 t
 i
 c
 s
 .
 C
 h
 a
 p
 t
 e
 r
 s
 .
 E
 n
 d
 .
 L
 i
 b
 r
 a
 r
 y
 .
 Y
 e
 a
 r
 s
 .
 .



Almudena Sánchez

Mallorca, 1985

Es periodista y máster en Escritura Creativa. *La acústica de los iglús* (Caballo de Troya) es su primer libro de relatos, que ya alcanza la octava edición. Además, su debut le valió para ser finalista del premio Ojo Crítico y del Setenil. Como periodista, colabora habitualmente en revistas y medios nacionales como Tales Literary, Oculita Lit o Ámbito Cultural realizando reseñas y entrevistas. En 2013 fue incluida en *Bajo 30, antología de nuevos narradores españoles* (Salto de Página) y en 2018 en *Doce relatos maestros* (La Navaja Suiza).

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Alrededor de los 20 años (escribir en serio). Aunque desde muy pequeña era toda palabras, historias, ideas. A veces creo que esa infancia llena de deseo me enseñó más que todos los textos que he borrado, fallidos, ingenuos, en mi portátil.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

La adolescencia, la muerte, la enfermedad, lo ilógico, la soledad, la ensoñación con un toque poético o fantasmagórico.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

De cabecera: Clarice Lispector, Joy Williams, Felisberto Hernández, Sara Mesa, Virginia Woolf, Marina Tsvietaiéva.

Autores que más me influyeron al comenzar a escribir: Cortázar, Kafka, Bernhard, Salinger, Chéjov.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesa mucho la hibridación de géneros. Cómo se mezcla una autobiografía con lo filosófico o un ensayo con lo poético, por poner dos ejemplos. También la mezcla del lenguaje coloquial con uno formalísimo. En cuanto a temas, me atrae lo sensorial, el arrebato físico y emocional que precede y supera a la reflexión mental, la conducta humana, su relación con la naturaleza y el desasosiego de estar vivos dentro de un mundo absurdo.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

En esta época y en España.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Ahora mismo estoy escribiendo un libro confesional sobre algo que me pasó durante 2018.

LOS PUNTOS DÉBILES

(pertenece a la antología *Doce relatos maestros*)

Lo de la literatura fue idea de mi novio Blas. Yo, en realidad, soy Lorna Garrido y vivo en una calle estrecha de Madrid. Es tan estrecha que mi vecina me dejó su secador, un día, de ventana a ventana. A veces sueño que no puedo salir por la puerta de casa. Que hay un muro. Sueño con muros de ladrillos, de hormigón. Anoche soñé con el Muro de Berlín.

Como iba diciendo, Blas me convenció para apuntarme a un curso de escritura. Navegó por internet hasta encontrar la mejor escuela de España. Se leyó las biografías de los profesores y constató que todos ellos habían publicado más de dos novelas.

—No necesitas estudios anteriores, ¿sabes? Es fácil, mira, cuentas tu vida o lo de los muros, si quieres. Además, vas a conocer a grandes contadores de historias.

Desde pequeña, tenía una relación extraña con la literatura. Me gustaba meterme dentro de los libros. Cuando hacía eso, no le abría la puerta al cartero, ni atendía a llamadas urgentes. Lo malo es que me los creía demasiado. Contaba sus historias como si me hubieran pasado a mí. Empecé a no saber distinguir entre lo real y lo inventado. Los libros me inflamaban el nervio óptico: leía con intensidad, pasaba las páginas dislocándome la muñeca, subrayaba con pintalabios. Cualquiera podía dis-

tinguir mis libros de otros. Eran un esperpento. Los valoraba: *invenciblemente bueno*. Con esa misma intensidad dejé de leer, todavía joven. De golpe, me sentí insatisfecha. Regalé mis libros. *El guardián entre el centeno, Lolita, Helena o el mar del verano, El año del pensamiento mágico*. Escondía algunos. La señora Dalloway, El maestro y Margarita, Los hermosos años del castigo. Un día me pillaron leyendo en un ascensor. Subía y bajaba, subía y bajaba, hasta que pasaron dos horas y me sacó un técnico. Bueno, eso no sé si lo he leído o me lo he inventado.

A la escuela de escritura podía llegar andando. Sólo había un obstáculo: de camino, tenía que atravesar un túnel de 40 metros, lleno de barro, pintadas, jeringas, un guante sin dedos, petardos, cristales con sangre, un murciélago y cosas húmedas. Lo peor no era el ambiente, aunque siempre acababa con las manos viscosas. Cuando salía del túnel, sin querer, manchaba las chaquetas de los transeúntes. Una señora me pegó un puñetazo porque le toqué las hombreras.

Me angustiaba, sobre todo, la oscuridad. Me había comprado unos zapatos con luces de colores en la suela para caminar tranquila y sortear excrementos. Mi novio Blas se reía de mí y me decía:

— Eres fosforita.

La escuela de escritura estaba en el centro de Madrid. Se accedía por un patio trasero, con flores artificiales, en el que había un cartel:

EL JARDÍN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN

También había pájaros con un trozo de pan en su pico. Cuando yo llegaba con mis zapatos nuevos, se asustaban y empezaban a graznar o yo qué sé. Soltaban el pan y parecía que estuviera nevando. El nombre de la escuela era *¡Absalón, absalón!*

La chica de recepción se llamaba Macarena y me matriculó en dos cursos: uno de técnica y otro de inspiración. Luego se

hizo un moño enrevesado con dos horquillas y un boli. Mi formulario se llenó de pelos.

Me quedé mirándola: peinarse es desordenar el ADN. Por un momento, me recordó a Amy Winehouse.

— ¿Algo más, Lorna? ¿Una aceituna?

Salí de allí. Los pájaros seguían asustados y Blas me esperaba fuera, animado. Hacía meses que no lo veía tan alegre. Llevábamos siete años juntos, sumando aniversarios sin ningún interés. Nuestra relación obedecía a las matemáticas.

Me preguntaba:

— ¿Cuánto llevamos, Lorna?

Y yo le respondía:

— 7 años, 2 meses y un día.

Primero se agotó el sexo, que era como comerse una fruta de un bocado, atragantarse de saliva y alucinar, gritarle al hígado y al esternón, que te mueres de placer y lo absorbes y lo derramas. Entonces solía andar con las piernas mojadas y los labios brillantes. Llevaba unas bragas de recambio en el bolso y el césped era bueno para tumbarse y la arena y los hierbajos y la alfombra y las chinches y el asiento del coche oxidado y los toboganes del parque de Valdebebas. Yo le decía: *otra vez* y él decía *sí* y yo volvía a decirle *otra vez* y él respondía *sí* y en un minuto se llenaba todo de un olor contaminado que era nuestro. No abríamos las ventanas después del sexo. Ahora la cama huele a crema solar.

Paseaba con Blas por las aceras de Gran Vía. Era septiembre: familias, solteros y estudiantes, habían vuelto de sus vacaciones. Los edificios escupían aire recalentado. Yo trataba de explicarle a Blas mi experiencia en *¡Absalón, absalón!* pero siempre había algún paseante que nos interrumpía, cruzaba entre nosotros o nos aplastaba en un rincón.

— Lo que digo es que empiezo mañana.

— ¿Mañana?

— Con la escritora Regina Katmandú.

Regina Katmandú era una autora de culto. Escribía con *Stabilo Boss* y guardaba sus manuscritos en *Plastic Folder*. Había abandonado su físico para cultivar la mente. Adelgazaba pensando. Lo único que le salvaba de la desaparición eran sus ojos. Cuanto más delgada, más se agrandaban sus ojos azules del Ártico. Sus ojos invadían la clase (había espejos en la pared, por lo que estaban en todas partes) y en ocasiones, se le caía alguna pestaña gigante encima de la mesa, que me apresuraba a limpiar con la manga del jersey. Ahora que me doy cuenta: el suelo estaba lleno de pestañas. Cuando la miraba, pensaba: ella podría caminar por un túnel sin miedo; sus ojos irradian luz. Había sido finalista de muchos premios, pero no había ganado ninguno. En algunas entrevistas le preguntaban acerca de ello. Y contestaba rotunda:

— Los premios literarios son un invento de la sociedad moderna. ¿Quién recibió premios en su momento? ¿Kafka, Emily Dickinson? Prefiero estar al lado del señor K y de Dickinson que de todos esos deportistas literarios inútiles.

En clase éramos tres: Renata, Yin y yo. Mis compañeras acudían a las clases de Regina desde sus inicios. Leíamos, escuchábamos. Mi relato trataba sobre una pareja en descomposición. Quería dejar claro que sólo estaban heridos, no estaban rotos ni desmembrados. Mi idea consistía en comparar los residuos tóxicos con una crisis sentimental:

Entre Luis y Laura ya no queda nada.

Para despejarse, Laura sale a tirar la basura, todas las noches, agarrada a una bolsa que gotea un líquido que podría ser aceite de ricino. Si alguien pasea por la calle, se aparta de Laura. A nadie le gusta caminar al lado de una mujer triste con una bolsa de basura. Por una de las rendijas, asoma una cabeza de sardina.

Laura tarda más de dos horas en volver a casa, donde le espera Luis, afligido y pegado a un radiador. Los contenedores están todos llenos, le dice a Luis, para que esté tranquilo. Por eso tarda horas en regresar y porque fuma. No quiere que Luis piense que prefiere tirar la basura antes que cenar con él. Eso haría que la relación se desmoronase.

De tanto tirar la basura, Laura se ha hecho amiga del basurero: Ron de las Heras. Los dos hablan de belleza. Ron le cuenta a Laura que el camino al vertedero es largo y tortuoso. Cada semana tiene que ir y descargar toneladas de mierda. La mierda, le confiesa, se pega y se amontona. Es como si hubiera aprendido a abrazarse: las cenizas con los huesos y las raspas con los ácaros. Eso hace la mierda.

Ron, con sinceridad, le cuenta a Laura cómo se vive entre la mierda. No es algo de lo que esté orgulloso, aunque con ella se siente a gusto. El cielo pesa más en la montañas. El cielo siempre pesa. Se necesitan pastillas antindúseas y pañuelos perfumados para llegar al vertedero sin mareos. A todo esto, Laura, con asombro, le pregunta:

¿Cuál es la distancia exacta entre la civilización y los desechos?

Regina no me dejaba terminar los textos. Prefería callarme y argumentar:

— Lorna Garrido, atiende bien. Tus puntos débiles son:

1. El mal gusto.
2. La sensibilidad trágica.
3. La emoción reprimida.
4. Una cierta confusión existencial.

Anoté mis puntos débiles en el cuaderno. La chica de recepción, Macarena (se hacía un moño, parecía una zarza), me explicó que las clases de Regina Katmandú eran así: se trataba de solucionar fallos muy generales, pues Regina pensaba que el problema de los escritores no era técnico, sino más bien psicológico o moral. Primero había que mejorar a la persona para que mejorara su escritura. Una simple cuestión de estilo: maniqués en ruinas. No sabes —me comentaba— lo que me cuesta apuntar a personas a sus clases. Ella quiere artistas. No le gustan los escritores recién llegados.

Hasta ahora, las únicas personas que habían aguantado varios años bajo su mirada estricta eran Renata y Yin. La consecuencia es que, desde hace meses, no hablaban. Aparecían, pagaban y se iban.

Tras la conversación con Macarena del Moño —la había bautizado así— me costó más que nunca atravesar el túnel. Estuve dos horas sentada en un bordillo. Mis zapatos con luces se volvieron locos, la luz pegaba en el techo y no había cobertura. Cada cinco minutos me levantaba y movía las piernas sin percibir ningún avance. Me preguntaba si llegaría algún día a casa. Tenía que escribir. Llenaría cuartillas de tinta. Transformaría mis puntos débiles en tesoros de ultratumba. Mañana me leería Regina. Mi obligación era solucionar problemas importantes: la relación entre Ron de las Heras y Laura. Estaban en mi texto. Y me gritaban.

También gritaron, pero de verdad, dos jóvenes que entraron en el túnel, con adrenalina y sudores cárnicos, consiguiendo que me desbloqueara. Me pidieron un cigarro y a cambio, me ayudaron a salir.

Volviendo la vista atrás —aunque podrían ser alucinaciones— recuerdo haberme topado con mi madre. Me escrutaba a lo lejos. Igual que un águila. Estaba en un costado del túnel, se escondía, me examinaba, apenas parpadeaba y me llamaba *¡Laura, Laura Galindo!* o *¡maldita Lorna Garrido!*, no lo sé con

certeza. Lo que realmente ansiaba era descansar y escribir a la vez. ¿Y si mi relato adivinaba mi futuro? ¿Y si estaba escribiendo una nueva *Metamorfosis* de Kafka?

Una mañana, tras un sueño intranquilo, Lorna Garrido se despertó convertida en un monstruoso insecto.

Había fantaseado mucho con esa frase. Qué insecto sería yo. Con alas, antenas, mediano, tal vez venenoso. Porque si Gregor Samsa era una cucaracha o escarabajo, ese bicho ya estaba cogido. Yo creo que sería una oruga, generadora de urticarias, con huevos rotos en mi vientre. O ni siquiera tendría vientre. Sería un insecto peludo a los que nadie se acerca, ni los niños valientes. Ni un topo que va por la tierra y está ciego.

Estaba perdiendo el tiempo. Cómo le iba a contar un suceso metafísico a Blas, que me había preparado un pincho de tortilla y me esperaba desde hace horas, puesto que aquel día cumplíamos 7 años, 2 meses y 2 días y un vino y besos cortos y espaciados que no sabían a nada.

Después de una resaca emocional, los problemas se transforman. O más bien: ya han pasado, son otros. Por ejemplo: ahora sabía que mi madre vivía en el túnel. Hacía años que no teníamos relación. Nos habíamos distanciado porque yo no quería tener hijos y no sabía cómo zanjar el tema. Se lo advertí con la voz ronca:

— Que no me gustan los niños y menos las niñas, con sus lacitos.

Una vez me fumé un puro delante de ella. Un habano grande y gordo, sentada con las piernas abiertas en la silla ortopédica. Salía un humo descomunal, que se retorció en el aire

y le blanqueaba la cara. Mi madre comenzó a toser y amenazó con llamar a la policía. Ese día le pregunté:

— ¿De veras crees que una madre fuma-puros podría cuidar bien de un niño?

Tras la discusión, le escribí una carta en la que manifestaba mi cansancio, el horror de las peleas, las arrugas de amargura que se nos quedaban después de odiarnos tanto. Se llevó la carta, una foto mía vestida de primera comunión y dio un portazo. Desde ese día la puerta no cierra bien y entra un viento frío.

Fue una época difícil porque sólo tenía veinte años y un título irrisorio: periodismo, sin terminar. ¿Adónde iba con una carrera vacía para tipos informados? Empecé a trabajar de acomodadora en un cine para adultos. Lo que encontraba en los asientos, después de la película, no lo puedo describir. El mejor momento del día era cuando apagaba las luces. Cuántas veces le habré dado a los fusibles y cuántas habré sido una sombra solitaria.

Crecer es apagar interruptores.

En cuanto a la escritura, me iba muy mal. No me concentraba en casa. La vecina sacudía una sábana sucia y regañaba a la atmósfera:

— ¿Quién limpia la grasa del chorizo en la funda del sofá?
Blas me vigilaba por encima del hombro.

Ron le propone a Laura visitar el vertedero con él. Una cita diferente, como quien va a un museo. Cuando ella se sienta libre y confiada.

Laura tiene curiosidad por saber cómo será el paisaje: si estará encharcado o desértico. Si habrá bombonas de butano, animales disecados, una caja navideña con el queso a medio comer. Antes de precipitarse, Laura le advierte a Ron que es sensible a las acumulaciones.

Me recuerdan a mi habitación de niña: grande y desordenada; una parte con juguetes y el resto abarrotado con cosas de adultos. Mis pinturas estaban al lado de una aspiradora. Si mis padres compraban una caja de clavos o una cafetera y no cabía en el comedor o en el despacho, la dejaban en mi cuarto. Mi habitación nunca fue un paraíso infantil. Se fue convirtiendo en un trastero.

Ron le cuenta la verdad a Laura: en el vertedero hay plagas de moscas y buitres con los ojos furiosos. Puede que pisen ratas. ¿Sabes que las ratas tienen cuatro dedos en las patas delanteras y cinco en las traseras?

Blas, como Regina Katmandú, me interrumpía:

— No me gusta el personaje de Ron. Es un psicópata disfrazado.

Durante aquellas tardes, traté de convencer a Blas de que Ron de las Heras no existía, aunque tenía el pelo rizado y una sonrisa atractiva. Era un personaje de ficción. Un basurero poético.

— ¿Te imaginas que un basurero te salve la vida? Ponte en mi lugar: sales a tirar la basura y es el mejor momento del día. La negrura de la noche, una estrella solitaria que se esfuerza en brillar y una gran conversación filosófica, sobre grasa y humanidad. ¿No te parece un asunto conmovedor? Si algún día me acompañaras al túnel, verías el cúmulo de mierda asquerosa...

— No insistas, Lorna.

Blas tenía inseguridades y me espiaba. Yo escribía nuevas frases del relato —se iba a titular *Las suciedades*— y él se acercaba con autoridad al ordenador. No me quedaba otro remedio que parar de escribir. Se notaba que no le gustaba la trama y ponía cara de derrota deportiva. La misma que cuando no recordaba nuestro aniversario.

— ¿Cuánto llevamos hoy?

- 7 años, 2 meses y 3 días.
- Anda, si te acuerdas.
- ¡Cómo no me voy a acordar!

La segunda clase con Regina fue más cálida. Podría calificarla de cercana. Nos sentamos juntas. Antes nos separaba un buen tramo de mesa. Por fin conseguimos cruzar las miradas. Leyó mi texto y no le pareció mal: una visita al vertedero le resultaba inquietante. Me explicaba que había construido una historia —poderosamente frágil—, que se podía estropear en un momento de distracción.

— Las palabras son similares a las relaciones humanas: se quiebran. Estallan. Queman. Mueren. Se vuelven contra ti. Huyen. Se estremecen. Y escribes, a pesar de ello, con heridas en los dedos, la dentadura apretada y desafiando una ley gravitatoria que consiste en emular a las grandes obras literarias. ¿Qué puedes añadir a *Las olas* de Virginia Woolf si no es una versión barata de ti misma? Hay que buscar la devastación de uno, los golpes espirituales que se disuelven en el cuerpo y no son palpables, pero de repente, aparecen materializados y bruscos como una sacudida de toro.

¿Cuántas ganas tienes de terminar tu historia, Lorna Garrido?

Ahí es donde Regina se cansaba de dilucidar. Se hundía en el asiento y sus ojos se tornaban oscuros y chinescos. Llevaba un spray con agua termal y lo agitaba con fruición.

— Aquí hace más calor que en Macondo.

Le seguían preocupando mis puntos débiles. Se levantaba, gruñía, daba vueltas alrededor de la clase. Su médico le había mandado ejercitar las piernas.

— Lorna Garrido, tus puntos débiles:

1. La tensión enfermiza.
2. El sensacionalismo.
3. Pensamientos suicidas.
4. El tono grisáceo.

— ¿A qué te refieres con el tono grisáceo?

No estaba avanzando y mi cuerpo me pedía abandonar la clase. Dejar la escritura. Despedirme de Regina y de sus ojos grandiosos. Olvidar el túnel, a Ron de las Heras y su vertedero del amor. Pero Regina me abrazó. Estuvo un rato abrazándome. Y eso me hizo sentir un poco más valiosa. Mis espacios residuales resistían y ella se ablandaba. Se estaba convirtiendo en esa almohada humana que son las personas. Quiero decir, las personas sensibles.

— Para la tensión enfermiza, te recomiendo que te apuntes a acupuntura. Yo publiqué mi primer libro así: entre sesiones de encierro y acupuntura.

Regina admiraba mucho a Marguerite Duras. Ambicionaba ser como ella, su lucha kilométrica, y pasaba semanas en casa, sola y olvidada, con una botella de vino.

Comencé la terapia de acupuntura al día siguiente. Ya casi no veía a Blas y tuvimos una discusión tremenda porque los dos queríamos tirar la basura. Él me echaba en cara que estaba perdiendo el norte.

—¿Sabes que hay en el norte? Icebergs puntiagudos, medio resquebrajados, flotando a la deriva. ¿Eso es lo que buscas? ¿Quieres ser una personificación del Polo Norte? Sé muy bien que esperas a que llegue tu hora preferida, las doce de la noche. Te noto impaciente. Miras mucho el reloj y

programas la alarma cuando sabes que va a pasar el camión de la basura.

Antes, ¡haz memoria!, te quedabas conmigo en el sofá y nos dormíamos entre caricias suaves y agotamiento. Qué pena, Lorna Garrido. Cuánto has cambiado.

La acupuntura me calmaba bastante. Iba a una clínica de las afueras, porque las del centro eran muy caras. Me preguntaron si tenía problemas de coagulación, miedo a las agujas, trombosis o presión sanguínea alta. Les respondí que no, que lo único que tenía era una sensación de desbordamiento.

Lo repetí despacio: *desbordamiento*.

No me hizo falta averiguar que los acupuntores no querían profundizar mucho en mi estado mental. Mi nerviosismo estaba dentro de la media, según ellos. En cambio, yo veía mi reflejo en el suelo abrigado y era de esas chicas que rezan y envejecen rápido.

Me daba vergüenza mencionar todos mis puntos débiles: el mal gusto, la sensibilidad trágica, las emociones reprimidas, la confusión existencial, la tensión enfermiza y el sensacionismo. Ah, y mis tendencias suicidas y el tono grisáceo. ¿Por dónde empezar?

Da igual, sólo querían pincharme.

Me tenían treinta minutos tumbada, con agujas clavadas delante de un espejo. Me gustaba el hecho de sentirme ametrallada, inmóvil, notaba pinchazos por todo mi cuerpo. Estaba sola en la habitación y aunque me prohibieron con firmeza que me tocara, empecé a mover las agujas y a clavármelas hondas. El alivio era enorme. Mucho mayor que con la acupuntura normal. Me encantaba agujerearme los tobillos. Pensé que podría ahorrarme las idas y venidas a la clínica si lo hacía yo misma en casa.

Les di las gracias y les comenté que las sesiones habían sido satisfactorias.

No volvería más.

En la mercería de mi barrio, compré alfileres, unas tijeras y un dedal.

Mi modo de vida empezaba a ser rutinario. De algún modo, me gustaba. Había pasado por tantas penurias que ahora sólo tenía que clavarme alfileres para superar el dolor. Uno por cada punto débil. Me ayudaban, incluso, a atravesar el túnel. Si me acordaba de mi madre, me clavaba tres alfileres en el pecho. Si discutía con Blas, me clavaba cinco, en los brazos. Y si Regina continuaba enumerando puntos débiles en mi relato (*no hablo de tu cuento, están en tu corazón*) me cortaba con las tijeras. Una raja en la barriga. La escritura me hacía daño y las cicatrices estaban ahí, redondas y esparcidas. No buscaba ninguna estética, ningún dibujo sobre la piel. Sólo una punzada reconfortante. Gracias a las agujas, casi había acabado mi relato.

Laura le pregunta a Ron si las ratas muerden. Él le contesta que posiblemente. Y añade: entre tanta porquería muerta, seremos dos seres intensos y vivos. Y luego le cuenta un secreto, se acerca al oído de Laura y susurra: ¿sabes lo que no vas a olvidar nunca? El silencio. No se oye nada, porque los buitres, las ratas y hasta las liendres están a lo suyo. Oirás crujir la basura cuando camines. Oirás tu respiración y por primera vez podrás contemplarla: negra como una desgracia. Y otro dato sobre mí: hace meses le hice un favor a una señora. Había tirado la urna con las cenizas de su madre, sin querer, al contenedor. Y yo las estuve buscando en el vertedero. Una urna con un dibujo de Supermán. Se la devolví y no sabes qué alegría.

Regina Katmandú opinaba que mi cuento se estaba atas-
cando: Ron y Laura tenían conversaciones demasiado largas y
Luis, el novio, hacía páginas enteras que no se pronunciaba. El
caso es que seguía teniendo defectos, pero Regina había cam-
biado su actitud hacia mí. Últimamente me cogía de la mano
cuando leía. Me traspasaba una energía huesuda y fría, como
de cementerio.

Renata y Yin, las alumnas que nos acompañaban en cla-
se, se habían quedado relegadas y Regina no les dedicaba ni
una sola mirada de compasión. Se arrimaba a mí y sus ojos
aumentaban tanto de tamaño que me recordaba a esa obra tan
conocida de Magritte, *¿El espejo falso?*, un cuadro con un ojo
fulminante y todo el cielo en la pupila.

Por un instante pensé que estaba dentro de un ojo y no de
un aula. Y que la retina, el iris, el cristalino, formaban parte de
aquel edificio imperioso llamado *¿Absalón, absalón!*

Creo que fue en esa clase cuando Regina les sugirió a Rena-
ta y Yin que se podían marchar. Fuera de la literatura, lejos de
su dictado artístico.

La próxima clase iba a ser particular. Ella y yo a solas. Un
tipo de enseñanza a la que llamaban *tutoría*, específica y de
nivel alto.

— Lorna Garrido, tu punto débil es la orfandad.

Poco a poco, dejé de tener miedo al túnel. En el fondo, no
era tan largo. Había exagerado con lo de los 40 metros. Sólo
tenía diez y estaba mi madre regando plantas trepadoras con
una manguera antigua. Estuve a punto —al final no lo conse-
guí— de hablarle de los nuevos sistemas de riego automáticos.
De pequeña, solía quedarme horas mirando un aspersor y ella

nunca lo sabría, que yo era amante de los aspersores, de su ruido, su cortina de agua, su anticipación del verano, un chorro de fresca juvenil.

Para curarme de la orfandad, tuve que clavarme doce alfileres y tres astillas que había encontrado en el quicio de una puerta. Por lo menos, ya no tenía una lista de puntos débiles interminables. Todo se resumía en uno. Casi no me podía mover y mi sangre salía disparada de los tobillos y las ingles, color frambuesa y con pus. Estaba ensuciando la cama en la que el sexo —durante meses— fue genial.

Blas descansaba en la otra habitación, pero me vio y se asustó un poco sin armar escándalo.

Enseguida le dije que era un tratamiento de acupuntura personalizado. Era absurdo alarmarse. Me encontraba bien. ¿Cuándo no había estado bien? ¿Alguna vez me había visto en shock? ¿Desamparada? ¿Agobiada? ¿Incomprendida? ¿Abandonada?

Si yo tan sólo era Lorna Garrido y vivía en una calle estrecha de Madrid.

Tardé horas en recuperarme. No dejaba de sangrar. Tuve que ponerme tiritas y alcohol, que era algo que había estado evitando a toda costa: quería ser fuerte, sin aditamentos.

Laura y Ron van de camino al vertedero en una furgoneta. ¿Por qué el letrero está en inglés? CLEANING SERVICES. Ella intuye que se tiene que despedir de los árboles frutales, del color saturado del río Manzanares y de todo lo que brilla, en general. No conoce a Ron. Es posible que decidan quedarse allí un mes, un año, quién sabe. A lo mejor construyen una cabaña con botes de tomate frito. Cuando una va a un sitio nuevo, deja paso al misterio y lo proclama. Ron, por su parte, parece extasiado: por fin una chica quiere conocer su ambiente, su hábitat natural. El caso es que Laura no le dice nada a Ron. Había jurado que se dejaría llevar, porque toda su vida ha sido una chatarra, un imperio.

Si lo suyo se puede llamar “vida” que baje Dios y lo vea. ¿Cómo puede quejarse ahora, que va de camino al centro de la inmun-dicia, con un amor o alguien que se parece mucho a un amor?

Después del episodio de los pinchazos, Blas se fue a casa de su amigo Marcelo. Vivía en La Moraleja. Marcelo tenía una habitación de invitados. Por allí habían pasado otros amigos nuestros que se habían peleado con sus parejas y todos habían vuelto, con la cara oxigenada y más delgados, ya que Marcelo de La Moraleja era vegetariano y no bebía alcohol y era como pasar por una terapia naturista aburrida.

— Lo prefiero antes que pelear contigo por la basura y dormir en un colchón manchado de sangre.

Esos días de soledad y divorcio escribí siete páginas del tirón mientras me pinchaba con agujas. Había comprado unas que se llamaban hipodérmicas, inspiradas en los colmillos de las serpientes, largas, de acero inoxidable. Me las había empezado a clavar en la cara. Y otras para la diabetes que me costaba encontrar. En la farmacia no me las suministraban hasta que me inventé que tenía una hermana, Pamela Garrido, casi inconsciente, que las necesitaba con urgencia. Me provocaban un escalofrío subterráneo y temblores.

Llegaremos a media noche, le explica Ron a Laura. Puede que parezca una tontería, pero el vertedero bañado por la luna es similar a un lago. Nosotros seremos los cisnes y podrás dar patadas a los cachivaches que te encuentres por el camino. Los objetos no sienten dolor, náuseas, hinchazón, depresión, ictericia. En cambio, el ser humano lo único que sabe es infligir y recibir dolor, infligir y recibir dolor. El mes pasado me subí a una palmera. Desde allí vi a una turista que no paraba de asearse. Desinfectante, antiséptico. La principal bacteria mundial es un ser humano —recién duchado— cocinando langosta en agua hervida.

Terminé el relato mientras Blas hacía sus maletas. Me dejaba. No aceptaba súplicas ni que le persiguiera por el pasillo.

—Pásame el reloj de la vitrina.

Ni siquiera me dio tiempo a preguntar por Marcelo.

—¿Cómo está Marcelo de La Moraleja? ¿Sigue cultivando ortigas silvestres?

Blas no se andaba con charlas ese día.

—Me ha costado tomar la decisión. ¿Cuántos años hubiéramos alcanzado si hoy siguiéramos juntos?

Por primera vez, no sabía cuánto llevaba con Blas. Me sentí libre. Y un poco escritora. Y más valiente que nunca. Y conmovida. Llamé a Regina Katmandú. No lo cogió. Le dejé un mensaje en el contestador. Pensé en mandarle una postal con la imagen de Marguerite Duras. La iba a imprimir yo misma. Hay una foto muy bonita en la que sale junto a su madre y sonríen un poco las dos. ¿No éramos ahora de la misma familia? *Très vite dans ma vie il a été trop tard*. Le compraría un vino que se llama *Monólogo*, que había visto en un restaurante ecológico, muy literario, para que nos lo bebiéramos lento, a la luz de un farol.

Entonces decidí salir de casa, atravesar la puerta estrecha, correr por la acera y quedarme parada ante el primer contenedor de la esquina. Alguien había tirado flores secas y un destornillador. Reflexioné sobre la relación entre los dos objetos. Blas era como un destornillador, con su cabezal y su sistema de ajuste. ¿Y yo una flor seca? ¿Un monstruoso insecto? ¿Una mujer alterada con miedo a los túneles?

Mecánica y naturaleza habían estado juntas, unos años.

Quizá fue por el olor rancio, que me mareé un poco y me tuve que apoyar en el borde del *container*. Entre el tufo de la realidad y el humo de los sueños, recordé una frase que me perseguía desde la infancia.

—Lorna, no te acerques tanto a la basura, que un día te vas a caer dentro.



Pablo Herrán

Mallorca, 1986

En su isla natal fue nombrado *Mestre en Gai Saber* tras ganar durante tres años consecutivos el tradicional premio de poesía catalana de *Els Jocs Florals*. A los veintiún años se trasladó a Nueva York para estudiar Realización de Cine. Allí ejerció como guionista, director y editor. Fundó y celebró durante cinco años su propio festival de cine con temática centrada en la inmigración. También representó al colectivo de artistas españoles en Nueva York organizado por la sociedad El centro español. Vivió en Estados Unidos ocho años. Sus cuentos aparecen tanto en publicaciones nacionales como internacionales. Ha colaborado escribiendo crónicas en diferentes revistas y ha traducido al español una autobiografía del fotógrafo americano Weegee. Actualmente reside entre Madrid y Barcelona, desde donde escribe para diferentes medios, como *Vice*, *Shangay* y *Gehitu Magazine*.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

No sabría decir en qué momento empecé a escribir. Yo mismo me sorprendí, hace un par de años, cuando estaba recogiendo los cajones de mi antigua habitación y encontré un cuaderno lleno de “cuentos” que había escrito siendo un crío. Siempre me ha gustado contar historias, verbalmente, por escrito o en imágenes. Como escritor, igual que como lector, opino que la transmisión de ideas, experiencias y sensaciones es una actividad imprescindible para la salud mental de cualquier individuo.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Más que por temas, me muevo por personajes. Cuando creo uno que me interesa, exploro el mundo particular que le rodea y allí es donde en-

cuentro la temática a tratar. Siempre voy en busca de personajes actuales que viven la vida de una forma distinta a la habitual, aquellos que no pasan desapercibidos porque ven las cosas desde otro ángulo.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Nada, de Carmen Laforet, fue la primera novela que me hizo trasnochar leyendo. Más adelante, me obsesioné por Carson McCullers, John Fante y Bashevis Singer. Sin duda, todos ellos me descubrieron el tipo de escritura que me resulta más atractiva.

Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me da la sensación de que el objetivo del autor de hoy en día es sintetizar lo máximo posible sin, por ello, perder calidad literaria. Ya no se escriben los volúmenes bíblicos de antes. Me parece una tendencia lógica para los tiempos que corren. Algunos libros recientes están escritos de una forma tan sencilla y escueta que me resultan brillantes.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?

Por muy cliché que suene, me hubiera gustado ser escritor en un lugar tan lleno de historias como Nueva York, pero antes de que la ciudad se convirtiera en el escaparate que es en la actualidad.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Tengo una segunda novela acabada que se llama *Mientras pudimos*. Es como un spin-off de *Manuel Bergman*. Uno de los personajes secundarios de mi primer libro se convierte en protagonista del segundo. A pesar de estos puntos en común, son historias completamente diferentes.

MANUEL BERGMAN
(fragmento de novela)

Escuché la puerta abrirse, pero yo fingí seguir dormido. Mila estaba unos metros a mi derecha. La voz de él sonó a muy poca distancia de mí. Era una voz corriente, sin más, juvenil, masculina, nada excepcional. Dos manos que al tacto me resultaron inmensas, me agarraron por los hombros y me zarandearon un poco.

—Encantado de conocerte, Jorge. Lus'ka me ha dicho que tienes que madrugar para ir a no sé dónde. Son más de las diez... ¿Te da tiempo a desayunar?

El encanto de sus ojos negros y achinados no era mérito del fotógrafo. Eran suyos, reales, exactamente los mismos que en las fotografías. Este joven había dejado de ser una impresión sobre papel plano.

—Hola Zhenia —logré articular con voz queda.

—Tienes que desayunar —insistió, soltándome los hombros para salir de la habitación.

Mila estaba sentada sobre el alféizar de la ventana. Observaba el Central Park con una taza entre las manos. La luz solar incidía perpendicularmente en su cuerpo, coloreándole la mitad del color opuesto al resto de su figura ensombrecida. Enderecé la espalda sobre las almohadas y

ella se giró hacia mí, haciendo que la luz se desplazara a su perfil opuesto.

—A mí por las mañanas solo me entra café —me dijo—. Soy incapaz de tragar algo sólido hasta una hora y media después de despertarme. Por lo menos.

No me quitaba el ojo de encima mientras yo recogía mi ropa, amontonada sobre el respaldo de una silla. Evaluaba cada centímetro de mi cuerpo. Una vez me hube vestido, hizo una mueca de aprobación carente de euforia, como si me concediera un seis sobre diez.

—Yo siempre me despierto muerto de hambre —comenté, consciente como nunca de la flacidez de mi estómago.

—No paro de decirle a Lus'ka que se tiene que esforzar más —dijo él desde la cocina—. Seguro que si desayunara por la mañana, luego no se pasaría el resto del día comiendo como una vaca.

Zhenia iba vestido con pantalones de deporte y una camiseta súper escotada y sin mangas. Su tórax quedaba casi al descubierto, un tórax lampiño del que sobresalía un pezón marrón como una castaña. No me extrañaba que Mila, al convivir al lado de este torreón atlético, no le hubiera dado una nota más generosa a mi aspecto en calzoncillos. Sus músculos sobresalían en diferentes formas voluptuosas al abrir y cerrar estantes, cajones, la nevera... Incluso percibí una tremenda contracción pectoral cuando volcó el contenido del cartón de cereales sobre un cuenco.

—¿Quién es Lus'ka? —pregunté.

—Yo —me contestó quien parecía dormirar junto a la ventana—. Él me llama así —aunque Zhenia también había dicho que comía como una vaca, ella rebosaba orgullo al reconocerse merecedora de este diminutivo.

—¿Sabes qué, Jorge? Solo los que nos despertamos con hambre nos comeremos el mundo. Detecto de inmediato a la gente que no desayuna. Arrastran de un sitio a otro su mal

humor. No desayunar provoca depresión y falta de concentración, ¿lo sabías? La gente no se toma en serio lo del desayuno y luego se cortan las venas. Hay que empezar el día con una buena dosis de azúcar y vitamina C. ¿Te gustan los arándanos?

—Sí.

—Eso es ¡perfecto!

El bielorruso se sentó enfrente de mí, deseando verme ingerir los cereales que, aparentemente, eran imprescindibles para no cortarse las venas.

—Y bien... ¿Cuál es tu historia? —me preguntó.

No sabía desde dónde empezar. El inicio es arbitrario cuando uno no tiene historia.

—Ha terminado con su novio —contestó Mila por mí.

Le lancé una mirada furibunda. No era muy respetuoso por su parte proclamar en voz alta las confidencias de la noche anterior.

—Eso es ¡perfecto! —celebró Zhenia.

Desconocía el motivo por el que los arándanos y mi ruptura se le antojaban asuntos igualmente ¡perfectos!, aun así estreché la mano que él alargó hacia mí a modo de felicitación. Mila daba palmadas desde el marco de la ventana. Estaban la mar de contentos.

—Nueva York no es una ciudad para enamorarse. Ya tendrás ocasión cuando te mudes a otro sitio. Estoy seguro de que no viniste aquí para echarte novio. ¿Para qué viniste?

—Para ser guionista.

—Normal —intervino Mila—, con esa cara...

Zhenia miró a su compañera de piso con ánimo burlón.

—Lus'ka... ha dicho guionista, no actor. ¿Eres tonta?

Era obvio que a esta chica nadie le había explicado la diferencia que existe entre ambas profesiones. Me miró muy confundida, como si de pronto me hubiera convertido en un absoluto extraño.

—Puedo ver que has nacido para ser guionista, Jorge — dijo él con ojos entornados.

—¿Cómo puedes verlo? —le probé, escéptico.

—En tus párpados. La inteligencia se refleja en la forma en la que el párpado cae sobre el ojo. Apuesto a que tienes mucho que decir. Eres un tipo inteligente —se detuvo tras la afirmación para escrutar mis párpados con la cabeza ladeada, como si necesitara corroborar su enunciado desde un ángulo distinto—. Pero ahora estás en la jungla y aquí, aparte de inteligente, se necesita ser más inteligente que los demás —enderezó el cuello—. Hay que luchar para ir hacia arriba, como los árboles cuando nacen apretujados los unos contra los otros. Nadie merece vivir en un gueto como en el que vivías con esa loca que te ha echado de casa. Y menos un guionista tan brillante como tú, Jorge. ¿Sabes quién es Dostoievski?

—Sí.

—¿Sabes lo que decía Dostoievski acerca de la vivienda?

—No.

—Solo en casas grandes se labran ideas grandes.

Esa voz que al escucharla desde la cama me sonó vulgar, ahora me estaba provocando una sensación diferente. Con los ojos abiertos, la voz tenía forma y temperatura, como si fuera algo que se pudiera recoger con las manos. Después de la primera bielorrusa, a la que le importaba un comino todo lo mío, y después de la segunda, que tenía la picha hecha un lío, aparecía Zhenia, el tercer bielorruso en la historia de mi vida, el bielorruso por antonomasia, con su voz cálida, redonda y tan persuasiva como una flauta mágica.

—Mira dónde estás. Es mejor que ese cuchitril de Brooklyn, ¿no crees?

Se mantuvo balanceándose sobre las patas traseras de su silla hasta que yo le respondí.

—Sí.

—Yo también soy artista, como tú. ¿Sabes qué es lo peor que puede hacer un artista?

—No.

—Convertirse en camarero. Los artistas dependemos del tiempo como del aire. Los restaurantes de Nueva York son cementerios de talentos perdidos. ¿Quieres que te cuente mi historia?

—Sí.

—Llegué a Nueva York hace cuatro años con menos de dos mil dólares ahorrados... —aguardó unos segundos antes de desvelarme el final—. Ahora pago cuatro mil de alquiler al mes —dio un golpe seco sobre la mesa, tras el que se puso de pie y se dio la vuelta, como si con eso lo hubiera dicho todo—. ¿Quieres saber lo que me ha hecho llegar hasta aquí?

Empezaba a sospechar que a Zhenia le encantaba recibir respuestas monosilábicas.

—Ya lo sabe —se adelantó Mila—. Se lo dije anoche.

La mandó callar. Por lo visto no se refería a su profesión.

—Este libro —me informó tras alcanzar uno de los dos libros en bielorruso apilados en su mesilla de noche. Se tumbó en la cama, con las piernas bailoteando en el aire—. Aquí está todo lo que necesitas para encontrar lo que estás buscando, Jorge.

Introdujo sus dedos entre las páginas y lo abrió por un punto subrayado con rotulador amarillo. Me leyó parte del pasaje a ritmo lento, traduciendo las palabras con precaución.

—Talento, perseverancia y un deseo inquebrantable de triunfar son los ingredientes necesarios para alcanzar el éxito. Y esta es la receta que utilizaron los grandes hombres y mujeres que no se conformaron con lo que hace la mayoría de las personas, seguir a la manada. Ellos y ellas lucharon sin tregua para materializar sus sueños. Lo que diferencia a estos seres de la multitud es que tuvieron el valor de comenzar y, una vez en marcha, no se rindieron ante nada.

Me daba la sensación de que este recién conocido sabía más sobre mí de lo que yo había tenido ocasión de contarle. Le miré con una mezcla de admiración y pasmo.

—¿Cuántos años tienes? —investigó al poco de finalizar su lectura.

—Veinticuatro.

—No te queda mucho tiempo por delante. Nadie quiere una polla de veinticuatro si pueden tener una de veintitrés. Después de los veinticinco, olvídате. Demasiado tarde para empezar.

Me quedé callado. ¿Había dicho polla?

—Solo tienes que ir a los lugares que frecuentan viejos verdes con dinero y decirles que echas de menos a papá y a mamá —me explicó—. Hay cantidad que estarían dispuestos a pagarte un alquiler en Midtown a cambio de que les des un poco de pena y mucho morbo.

—Les encanta que me vista de Pocahontas —participó Mila.

—El secreto está aquí —concluyó él, repiqueteando con el dedo índice contra la sien—. Hay que ser más inteligente que el resto. No todos pueden llegar hasta arriba.

Zhenia no estaba dispuesto a perder el tiempo y yo ya lo había perdido demasiado. Sin embargo, él hablaba sobre prostitución y hacerse con una vivienda en Manhattan, mientras que yo pensaba en guiones de películas y forjarme una vida en torno a la escritura. Él hablaba sobre realidad y yo sobre ficción. Él me estaba dando argumentos para que me hiciera chapero y a mí me estaba sonando todo de maravilla.

—¿Y si uno de esos viejos verdes resulta ser violento? —planteé.

—Estamos constantemente rodeados de gente que nos puede sorprender. ¿Y si Sveta hubiera sido asesina en serie? ¿Y si Lus'ka y yo estamos locos?

Precisamente estaba pensando en eso.

—¿No os da miedo acabar... locos? —planteé.

Reconocí complicidad en su instinto de buscarse con la mirada, de reafirmarse en su subjetiva prudencia, de estar juntos en todo este tinglado de vida que se habían montado en las alturas de la Calle 58.

—¿Por qué íbamos a acabar locos? —se defendió él—. ¿Acaso crees que tú no te prostituyes, Jorge? Nos empezamos a prostituir desde el momento en el que aceptamos las reglas de este mundo de mierda. ¿Qué pasa? —me preguntó, adivinando mis prejuicios—. Nosotros no vendemos armas ni drogas. Nos limitamos a ofrecer belleza y juventud. ¿Qué hay de malo en eso? Créeme... La mitad de los ciudadanos de Nueva York ha hecho lo mismo que Lus'ka y yo hacemos. Y la otra mitad no lo ha hecho porque son feos.

La oscuridad de sus ojos creaba en mí un efecto hipnótico.

—Son las once menos veinte, cariño —Mila me avisó—. ¿A dónde decías que tenías que ir tan temprano?

No sabía adónde tenía que ir pero, en su intervención, reconocí a mi madre recomendándome poner pies en polvorosa. El pezón que esquivaba la tela suelta de la camiseta de Zhenia y su voz agrídulce estaban tragándose hasta el último resquicio de mi cordura.

—¡Mierda! ¡No voy a llegar! ¡Tengo que estar allí a las once!

Al incorporarme, Mila me siguió hasta el recibidor. Cuando sentí la palma de su mano aterrizar sobre mi espalda, el corazón me dio un vuelco.

—Llévate estas llaves —me ofreció—. Puede que no estemos en casa por la tarde.

Había demasiada ciudad en esta parte de la ciudad. Resultaba insoportable. Crucé tan rápido como pude el Madison Square Park en dirección al Village, donde el cielo está más cerca del suelo y uno no pierde la cabeza con tanta faci-

lidad. Me detuve en la esquina de la Quinta Avenida con la Calle 12 y observé la cima del torreón gótico compuesto por columnas que trepaban la fachada hasta acabar en punta. Había llegado tarde y sudando a mares, pero al fin había llegado a un lugar seguro. Me calmé tan pronto di el primer paso por el camino de piedra que daba acceso a la iglesia presbiteriana del Village.

—La ceremonia ya ha empezado —me susurró el señor que vigilaba la puerta principal—. Si no le importa, acceda al mezanine por estas escaleras.

Era capaz de reconocer los rizos de Fabio entre millares de peinados, especialmente en un entorno donde predominaban canas y calvicies. Me senté en el banco más cercano a la barandilla y le busqué. A pesar de su reciente afición a leer la Biblia, estaba claro que los rizos tropicales de mi ex novio no habían acudido a la iglesia este domingo por la mañana.

El órgano se estrenó con tres notas graves y un tremendo coro formado por al menos veinticinco personas irrumpió de la nada. Cuando la música cesó y el pastor subió al púlpito, me hundí en el asiento de madera con los brazos cruzados. Desde mi nave lateral tenía la sensación de poder entrever el denominador común de cada una de las mentes ahí reunidas: andaban a la caza de alivio a través de los dogmas de la fe. Éramos mentes débiles y románticas. Aquí estábamos reunidos los que, de una u otra manera, buscábamos la seguridad de un amor eterno. Pero Fabio no estaba y hacía años que Dios tampoco.

Los compartimentos donde se amontonaban las Biblias y los cancioneros también disponían de lápices y un montón de sobres para las ofrendas. Utilicé la tapa dura de una Biblia como soporte donde apoyar el sobre que tenía en la mano. Mis palabras estaban deseosas por lanzarse de bruces contra el papel.

Hay una avioneta suspendida en el cielo. Ni sube ni baja, ni va ni viene. Se queda en el mismo lugar, como clavada con chincheta.

Una de las pocas personas que estaban conmigo en la nave lateral se acercó a mí por la espalda y me tocó el hombro. Me giré, ansioso por volver cuanto antes al papel. Un negro cuadrado como un armario me ofrecía su mano para que la estrechara.

—Jorge —me presenté, convencido de que se había confundido de persona.

—La paz sea contigo.

En cuanto dejó mi mano libre, la volví a utilizar para llenar el sobre de palabras.

Dentro de la avioneta hay un piloto y dos aventureros. Digo aventureros porque se retaron a hacer paracaidismo y han llegado a un punto sin retorno. El piloto lleva minutos aguardando el salto. Ambos se colocan cerca del borde. Están algo nerviosos. A decir verdad nunca se les ha visto tan histéricos.

Son pareja. Ahora no se les puede distinguir porque llevan el mismo mono y el mismo casco, los dos son delgados y más o menos de la misma talla. Uno de ellos soy yo, por cierto. El de la derecha o el de la izquierda. No hay forma de saberlo.

—Una... Dos... y...

Saltan antes de pronunciar el tres. Se han adelantado un número.

Incluso en la inmensidad del cielo eligen estar juntos. Disfrutan adoptando poses ingravidas. Se ríen de sus bocas infladas por el aire. Gritan «¡Jerónimo!» y se lo pasan pipa haciendo las típicas tonterías que la gente hace cuando está en el aire y todo parece fácil, ligero, eterno... Sienten la velocidad en la cara. Adrenalina. Son pájaros. Se miran. Se cogen de las manos. Están enamorados. Son pájaros enamorados: Periquitos. Palomas de la paz. Pavos

reales. Pura vida. Libertad y diversión. Pero ahora fijate bien... se creen que vuelan y no vuelan, en realidad caen. Están cayendo en picado. Un suelo de cemento, piedra y cristal se aproxima. El gozo se desvanece en un instante y ahora tienen que preparar el aterrizaje. Deberían separar las manos y espabilarse.

No tienen opción: las separan y se espabilan.

El procedimiento no puede ser más sencillo, además el piloto lo ha explicado hasta tres veces antes del despegue. Cada mochila contiene dos paracaídas. Las anillas pegadas a la pechera del arnés son las que abren el paracaídas principal. También cuentan con uno de emergencias, por si las moscas. Ese se activa con las anillas ubicadas cerca de las axilas. Se tira de ellas, el paracaídas sale de la mochila y se infla. Eso es todo.

Uno de ellos —de nosotros, él o yo— se ha quedado colapsado. Ya ha tirado de las anillas, de las del arnés y de las del sobaco, y su mochila no ha soltado ningún paracaídas. Cuando termina de asimilar aquello tan increíble que le está pasando, entra en pánico. Un pánico irremediablemente discreto, porque estando en los aires y con esos cascos que casi cubren la cara entera no se pueden vislumbrar las emociones de nadie. El individuo del paracaídas averiado se lanza sobre la espalda del otro. Lo abraza fuerte. Quiere pedirle ayuda, pero es complicado articular palabra cuando uno está en shock. También quiere decirle que le ama, que se quiere casar con él, que ha sido feliz a su lado y que está a punto de morir en un accidente brutal y absurdo. El individuo del paracaídas no averiado no entiende nada y tan solo trata de quitarse al otro de encima. Quiere decirle que deje de jugar, que se aparte, que qué diablos está haciendo, cabrón, hijo de puta. Con su pareja pegada a la espalda no puede desplegar sus paracaídas. Los está bloqueando con la presión de su cuerpo. Le está arrastrando a la tumba con él.

Imposible esquivar el golpe. Distinguen los colores y las formas de las piedras.

De este modo, unidos en un abrazo maldito, la pareja recorrer el tramo más contaminado del cielo. Desde las montañas, o incluso desde los rascacielos más altos de la ciudad, se escucha en el aire el último deseo de cada uno de ellos:

—*¡Sálvameeeee!*

—*¡Suéltameeeee!*

Arrugué el sobre y lo escondí en el bolsillo de mi pantalón. Le había visto. Era él. Como si le hubiese invocado con mis palabras. Caminaba sin hacer ruido para que ni el mismo Dios se enterara de que llegaba más de media hora tarde. A pesar de que estaba a escaso medio metro de mí, todavía no me había visto. Yo había corrido despavorido desde la Calle 58 hasta la 12 para encontrarme con él, pero ahora que lo tenía enfrente solo pensaba en esconderme.

—Hola Fabio.

—Jorge... —susurró, lleno de asombro.

e .
t F ,
c R a r G
, N s W H A
* f X s Q s .
; p b p z j f l o p
G & R C B S M V
w R p R B V



Natàlia Cerezo

Barcelona, 1985

Nací en Castellar del Vallés, un pueblo pequeño no muy lejos de Barcelona, en plenos años ochenta. Crecí con ganas de viajar y leer y, como ya leía todo lo que me caía en las manos, me puse a estudiar Traducción e Interpretación, lo que me permitió pasar un año en Copenhague y otro en Taipéi. Al terminar la universidad, me fui a vivir a Barcelona, en un sexto sin ascensor con una terraza inmensa desde la que se veía una pulgada de mar. Unos cinco años más tarde, volví al pueblo con mi gata y con mi pareja. En 2018 publiqué mi primer libro de relatos, *En las ciudades escondidas*, (:Rata_, 2018), que ganó el premio Ojo Crítico de narrativa de ese año. Además de leer y escribir, me gustan los gatos, los tiburones y la tortilla de patatas.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

No lo recuerdo, creo que siempre he ido escribiendo, desde que era pequeña. Sí que recuerdo que una de las primeras cosas que escribí, a mano y en unas hojas cuadriculadas horribles, fueron las historias que me contaba mi abuela.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

No pienso mucho en el tema cuando me pongo a escribir, sino más bien en el sentimiento que quiero transmitir y en la historia que me conviene más para conseguirlo.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Muchos, sobre todo Katherine Mansfield, Alice Munro, Mercè Rodoreda, Sylvia Plath, Virginia Woolf, Carson McCullers, James Salter...

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

No estoy nada al día ni de las novedades ni de las tendencias. Hay tantas cosas buenas por leer, ya sea de hace un año o de hace quinientos, que siento que no voy a tener tiempo para leerlo todo. Como es una sensación tan desagradable, simplemente me dejo llevar y escojo lo que me gusta, ya sea por el autor, en libro en sí o incluso la edición.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

En el siglo XX, en Estados Unidos o Canadá, ya fuera de fiesta con Dorothy Parker en Nueva York o aislada por la nieve en algún pueblo remoto canadiense...

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Siempre voy escribiendo cuentos, pero no tengo nada definitivo entre manos. Lo último que he escrito está en "cuarentena" (dejo que los cuentos respiren y no los vuelvo a leer por lo menos en un par de meses, para saber si valen la pena o no), con lo que aún no están de condiciones de dejárselos leer a nadie.

¿CÓMO PUEDE SER ESTE HOMBRE MI PADRE? (pertenece al libro *En las ciudades escondidas*)

Era invierno, un día despejado. Transportábamos una carga de no recuerdo qué muy lejos, hacia el norte. Papá había guardado las cosas en la cabina y, antes de irse, comprobó que todo estuviese en orden. Desde el asiento del copiloto, lo vi hurgar en el motor y mancharse la camisa de grasa. Después, cogió una manguera y roció el camión. Le había puesto nombre, como si fuese un barco, unos adhesivos con letras azules muy gastadas en la parte interior de su puerta.

Papá condujo todo el día y solo nos detuvimos para comer un par de bocadillos en un área de descanso. El suelo estaba descuidado, había manchas de césped despeinado y marrón. Comimos deprisa, en una mesa de piedra fría, y tiramos el papel de plata y las cáscaras de naranja en una papelera vacía.

El camión vibraba y roncaba y papá no decía nada. Conducía con los ojos clavados en la autopista y apretaba el volante. El sol se ponía y los campos y las colinas se volvieron de color lila. Los faros del camión iluminaban la carretera y los coches que nos adelantaban. Uno llevaba la luz interior encendida. Una mujer miraba un mapa, lo tenía extendido y ocupaba casi todo el parabrisas. Recorría la ruta con el dedo

y le señalaba algo al conductor. Solo los vi un momento, luego el coche apagó la luz y aceleró.

Nos detuvimos en un área de servicio para pasar la noche. Atravesamos el aparcamiento, los camiones y la gente que gritaba hacia las luces de colores del restaurante. Papá caminaba delante, con la cabeza gacha y pasos largos y apresurados.

Nos sentamos en la barra y papá le estrechó la mano al camarero, un hombre grande que nos preparó una cena buena y caliente y que nos invitó a un trozo de pastel. Charlaron un buen rato y yo rellené el crucigrama de un periódico que alguien se había olvidado.

A la vuelta, los otros camioneros nos vieron y saludaron a papá. Le daban golpecitos en la espalda. Me preguntaron si era su hija y les dije que sí y les estreché la mano. Papá me cogía por los hombros y me dolía un poco.

Preparamos el camión para dormir. Cubrimos los colchones de la litera con sábanas de flores y mantas de lana. Papá encendió la luz del techo y dejó las ventanas un poco abiertas y dijo que iba a tomar un café y que no tardaría en volver. Se marchó dando un portazo y oí cómo se alejaba.

Me puse el pijama detrás de la cortina que dividía la cabina en dos y apagué la luz. Subí a la litera de arriba y me tapé con la manta. Oía voces roncadas, rugidos, chirridos, bocinas. Un olor intenso a gasolina. No podía parar de moverme. Daba vueltas, me ponía bocarriba, me agarraba las rodillas. La manta picaba. La saqué de la cama de una patada. Pensaba en aquel verano en que papá me llevó de viaje con el camión. Hacía mucho calor. Fui todo el día con el brazo sacado por la ventanilla, haciendo olas con el viento caliente y furioso de la autopista y me quemé. Papá sacó un bote de crema de debajo de su asiento y me lo untó con delicadeza. Me dijo que con el brazo quemado ya era una camionera de verdad y nos echamos a reír. Pasamos la noche en un área de servicio sin farolas, perdida en la oscuridad. Papá apagó las luces del

camión y sacó dos sillas plegables de la cabina. Cenamos ligero, bocadillos y fruta, y miramos las estrellas y papá me contó cuentos y aventuras, como cuando encontró un zorro en el norte de Francia o cuando llovió tanto que la carretera se convirtió en un río y se puso a navegar sin gastar ni un céntimo en gasolina.

Hacía un poco de frío. Cogí la manta del suelo y vi que había un insecto en el techo. Colgaba cabeza abajo y movía las alas. Se puso a volar y a zumbar durante mucho rato. Pensé que a lo mejor se había escondido en el camión en verano y que, si salía, con el frío que hacía, se moriría. Cerré las ventanas. Cada vez que estaba a punto de dormirme, chocaba con los cristales o me pasaba junto a la oreja y me desvelaba, hasta que no lo oí más.

Papá volvió cuando se hizo de día. Me despertó el olor a café caliente y el motor encendiéndose. Abrí un ojo y lo vi por la abertura de la cortina, bebía de un termo que humeaba y que empañó el parabrisas, como un aliento.

Me incorporé y descorrí la cortina. Estábamos en la autopista, gris por la luz del amanecer. Me senté en el asiento del copiloto en pijama y papá me alargó un cruasán en una bolsa de papel y un vaso de leche caliente con cacao.

Atravesamos los campos inmensos y, después, llegamos a los fríos bosques del norte. Dejamos la autopista y cogimos una carretera estrecha y ondulante. El asfalto estaba húmedo y los árboles eran altos y frondosos. Todo el día nos acompañó una luz opaca, como si siempre fuera por la tarde, hasta que el cielo oscureció de golpe.

Llovía cuando atravesamos la frontera. Había una cola muy larga y miles de luces rojas de coches detenidos como nosotros y papá me dijo que me fuera a dormir. La lluvia tamborileaba en el techo y un viento helado entraba por la ventana abierta y movía la cortina. Me tapé bien con la manta y, cuando me desperté, ya volvíamos a estar otra vez en movimiento.

Paramos en una gasolinera y desayunamos. Papá había estado toda la noche conduciendo, como había hecho muchas otras veces, pero ese día dijo que necesitaba echar una cabezada, bostezó, se tumbó en la litera de abajo y se durmió.

Terminé de desayunar y me quedé sentada, sin saber qué hacer. Fuera aún llovía. Papá roncaba y se revolvía en sueños. Bajo el asiento del conductor no encontré ningún paraguas, pero había un impermeable que me iba grande.

Salté del camión y me mojé los zapatos y los bajos del pantalón en un charco. El agua estaba fría y sucia, embarrada, y la lluvia se deslizaba por la capucha y me mojaba la nariz y el flequillo. Debíamos estar cerca de la frontera, porque había muchos camiones de países diferentes. Me parecieron bestias dormidas y me paseé entre ellos de puntillas. Miré las matrículas y las cabinas. La mayoría estaban vacías, pero en algunas el conductor dormía o leía papeles o fumaba.

Más allá, había una caseta blanca con unos cuantos surtidores de gasolina y una tienda. Pasé por detrás y encontré un prado con césped que llevaba a un acantilado desde donde se podía ver todo el valle cubierto por la niebla. Me paseé un buen rato, me tumbé bocabajo en el césped y saqué la cabeza por el borde. La blancura de la niebla cegaba. Era tan espesa que podría haberla arrancado como un trozo de algodón. Subía poco a poco y cubría los árboles retorcidos del acantilado. Me tocó la cara y cerré los ojos un rato. Me acariciaba como una mano fresca en la frente una noche de fiebre.

Cuando abrí los ojos, todo era de color blanco y aún llovía y volví guiada por el ruido de los camiones del parking. Pasé cerca de la caseta, donde había un corrillo de camioneros que se protegían de la lluvia bajo el techo de chapa.

—¡Eh, oye! —gritó uno de ellos, un hombre grande y peludo como un león que surgía de la niebla—. ¿Tú no eres la hija de Marc?

Me detuve donde estaba y le dije que sí.

—Me lo imaginaba. Soy Aitor. Coincido mucho con tu padre en las rutas. Tú no te debes de acordar, pero nos conocimos hace unos cuantos veranos. Eras una niña muy espabilada. ¿Cuántos años tienes ya?

—Catorce.

—Cómo pasa el tiempo. Los míos tienen más o menos la misma edad. —El hombre encendió un puro y le dio vueltas con el pulgar y el índice. Me miraba allí, bajo la lluvia, como nos había mirado todo el mundo a finales de verano, cuando mamá se marchó—. He oído que vas a hacerle compañía unos días. ¿Qué, te gusta viajar con él?

Asentí y me até más fuerte el nudo de la capucha. Oía truenos en la lejanía.

—Tengo que irme, papá me espera.

—Si hacemos la misma ruta puede que nos veamos más adelante. ¡Dale recuerdos!

Eché a correr. Me costó mucho encontrar el camión entre la niebla. Por fin vi su morro blanco y brillante. Papá me abrió la puerta del copiloto y subí a la cabina con los zapatos y los calcetines en la mano para no ensuciar el suelo. Papá me preguntó dónde había estado y le dije que había ido a explorar y que Aitor le mandaba recuerdos. Asintió y encendió la calefacción. Me quité el impermeable y nos volvimos a poner en marcha cuando me hube cambiado de ropa. Por el retrovisor, vi que el camionero-león nos adelantaba.

Tocó la bocina dos veces y papá le contestó sacando el brazo por la ventanilla.

Parecía que el bosque no se acababa nunca. Los árboles eran estrechos y estaban muy juntos y la carretera enfilaba arriba y abajo en un vaivén constante. Avanzábamos poco a poco, con un ronquido suave de oso dormido. De vez en cuando,

se nos cruzaba alguna ardilla. Dejaba huellas en la nieve del margen y trepaba a los árboles, que goteaban aguanieve.

Nos detuvimos en la gasolinera de un pueblo pequeño. Nos encontramos a Aitor, que fumaba apoyado en su camión. Seguía la misma carretera que nosotros, hacia el norte, con un encargo urgente de flores de plástico.

Cenamos en el bar que había junto a la gasolinera. Empezó a nevar cuando nos trajeron la sopa y en el segundo plato la nieve se amontonaba en la ventana. El camarero nos advirtió de que posiblemente por la noche helaría. Aitor se comió las dos últimas cucharadas de estofado y nos dijo que no se arriesgaría a quedarse atrapado y que saldría ya. Cruzaría el bosque aquella misma noche y al día siguiente dormiría en una fonda que había al otro lado, donde lo conocían.

Se fue sin tomar el postre. Papá miró cómo desaparecía detrás de la cortina de nieve y me preguntó si me veía capaz de hacer lo mismo.

Le dije que sí. Papá pidió que le llenaran el termo de café y salimos.

Los faros del camión iluminaban la carretera y los copos de nieve, que volaban empujados por el viento como si fuesen ceniza. Costaba ver el camino. Las ramas secas de los árboles rascaban el techo. Los limpiaparabrisas iban arriba y abajo con un tictac de reloj y papá agarraba el volante. De vez en cuando, le daba un trago al termo, el café extendía su calor por toda la cabina.

Me pregunté si acostumbraba a recorrer este camino, iluminado solo por los faros a medianoche, desvelado por el café y con los ojos enrojecidos por el cansancio. Puede que alguna noche, pensé mientras agarraba el cinturón y oía al camión que rugía como una motora en un lago oscuro, se detuviera para dormir, creyendo que no nevaría, y se despertara cubierto de nieve, el camión sepultado y la carga congelada. La otra

vez solo nos habíamos ido tres días, soleados y calurosos, para hacer un encargo no muy lejos de casa. El camión era un poco más nuevo que ahora y las letras del lado de la puerta no estaban tan gastadas, y cuando volvimos mamá nos esperaba.

Papá detuvo el camión en un arcén amplio y me pidió que lo ayudase a poner las cadenas. Lo iluminé con la linterna mientras las extendía en el suelo y le hice señales cuando tiró el camión marcha atrás, antes de cubrir las ruedas y sujetarlas.

Avanzábamos muy despacio. Papá tenía los ojos clavados en la carretera y se le enfrió el café. El bosque resplandecía con la luz de los faros y la nieve caía silenciosa como nosotros, como el resto del mundo.

Solo vi la rosa un momento, roja como una brasa en medio de la carretera. Pasamos por encima y se hundió en la nieve.

—¿Has visto? Parecía una flor...

Papá se encogió de hombros.

—No sería nada.

Pero aparecieron más y más flores, rosas, magnolias, lilas y orquídeas, brillantes, rígidas y medio cubiertas de nieve, como en una boda.

Maravillada, no me di cuenta de que papá frenaba y que el camión derrapaba. Me cubrí la cabeza con las manos y el cinturón me dio un tirón en el pecho que me dejó sin aliento.

Cuando nos detuvimos del todo, papá echó a correr por la nieve y entonces vi que el camión de Aitor había volcado. La carga se extendía por la carretera, las flores de plástico, la primavera que no era.

No sé cuánto rato estuve dentro del camión. Vi que papá llegaba a la cabina volcada. Oía el motor, el viento y una voz asustada, aguda y rota. Puede que fuera papá quien gritaba, o Aitor pidiendo ayuda.

La voz me empujó a salir. El viento me entumeció la cara y me hizo entornar los ojos. Crucé la carretera hacia la oscuridad de la cabina. Tenía el parabrisas reventado y la carrocería abollada. Los cristales cubrían la nieve y había un rastro rojo y dos cuerpos un poco más allá. Cuando los vi, me volví hacia nuestro camión llevándome las manos a la boca para ahogar un grito; los faros me cegaron y cerré los ojos.

Oí otra voz. Una voz grave y tranquila y, me di cuenta, conocida. Papá. Papá me hablaba.

—Nora. Tranquila. Ve a buscar las mantas y el botiquín.

Llevé el botiquín y todas las mantas, pañuelos, bufandas y jerséis que encontré con el corazón en un puño. Al volver, pisé un charco negro que fundía la nieve y que se extendía por el asfalto hasta las manos de papá, manchadas de rojo, que presionaban la pierna de Aitor. Se había quitado el jersey y le estaba haciendo un torniquete con la camisa y un palo. Cogió las mantas y la ropa, lo tapó bien y le envolvió la cabeza con mi bufanda.

—Ahora vengo —dijo después de volver a ponerse el jersey—. Quédate a su lado y háblale.

Corrió hacia el camión y oí la tos de la radio. Luego puso las luces de emergencia y vi cómo sacaba los triángulos de señalización, se ponía el chaleco reflectante y desaparecía en la oscuridad.

—Pronto vendrá alguien —dije.

Me arrodillé al lado de Aitor. Tenía los ojos abiertos, pero no se movía ni hablaba. Papá lo había tapado tan bien que solo sabía que respiraba por una nube de vapor que exhalaba. Lo veía borroso y amarillo por la luz de los intermitentes. Tenía la cara cortada e inflamada. Los copos de nieve le caían en la frente y en las pestañas. Cogí un trozo de algodón del botiquín y se las limpié, poco a poco, casi sin tocarlo, hasta que la nieve fundida le resbaló por las mejillas.

Temblaba. Se le aflojó la bufanda y sacó una mano rígida de debajo de las mantas. Tuve miedo, mucho miedo. Volví a taparlo bien, me quité la chaqueta y lo arropé. Me tumbé a su lado y lo abracé hasta que dejó de temblar. El asfalto estaba helado, pero la nieve era casi cálida. Nos cubría como una madre. Sentía el palpitar lejano del corazón de Aitor, que de vez en cuando se estremecía, y lo abracé más fuerte y se lo conté todo, aquellos días con papá, los kilómetros que habíamos hecho, las cosas que habíamos visto.

Lo abrazaba y hablaba y veía a papá, a lo lejos, que volvía cargado con cajas. Nos miramos y fue como si nos viéramos después de mucho tiempo. Abrió las cajas y nos cubrió con las flores. Se movían con la respiración débil de Aitor, como si estuvieran vivas, y nos hacían cosquillas en la nariz. Olían al armario de casa. Papá vació todas las cajas, se sentó a nuestro lado y me apretó la mano con fuerza.

—Todo saldrá bien.

U
H
I
N
T
I
O
N
A
L
J
O
U
R
N
A
L
O
F
T
H
E
A
M
E
R
I
C
A
N
P
H
I
L
O
S
O
P
H
Y
A
N
D
L
I
T
E
R
A
T
U
R
E

W
E
L
C
O
M
E

A
N
D

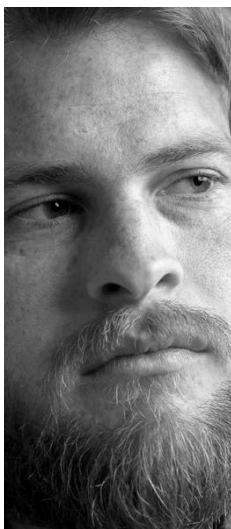
*

*
W

&

X

,



Alejandro Morellón

Madrid, 1985

Crece en la isla de Mallorca donde aprende a leer, a caminar, y a contar hasta cien. Ha publicado los libros de relatos *La noche en que caemos* (Premio Fundación Monteleón 2012) y *El estado natural de las cosas* (Premio Hispanoamericano Gabriel García Márquez 2017). Actualmente vive en Madrid.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Empecé cuando iba al colegio. En uno de mi primeros exámenes de lengua, por ejemplo, en lugar de contestar a las preguntas le escribí un rap a un amigo por su cumpleaños. Me suspendieron, claro. Al principio empecé a escribir porque era divertido hacerlo y luego porque hacerlo me revelaba aspectos distintos de la realidad. Las palabras me daban una lectura del mundo.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

El extrañamiento y la otredad, el enigma, el fragmento, el horrible azar.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Al principio fueron Poe, Mary Shelley, Kafka, luego Dino Buzzati, luego Italo Calvino, luego Angela Carter, luego José Donoso, Clarice Lispector, Antoine Volodine, George Saunders, Armonia Somers.

Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Encuentro una tendencia a la no ficción o a la autoficción, pero personalmente prefiero leer narrativa de ficción, sea lo que sea que eso signifique, las etiquetas a veces son castradoras. Pienso en los libros de Rita Indiana, Rodrigo M. Tizano, Mariana Enriquez, Rubén M. Giráldez, Mónica Ojeda, Eduardo Ruiz Sosa, Liliana Colanzi.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?

En la época del renacimiento italiano.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

A finales del 2019 se publica mi primera novela, *Caballo sea la noche*, con la editorial Candaya. Una novela sobre un lugar que entremezcla lo esquizofrénico y lo onírico, donde se da cobijo a personas que han querido huir; refugiarse, confinarse fuera de las miradas de la sociedad.

TA I

(cuento perteneciente al libro
El estado natural de las cosas)

Cuando ella rompe aguas es de madrugada. Él no sabe conducir así que llaman a un taxi. Llueve, no mucho pero lo suficiente como para que las calles a través del parabrisas aparezcan borrosas y resbaladizas. Hay una fina capa de grasa que se diluye con el agua y baja por los cristales. No parece una buena señal, nada lo parece desde que se han levantado de la cama. Aún se perciben el aire frío de la noche y la ausencia de luz en la calle donde ellos viven, a exactamente veinticinco minutos del hospital.

Hace un par de semanas habían hecho un simulacro del día del parto para ver si lo tenían todo listo. Él había recogido lo necesario para el hospital: el cepillo de dientes, la cesta, el pijama y las zapatillas, unas que le habían regalado para la ocasión y que no había querido ponerse antes. Lo hemos hecho todo bien, parecían decirse con la mirada. Luego, de vuelta a la cama, ella había acariciado sus zapatillas de franela aún sin estrenar.

—Estas son para cuando nazca Guillermo.

Pero llegado el día, el verdadero día, nada ha salido bien desde el principio. Las cosas son así, y no hay más. Primero, que el asunto de la rotura de aguas a ella le ha pillado soñando con sus clases de natación, por lo que su cuerpo no ha reaccionado hasta bien entrada la madrugada. Y además, el taxi que ha aparecido

en la puerta del edificio tiene mal aspecto, un modelo antiguo de color desvaído, pegatinas de hace muchos años pegadas a los cristales, alguna de las llantas ausente y ninguno de los dos espejos retrovisores de fuera.

—¿Adónde has llamado, Jaime?

—Sube mujer, no querrás dar a luz por el camino.

—Este coche es una ruina —le susurra a ella, mientras avanzan— ni siquiera tiene la palabra *taxi* completa.

Él mira el letrero y se da cuenta de que, efectivamente, la X del rótulo está fundida, por lo que se lee TA I. Treinta y dos minutos después, a ella se le ocurre mirar el reloj.

—Oiga, ¿falta mucho? —pregunta.

—Estamos en seguida.

La voz del taxista, metálica y algo silbante, apenas se escucha por encima de la música del radiocasete, una cinta de Machín que el hombre lleva escuchando desde no se sabe cuánto.

—Jaime —le susurra ella a su marido—, éste no es el camino hacia el hospital.

Él le aprieta los dedos con fuerza para tranquilizarla mientras intenta despabilarse a marchas forzadas. No hace más movimiento que una mueca extraña con la boca para hablar:

—Él es taxista, mujer, sabrá otro camino más corto.

Ella va a recriminarle que de eso nada, que no se tarda tanto en llegar, pero antes de que diga nada empiezan los primeros dolores fuertes.

—Cariño, ¿estás bien? —dice él, apretándole un poco más la mano.

—Sólo quiero llegar al hospital.

—¿No puede acelerar un poco, por favor? —le dice el marido al conductor.

—Tres o cuatro calles más y ya estaremos —replica el taxista de rostro impasible. Se diría, de no ser demasiado raro el asunto, que lo dice imitando la voz del cantante.

El coche gira, vuelve a girar, se interna en una, dos, tres, cuatro calles distintas, hasta que a ella se le intensifican los dolores.

—¡Por Dios!, ¿dónde estamos? —pregunta.

Tiene los ojos muy abiertos y la boca contraída, la mano que agarra a su marido se le escurre por el sudor y está caliente; el vaho se forma en los cristales, el marido suda la camisa.

—Ahora mismo llegamos, señora. Está aquí, a dos calles.

—Jaime, quiero bajarme de este puto taxi.

—No te sulfures, sólo hace su trabajo. Será por el tráfico.

Pero lo cierto es que no hay tráfico. Él también se extraña; le ha parecido escuchar una modulación peculiar en la voz del conductor, un leve acento a música cubana en sus palabras. Aún así no hace nada, mira preocupado a través de la ventana y se dice que pronto verán la puerta de urgencias y podrá ser padre y que aprenderá a conducir y no tendrá que pedir nunca más un taxi.

—Oh, Dios...

—¿Qué pasa, cariño? ¿Te duele?

—Las zapatillas... hemos olvidado las zapatillas —dice ella.

—No te preocupes por eso ahora.

—No, no. Tú has olvidado las zapatillas.

—Mujer... Ya te compraré otras.

—No lo entiendes, no entiendes nada. Eran esas zapatillas, tan bonitas...

Entonces ella se derrumba, llora mientras el rostro se le descompone por el dolor.

—Respira, respira —dice el marido mientras le echa una mirada furtiva al conductor.

Le parece que le sonrío. La verdad es que tiene un bigote muy negro. ¿Es posible que haya subido la música? Las maracas irrumpen con fuerza y se oyen también las otras percusiones; los tambores, los bongos.

—La música...

—Le gusta, ¿eh?

—Bueno, es para que la baje un poco. Ella estará más tranquila.

—Machín es uno de los iconos del bolero —responde el taxista, que ignora por completo su petición—. ¿Sabe que murió doce días antes que Elvis Presley? ¿Conoce esa canción, El *manisero*?

—No, pero...

—Ahora mismo se la pongo.

—Perdone, pero queremos llegar al hospital cuanto antes y...

No puede continuar la frase porque el sonido de una trompeta resuena en el interior del coche y ella grita ahora de dolor.

—Jaime, creo que ya viene, dile a ese cabrón que se dé prisa o lo denunciaré.

El taxista, por toda respuesta, tararea El *manisero*, e incluso a ratos se concede la libertad de soltar el volante y simular el meneo de las maracas. El vehículo de colores antiguos gira dos calles, más abajo pasa una rotonda, tuerce a la izquierda y se interna en uno de los carriles de la autopista. *Maníiiiiiiii...*

—Por aquí iremos más rápidos —dice, pero no le escuchan, ni ella ni él.

Ella porque está empujando con todas sus fuerzas y lo único que oye es un pitido de presión en los oídos. Él porque está absorto en la forma quebradiza y gelatinosa que está empezando a salir de entre las piernas de su mujer. Se supone que eso es un hijo, piensa para sus adentros. Repugnante.

Y luego: empuja, empuja, empuja un poco más; mueca de dolor, insultos, pelo mojado sobre la frente, *hijodeputaconducemásd deprisa*, piernas en alto, clavarse de uñas y el marido también acaba gritando porque no sabe qué hacer con esa cosa que se desparrama en la tapicería del coche. La voz de Machín de fondo.

Es un poco regordete, entrecano, tiene unas patillas mal arregladas y ese bigote, tan llamativo, bastante poblado y negrísimo. Concentrado en conducir, el taxista no se da cuenta, o finge no darse cuenta de que el marido y reciente padre de la criatura le

está observando. Le estudia desde la parcela del espejo retrovisor; ni siquiera le tiene rabia, ni odio, ahora tampoco le apetece dirigi-
rle la palabra. Lo único que siente es un gran desconcierto, no sabe qué pensar de aquel hombre, tan desemejante de todo lo que había conocido antes. Su mujer está medio dormida, hace una hora y media que ha dejado de sangrar y ahora reposa apoyada contra la puerta con la cara pegada a la ventana. Encima de sus rodillas, de las rodillas de él, está su hijo arropado con una toalla, recostado en la hendidura que se forma entre las dos piernas. También duerme, apacible.

Pero nada va como tiene que marchar, piensa él, se supone que tendríamos que estar en el hospital, en una habitación de suelos y paredes blancas, rodeado de gente con bata que se hubiera lavado las manos antes de tocar nada y que nos diese la enhorabuena por la hermosa criatura; se supone que deberíamos estar recibiendo a la familia, y abrazándonos. Se supone que mi mujer tendría que estar en una cama de sábanas limpias y asépticas, con toallas mojadas, y enfermeras de aspecto dulce rodeando la cama, ella sosteniendo a Guillermo, con una sonrisa que le ocupase toda la cara, y yo a su lado, mirándolos a los dos, maravillándome por el milagro de la creación. Pero estoy aquí, mirándole el bigote al taxista, observándole la cara a través del espejo cuando no mira.

Durante las horas siguientes no hay rastro del ambulatorio. El coche continúa avanzando, las manos del conductor giran a izquierda y derecha el volante, a veces frenan en los semáforos, se detienen. Pero ellos no bajan. La música se sigue escuchando, el niño llora. Pero no bajan.

Los meses de lactancia son duros. La madre apenas duerme, al padre le cuesta hacerse con la forma de los asientos, le duele el cuello y la espalda. Alguna vez que paran en la gasolinera, el taxista, que han descubierto que se llama Ataulfo, trae todo lo necesario para el niño, llenando el maletero del taxi de potitos,

leche, ropa, incluso un pequeño sonajero que ha visto en el centro comercial. Anda, agítalo así, como una maraca.

A ninguno de ellos se les ocurre nada que decir. Apenas piensan en su casa o en su vida pasada. Solamente preguntan: ¿a dónde vamos ahora?, y el taxista se resigna a elevar los hombros. Ya veremos por el camino, dice. A menudo, marido y mujer se turnan para cuidar al niño y mientras el uno le cambia los pañales, el otro va al asiento del copiloto a hacerle compañía a Ataulfo.

—¿No le cansa escuchar siempre a Machín? —le pregunta Jaime.

—No señor, él es el mejor de todos.

A veces, cuando ninguno de los dos habla, el taxista les cuenta alguna anécdota del cantante, o cuando lo vio en este o aquel concierto.

—Machín es el más grande —suele repetir.

Por eso, cuando el niño habla por primera vez, a ninguno de los dos padres le sorprende que su primer sonido reconocible sea *machínmm*. Apenas es un balbuceo, pero ellos comprenden. No sólo eso sino que además miran orgullosos a Ataulfo y éste también sonríe profundamente.

Mientras el taxista conduce los padres se entregan por completo al cuidado del pequeño: se reparten las tareas de higiene, alimentación, educación; el padre le habla de cómo es el mundo por fuera, de las cosas más allá de las ventanas del coche, de a ver dónde llegarán. Pero no llegan a ningún sitio.

En el taxi a Guillermo se le cae el primer diente, dice su primera palabrota, celebra su primer cumpleaños, aprende sus primeras canciones. Todas de Machín, por supuesto. También escucha a sus padres hablar de cine, y de gente que conocen de sus anteriores vidas, y de todo eso que puede encontrarse fuera, y aprende y empieza a pensar por cuenta propia, y un día llega la gran pregunta.

—Papá, mamá, si toda la gente de la que me habláis está en la calle, y además, yo lo he visto por la ventana, y hacen cosas fuera,

y se ruedan películas y se emiten juicios, y hay obras de teatro, y la gente hace cola en las pescaderías, ¿por qué nosotros estamos siempre en el taxi?

La intensidad y la lógica de la pregunta hace que los dos, el padre y la madre, se miren alarmados, y se digan con los ojos algo así como *vale, ha llegado el momento*. Incluso el taxista Ataulfo reduce la velocidad. La madre mira a las alfombrillas debajo de sus pies, intentando escudriñar la respuesta entre las migas de pan y las pelusas; el padre finge preocuparse por algo que divisa desde la ventana. Tras varios minutos de silencio, miran los dos extrañados a Ataulfo.

—Pues hijo... —comienza a decir el padre.

—Tu padre no sabe conducir... —sigue explicando la madre. Pero la voz de Ataulfo se impone.

—Mira, boy, ¿te acuerdas de lo que te enseñé a hacer con el sonajero cuando eras pequeño? ¿Recuerdas el ritmo? Ea, míralo aquí.

La canción suene a todo volumen, las maracas estallan sobre el salpicadero, sobre los asientos traseros, envolviéndolo todo de ondas hertzianas, con la violencia elegante de los compases latinos. Los padres se retuercen un poco sobre sus asientos, incapaces de permanecerse quietos, y miran de soslayo a Guillermo. Guillermo calla, enmudecen sus anteriores preocupaciones, hace bailotear sus dedos al ritmo de la música; calla y olvida.

Guillermo deja de tener la voz de niño, quiere ir en el asiento de delante, le pide a Ataulfo que le deje fumar cuando sus padres duermen atrás. Un día, detenidos en un paso de peatones, una chica de más o menos su edad, con la melena rubia y una mochila pintarrajeada a la espalda, cruza por delante del coche y Guillermo se inclina sobre su respaldo. Esto, que es totalmente visible a los ojos de Ataulfo, hace que le pregunte:

—Te ha gustado, ¿verdad?, la chiquilla.

Guillermo ni siquiera responde, ocupado como está siguiéndola con los ojos, viendo como cruza unos metros y se sube a un autobús.

—¿Cómo es ir en autobús, Ataulfo?

—No lo sé, hombre. Yo soy taxista.

Al día siguiente, cuando los padres preguntan cuál es su próximo destino, Ataulfo sólo se limita a decir:

—Vamos a un sitio por donde pasamos ayer. Un sitio que le gustó a Guillermo.

Durante varias semanas vuelven al mismo paso de peatones, a la misma hora, cuando terminan las clases. Varias veces coinciden con la niña hasta que ella advierte la constante presencia del taxi a aquella hora, y un día se acerca.

—Hola, si quieres te llevamos a tu casa —dice Guillermo.

A los padres les sorprende el arrojo de su hijo. La chica, por toda respuesta, se echa el pelo detrás de las orejas y se sube al taxi.

—Vosotros vais siempre en taxi, ¿no? —Su voz es la voz rígida y forzada de la pubertad, pero a Guillermo le gusta—. Os he visto algunas veces.

Joanna, al principio, hace muchas preguntas. ¿Cómo podéis estar aquí siempre? ¿Por qué no vas al colegio? ¿Qué clase de música es esa? ¿Falta mucho para mi calle?

—Enseguida habremos llegado —responde siempre Ataulfo. Después de los primeros días Joanna deja de preguntarlo.

Pasa el tiempo y Guillermo y Joanna se gustan de la única forma en que dos cuerpos jóvenes quieren gustarse. Los dos tienen pocas nociones del sexo, aunque las suficientes. Algunas cosas que había escuchado Joanna en el colegio y otras que Guillermo le había podido sonsacar a Ataulfo. Ensayan, experimentan el primer beso, la primera vez que ella le toca el pene, la primera vez que él hunde el dedo en la vagina de ella, todo en la parte de atrás del taxi, con la madre o el padre al lado, y solamente cuando todos duermen. Todos menos Ataulfo: el taxista nunca ha manifestado sueño ni cansancio. Nunca ha dejado de conducir.

Así, escondido en la sombra de la noche, acompañando su ritmo al de los ronquidos de sus padres, Guillermo va introducién-

dose en el vigoroso y placentero cuerpo de Joanna; y lo hace con tal energía y obcecamiento, propios del ímpetu adolescente, que muchas veces despiertan a los padres y él ni siquiera interrumpe las acometidas. Hay una vez, solamente una, en la que el empeño de ellos es tan fuerte que a Guillermo se le olvida por completo sacarla cuando va a correrse.

Nueve meses después ocurre de nuevo.

—¿Dónde hay un hospital cercano, Ataulfo? —pregunta la madre de Guillermo, y futura abuela.

—Pues aquí a dos manzanas, ahora mismo llegamos.

Ella hace un gesto afirmativo con la cabeza, mostrando conformidad y gratitud ante el taxista, como si ni ella ni ninguno de ellos supiesen de la naturaleza hipotética de esas palabras. Otra vez los gritos, y la tapicería emborronada de placenta y sangre, el padre animando al hijo y los consuelos de éste dirigidos a la sufrida madre, apertura, más apertura, maracas, estribillo final. Nacen dos criaturas, niño y niña, sobre las piernas de sus padres y la constante vigilia de sus abuelos y de Ataulfo al volante. Los niños crecen y empiezan a moverse por todos los rincones del taxi y sus manos van a parar a cada uno de los objetos; los cuerpos engordan, se estiran, se ensanchan en los asientos y ocupan espacio; entonces, cuando muchas veces se habla de lo cada vez más grandes y pesadas que se vuelven las criaturas, el padre, o sea, el entonces recién abuelo Jaime, habla:

—Mira, Guillermo, voy a irme —dice desde el asiento del copiloto.

Guillermo está atrás pero en realidad Jaime se está dirigiendo a su mujer, que está justo detrás de él, aunque esta vez no se atreva a mirarla a los ojos cuando habla.

—¿Cómo, papá? —Guillermo se cambia a la pequeña Gloria de pierna para poder ver mejor a su padre.

—He estado hablando con Ataulfo —el taxista sigue conduciendo sin inmutarse— acerca del espacio. Verás, somos ya mu-

chos para un taxi, a Ataulfo podrían retirarle la licencia y aunque no me lo haya dicho sé que es una preocupación para él. Además, está bien que así sea, la familia ha crecido, y empieza a escasear el espacio. Estos pequeños van a hacerse grandes, y querrás que tengan sitio para estudiar, para jugar y que estén cómodos.

—Pero no puedes estar hablando en serio —dice Guillermo mirando a su madre, que ha empezado a llorar silenciosamente—. Tú eres mi padre, el abuelo de mis hijos —y levanta a Gloria como para acompañar sus palabras—No pueden crecer sin su abuelo, yo no puedo crecer sin ti.

—Pero hijo mío, si tú ya has crecido.

El abuelo extiende el brazo y pellizca cariñosamente a Gloria en el moflete, luego posa la mano delicadamente encima de la de su mujer, que sigue llorando y ha cerrado los ojos.

—Te quiero, cariño, me has hecho muy feliz. Siento no haber aprendido a conducir.

—Adiós Ataulfo, un placer —dice por último, y acto seguido abre la puerta del coche y se tira en marcha.

Después de rodar por el asfalto y perderse en un cúmulo de coches y peatones y desaparecer entre la humareda contaminada de la calle, puede ver a su familia allí dentro, observándole a él desde los asientos de atrás. Intenta atrapar el instante de cada una de las figuras que emergen desde la luna trasera, su hijo, su nuera, y sus dos nietos, Gloria y Antonio. Y más adelante, la figura bigotuda del chofer. Luego mira a su mujer, todos estos años conmigo, piensa. Antes de que el taxi se pierda en la lejanía le da tiempo a observar su carrocería antigua y sus colores apagados y su letrero con la X fundida.

Antonio y Gloria sufren los dos ataques de acné, juegan a quién logra ver más matrículas capicúa y se pelean por ver quién va delante.

—Dijimos que los martes me tocaba a mí, ¿a que sí, Ataulfo? —afirma Antonio con voz quebrada de adolescente.

A sus trece años es más alto que su padre Guillermo, asegura la abuela. Eso y que ha sacado el genio de su abuelo. A veces, cuando se menciona al abuelo Jaime, a la abuela y a su padre les da por mirar atrás, como si aún pudiesen ver su cuerpo tirado en el suelo.

—Vamos a hacer una cosa —dice Ataulfo—, quien me adivine primero el nombre de la próxima canción irá delante.

A ellos les encanta jugar a eso, se yerguen y acercan su oído al radiocasete. Tienen que estar atentos, más que nada porque los dos se las saben todas, y es cuestión de un segundo o dos, dependiendo de si suena un tambor o una maraca primero, que alguno lo adivine.

—Ataulfo, escúchame —dice la abuela, que ahora está sentada delante—. Todo lo más grande que he vivido en esta vida, desde mi hijo hasta mis nietos, ha sido dentro de tu taxi, siempre te estaré agradecida por haber conducido tan bien. Ya sabes por qué mi nieto se llama Antonio, ¿verdad?

Como Guillermo está dormido no puede ver cómo su madre abre la puerta y se deja caer lateralmente fuera del taxi, después de santiguarse. Empieza la canción y esta vez es Gloria, que ha empezado a desarrollar los pechos, la que la identifica primero. Rápidamente ocupa el lugar recién abandonado por su abuela; aún nota el respaldo caliente.

—Ataulfo, ¿dónde ha ido la abuela?

—Ya le tocó bajarse del taxi.

El coche vira a izquierda y derecha, incorporándose a carriles, circulando por calles estrechas y avenidas, tomando rotondas, deteniéndose en los semáforos y respetando todas y cada una de las normas de tráfico. Ahora eran cinco otra vez. A Ataulfo no le quitarían la licencia.

s

;

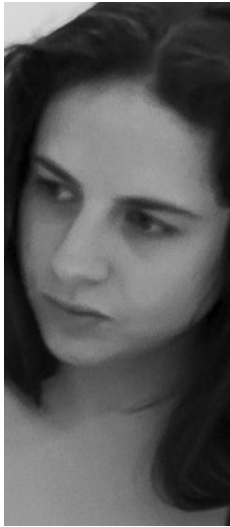
*

f

e .

U ,
v
x
a r

Q H e *
c
w .
s .
p .
b .
z .
M j
n
o
l
q
r
s
t
u
v
w
x
y
z



Cristina Morales

Granada, 1985

Es autora de las novelas *Lectura fácil* (Anagrama, Premio Herralde de Novela 2018), *Terroristas modernos* (Candaya, 2017), *Malas palabras* (Lumen, 2015) y *Los combatientes* (Caballo de Troya, 2013), galardonada con el Premio INJUVE de Narrativa 2012 y finalista del Festival du Premier Roman de Chambéry a la mejor primera novela publicada en España en 2013. Sus cuentos han aparecido en numerosas antologías y revistas literarias. En 2017 le fue concedida la Beca de escritura Montserrat Roig, en 2015 la de la Fundación Han Nefkens y en 2007 la de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. Es licenciada en Derecho y Ciencias Políticas y especialista en Relaciones Internacionales. Actualmente es artista residente en la Fábrica de Creación La Caldera (Barcelona) como miembro de la compañía de danza contemporánea Iniciativa Sexual Femenina.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Escribo con conciencia de estar realizando una labor creativa desde muy niña, desde que iba a la escuela, y por dos razones: porque me daba mucho placer y porque mis padres eran extremadamente estrictos con mis notas.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

El lenguaje y el relato impuestos por el poder (económico, cultural, político) frente al lenguaje y al relato nacidos de mi experiencia y la de mis iguales, que ni tenemos ni queremos el poder.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

No siempre coinciden mis autores de cabecera con los que más influyeron en mis comienzos. Coincidentes son Bonilla, Ivá, Marsé, Fonollosa. Esos no me han abandonado nunca. De chavala devoraba a Woolf, a Céline, a Tabucchi, a Millás, a Neuman, a Medel, a Gottfried Benn, a Cortázar, a Umbral, a Torrente Ballester, a Böll. Ahora devoro a Bolaño, a María Galindo, a Marta Sanz, a Gallardo y Mediavilla, a Antonio Orejudo, a Angélica Liddell, a Elvira Navarro, a Max Besora y a Borja Bagunyà.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesa la literatura que extrema las posibilidades del lenguaje y que desacraliza el hecho literario. Una literatura creativa con su materia prima: la lengua, entendiéndola como la institución de poder que es y de la que haríamos bien en emanciparnos. No es únicamente terreno de la narrativa. El cómic, la poesía, el teatro y el ensayo son nuestros aliados. Así lo hacen *Trapologia*, de Max Besora y Borja Bagunyà, o Rubén Martín Giráldez en su *Magistral*, o Sanz en su *No tan incendiario*, u Orejudo en su *Los cinco y yo*, o Angélica Liddell en su *¿Qué haré yo con esta espada?*

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Me habría gustado ser ágrafa en las cuevas de Atapuerca y pintar bisontes.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Tengo entre manos una pieza de danza llamada *Catalina*, de la cual soy intérprete y coreógrafa dentro de la compañía Iniciativa Sexual Femenina. Estrenamos en Barcelona el 24 de enero de 2019 y actualmente estamos girándola.

LECTURA FÁCIL

(fragmento de novela)

Tengo unas compuertas instaladas en las sienes. Cierran en vertical, como las del metro, y me clausuran la cara. Pueden representarse con las manos, haciendo el cucú de los bebés. ¿Dónde está mami, dónde está mami? ¡Aquíiiiiiii!, y en el aquí las manos se separan y el niño se carcajea. Las compuertas de mis sienes no están hechas de manos sino de un material liso, resistente y transparente rematado en una goma que asegura cierre y apertura amortiguados, y su hermetismo. Así son, en efecto, las compuertas del metro. Aunque se pueda ver perfectamente lo que pasa al otro lado, son lo suficientemente altas y resbaladizas como para que no puedas ni saltarlas ni agacharte para pasar por debajo. De igual modo, cuando mis compuertas se cierran se me pone en la cara una dura máscara transparente que me permite ver y ser vista y parece que nada se interpone entre el exterior y yo, aunque en realidad la información ha dejado de fluir entre un lado y otro y sólo se intercambian los estímulos elementales de la supervivencia. Para sobrepasar las compuertas del metro hay que encaramarse a la máquina que pica los billetes y que sirve a su vez de engranaje y de separación entre una pareja de compuertas y otra. O eso o pagar el billete, claro.

A veces no son una dura máscara transparente, mis compuertas, sino un escaparate a través del cual miro algo que no

me puedo comprar o a través del cual yo soy mirada, deseada de comprar por otro. Hablo de estas mis compuertas y no lo hago en un sentido figurado. Estoy intentando a toda costa ser literal, explicar una mecánica. Cuando era pequeña no entendía las letras de las canciones porque estaban cuajadas de eufemismos, de metáforas, de elipsis, en fin, de asquerosa retórica, de asquerosos marcos de significado predeterminados en los que “mujer contra mujer” no quiere decir dos mujeres peleándose sino dos mujeres follando. Qué retorcido, qué subliminal y qué rancio. Si por lo menos dijera “mujer con mujer”... Pero no: tiene que notarse lo menos posible que ahí hay dos tías lamiéndose el coño.

Mis compuertas no son una metáfora de nada, nada con lo que yo quiera hacer referencia a una barrera psicológica que me abstraer del mundo. Mis compuertas son visibles. En cada una de mis sienes hay una bisagra retráctil. Desde las sienes y hasta las quijadas se abren sendas ranuras por la que cada compuerta entra y sale. Cuando están desactivadas se alojan detrás del rostro, ocupando cada una su reversa mitad: media frente, un ojo, medio tabique y un orificio nasales, una mejilla, media boca y medio mentón.

La última vez que se activaron fue durante la clase de danza contemporánea de antesdeayer. La profesora bailó seis o siete gozosos y veloces segundos para ella misma y después marcó la coreografía un poco más lento para nosotras, que debíamos memorizarla y repetirla. Volvió a darle al play y se puso la primera delante del espejo para que la siguiéramos. Para mí es fácil seguirla si va despacio. Ejecuto los movimientos con un segundo o menos de retardo, tiempo que necesito para imitarla de reojo y recordar lo que viene después, pero los ejecuto intensa y redondamente, y eso me satisface y me hace sentir una buena bailarina. Soy una buena bailarina. Pero esta vez la profesora tenía más ganas de bailar que de enseñar a bailar y yo no podía seguirla. Contó cinco-seis-siete-ocho y arrancó, melena al viento por ella misma

provocado, nombrando por encima de la música y sin detenerse los pasos que iba haciendo. Bisagras retráctiles que se activan, planchas de poliuretano que limpia y silenciosamente se deslizan del reverso de la cara a su anverso y se sellan. Ya no bailo sino que balbuceo de mala gana. Hago unos pasos a medias, me salto otros, imito a las compañeras aventajadas a ver si puedo reengancharme y finalmente me paro mientras las demás bailan, me apoyo en la pared y las miro. Parece que les estoy prestando una gran atención para aprenderme bien la coreografía, pero nada más lejos. No estoy deconstruyendo en series de movimientos el ovillo desmadejado que es la danza, no estoy agarrando el extremo del ovillo para no perderme en el laberinto de direcciones que es la danza. Lo que estoy es jugueteando con el ovillo como una gatita, fijándome en la calidad de los cuerpos y de la ropa de mis compañeras.

Entre las siete u ocho alumnas hay un alumno. Es un hombre pero ante todo es un macho, un demostrador constante de su hombridad en un grupo formado por mujeres. Va vestido con descoloridos colorines, mal afeitado, con el pelo largo y la apelación a la comunidad y a la cultura siempre a punto. O sea, un fascista. Fascista y macho son para mí sinónimos. Baila muy trabajosamente, está hecho de madera. Esto último no es en absoluto censurable, como tampoco deben serlo mis compuertas, de las cuales se percataron todas las mujeres y me dejaron tranquila. Sin embargo el macho hizo como que no las vio y, cuando terminó la coreografía de la que yo me había salido, se me acercó para indicarme en lo que me había equivocado y se ofreció a corregirme. Además del cuerpo, tiene el cerebro de madera, y esto último sí que es censurable. Sí sí, ya ya, le respondí sin moverme del sitio. Si tienes dudas pregúntame cuando quieras, concluyó sonriente. Madre mía de mi vida, menos mal que las compuertas estaban cerradas y que la machedad llegaba amortiguada por mi total carencia de interés hacia el entorno. Este es un claro ejemplo de

cuando las compuertas son un escaparate detrás del cual yo estoy en intocable exposición.

No es que antes de ayer no pudiera seguir la coreografía, es que no quería seguirla, es que no me daba la gana bailar coordinadamente con siete desconocidas y un macho, no me daba la gana masturbar los sueños de coreógrafa de la bailarina que ha terminado de profesora en un centro cívico municipal y no me daba la gana fingir el nivel de una compañía profesional de danza cuando en realidad somos un grupo de nenas en una guardería para adultos, y esto de tener la voluntad de no hacer algo la gente no lo entiende.

No sé si con el totalitarismo de Estado era menos desgraciada, pero joder con el totalitarismo del Mercado, me dice mi prima, que hoy ha sollozado en la asamblea de la PAH al conocer que para tener acceso a una vivienda de alquiler social debe ganar como mínimo 1.025 euros al mes. No llores, Marga, le digo dándole un klínex. Debes consolarte con que ahora el Mercado tiene nombre de mujer: es el totalitarismo del Mercadona, donde las cámaras de vigilancia no están en los pasillos sino sobre las cabezas de los empleados, y gracias a eso podemos mangar el desodorante y las compresas y hasta sacar los condones de sus cajas, que tienen la pegatina que pita, y llevárnoslos en los bolsillos. Le tengo dicho a Margarita que se pase a la copa menstrual para dejar de mangar compresas y tampones, así tiene sitio en el bolso para más cosas, la miel, por ejemplo, o el colacao, tan caro. Ella me dice que la copa menstrual vale treinta euros, que ella no tiene treinta euros y que la copa no está en los supermercados sino en las farmacias, y que en las farmacias es difícilísimo mangar, ahí sí que están las cámaras enfocando al cliente y además las puertas suenan cada vez que

alguien sale o entra. Yo intenté manganle a otra amiga una copa menstrual por su cumpleaños y es verdad que no encontré dónde, ni en El Corte Inglés, y que las farmacias dan reparo. ¿Pero y una farmacia donde el farmacéutico sea muy viejo, que sea de noche y esté de guardia? Tú deberías dejar de mangan los condones y pasarte a la píldora, me dice ella, porque el ratito que echas abriendo los cuarenta plásticos de la caja es muy cantoso. Ni hablar, estar chutada de hormonas, estar sistemáticamente medicalizada con tal de darle al macho el gusto de no sacarla. Yo no sé qué coño tiene la píldora de emancipadora. La recetan los dermatólogos para que a las chicas se les vayan los granos, porque por supuesto el acné juvenil es una enfermedad y no se trata de estar más guapa o menos, no, ni de ser un depósito seminal, tampoco. Se trata de la salud de nuestras adolescentes, que no me entero. No se puede ser promiscua sin condones, Marga, nada más que por las enfermedades de transmisión sexual, nada más que por eso. Ah, eso sí son enfermedades, ¿no?, responde ella. Ah, ¿no?, respondo yo. Pero si el sida no existe, Nati, qué dices. Ni el uno por ciento de la población. Más suicidios hay al año en España que diagnósticos de sida. Pero es que yo no follo con españoles, Marga, porque son todos unos fascistas. Joder, Nati, eres más reaccionaria que el copón bendito. Y tú eres una jipi, a ver si te cortas ya esas greñas.

En otra clase de danza de la Guardería para Adultos Barceloneta (GUAPABA), otra profesora de contemporáneo nos dijo que nos quitáramos los calcetines. Íbamos a hacer unas piruetas y quería asegurarse de que no nos resbaláramos. Todo el mundo se quitó los calcetines menos yo, que tenía una ampolla en proceso de curación en el dedo gordo del pie derecho. La profesora repitió la disimulada orden. Era disimulada por dos motivos: prime-

ro, porque no dijo “Quitaos los calcetines” sino “Nos quitamos los calcetines”, es decir, que no dio la orden sino que enunció su resultado, ahorrándose la impopular pronunciación del verbo en imperativo. Y segundo, era disimulada porque no se dirigió a la otredad que en toda clase, sea de danza o de derecho administrativo, constituimos las alumnas con respecto a la profesora. Ella dijo “Nos quitamos los calcetines” y no “Os quitáis los calcetines”, incluyéndose a sí misma en la otredad y con ello eliminándola, creando un falaz “nosotras” en que profesora y alumnas se confunden.

Repitió la disimulada orden redisimulándola: yo era la única persona con calcetines en la sala y, sin embargo, en lugar de decir “Te quitas los calcetines” repitió el plural “Nos quitamos os calcetines”. O sea, que además de disimular el imperativo y el vosotros, disimulaba el hecho de que una única y singular alumna la hubiera desobedecido. Si hubieran sido varias las personas con calcetines, la profesora habría comprendido que alguna causa, por minoritaria que fuera, las movía motivadamente a actuar de un modo distinto y habría tolerado la diferencia. Una causa minoritaria de insumisión puede llegar a ser respetable. Una causa individual, no. Todo el mundo miró los desnudos pies de los otros. Soy miope y para bailar me tengo que quitar las gafas, por eso no puedo afirmar a ciencia cierta que todas las miradas se concentraran en mis pies vestidos. Por suerte, las compuertas están graduadas, 2.25 dioptrías en la plancha derecha y 3.10 en la izquierda, preparadas para la nítida observación del fascismo contra el cual me pertrechan.

Tras las dos disimuladas órdenes fallidas, la profesora sueca Tina Johanes llegó a la conclusión de que yo, aparte de miope, debía de ser sorda o no hispanoparlante. Movida por esa humana comprensión, le dio al play y, mientras los alumnos practicábamos la pirueta marcada, se acercó a mí, interrumpió mi torpe giro y me habló, ahora sí, en la persona verbal adecuada.

—¿Estás bien?

—¿Yo?

—¿Entiendes el español?

—Sí sí.

—Es que no te has quitado los calcetines.

—Es que tengo una herida en el pie.

—Ah valevalevale —dijo dando un paso atrás y mostrando las palmas de las manos en señal de disculpa, de evitación de conflicto, de no tenencia de armas dentro de la malla elástica.

Ya ni pirueta ni nada. Ya, constatación ininterrumpida del lugar en el que me encuentro, de quiénes son los demás, de quién es Tina Johanes y de quién soy yo. A la mierda el espejismo de estar aprendiendo a bailar. A la mierda los cuatro euros la hora en que se me quedan las clases con el descuento para parados. Cuatro euros que podría haberme gastado en ir y volver en tren de la sala de ensayo de la Universidad Autónoma, donde bailo sola, mambo, desnuda, mal. Cuatro euros que me podía estar gastando en cuatro birras en la terraza de un chino, cuatro euros que inaugurarían una fiesta o que me lanzarían mortalmente en la cama sin espacio para pensar en la muerte. Estoy en la Guardería para Adultos Barceloneta (GUAPABA). Los demás son votantes de Podemos o de la CUP. Tina Johanes es una figura de autoridad. Yo soy bastardista pero de pasado bovarístico, y por esa mierda de herencia todavía pienso en la muerte, y por eso estoy muerta por adelantado.

¿No puedes saltar las compuertas de la estación de tren para ir a la Autónoma? Es muy arriesgado, el viaje es largo y estar pendiente del revisor del que huir durante doce paradas me revienta los nervios, que se me arremolinan en el estómago y me entran ganas de cagar, y son doce las paradas que me paso aplacando los retortijones. Empiezo a tirarme pedos silenciosos, apretando el culo para que no suenen, haciendo equilibrios sobre los isquiones en el asiento, avergonzándome del olor. Alguna vez he llegado a la Autónoma con las bragas cagadas. Después de soltar un poquito

de caca ya puedes aguantar mejor, pero siguen quedándote seis paradas con el lametoncito de mierda en el culo. ¿No hay lavabos en el tren? No, en los ferrocarriles de corta distancia de la Generalitat no hay lavabos. Hay que subirse en el tren meada, cagada y follada. En los trenes gestionados directamente por la Renfe y el Ministerio del Interior sí que hay lavabos. Entre Cádiz y Jerez, que están a la misma distancia que separa Barcelona y la Universidad Autónoma, puedes echar un polvo. Concluyamos, pues, que la ausencia de baños en los trenes es una medida represora más, y que en lo que a baños y a trenes se refiere la Generalitat es más totalitaria que el Estado español.

Dímelo, Angelita, te estoy leyendo el pensamiento y estoy deseando oírlo: Tina Johanes te estaba pidiendo que te quitaras los calcetines por tu bien (Angelita no dijo Tina Johanes. Dijo “la maestra”). Para que no te resbalaras. Para que no te cayeras y te hicieras daño. Para que bailaras mejor. Lo mismo que el chico de la otra clase cuando tú te saliste de la coreografía (no dijo coreografía, dijo “baile”). Eres una exagerada. Eres incapaz de toda empatía (no lo dijo así. Dijo: “No sabes ponerte en el lugar del otro y eres una egoísta”). Has pagado por unas clases de danza, o sea, has pagado por recibir órdenes (tampoco lo dijo así. Dijo: “Te has apuntado a unas clases de baile y de qué sirve apuntarse a unas clases de baile si no quieres aprender los pasos de baile”). Estás (esto sí lo dijo tal cual:) en misa y repicando, Nati, y encima eres un poco españolista. ¡Ahí quería yo llegar, Angelita! ¡Ese era el traje que con el que me quería ir de marcha esta noche! ¡Gracias, gracias, gracias! (A eso ya me responde ofendida porque la llamo por su nombre original en español y no por su neobautismo catalán —Àngels—, y encima por usar el diminutivo). Se te perdona el reaccionarismo, Nati, porque eres medio guapa (que en realidad fue: “Te portas como una niña y nadie te dice nada porque eres mona”). Si fueras medio fea o rotundamente fea te tratarían de resentida y serías una apestada (o sea: “Si fueras fea o

vieja o estuvieras gorda les darías lástima y no te harían ni caso”). Te equivocas, le respondí yo. Te equivocas muchísimo. Una medio guapa, y ya no te digo una guapa o una tía buena, no tiene derecho a la radicalidad. ¿Por qué se queja con lo guapa que es? ¿Cómo es posible que, siendo guapa, no esté feliz de la vida? ¿Cómo es posible que, siendo guapa, suelte esos sapos y culebras por la boca, con lo feo que está eso en una mujer que no es fea? ¿Cómo se atreve a afearme un piropo o un chiflido si lo que estoy es halagando a la muy puta? La otra versión censora contra la radicalidad de las guapas se parece a la que tú misma acabas de enunciar: critican porque son guapas, se atreven porque son guapas y al ser guapas, al constituir un bonito embalaje para la contestación, su crítica llega y es escuchada. ¡Pero cuidado, que eso es una mierda como la que llevamos tú y yo encima ahora mismo, Angelita! Eso se lo aplican las jipis que se ponen florecillas en el pelo, que tienen medidas de top model, que no pasan de los veinticinco años, que enseñan las tetas en el Congreso y en el Vaticano y que más que Femen deberían llamarse Semen, de las poluciones que provocan en sus patriarcales objetivos.

Me encanta entonarme con Ángela porque apenas se nos nota por fuera pero por dentro vamos a mil, estamos súper locuaces, a ella se le acentúa la tartamudez y marginamos al resto de la escasa reunión, casi siempre integrada por las mismas personas: la propia Ángela, Marga y yo. A veces se suma mi medio-hermana Patricia con alguna amiga suya, que son chicas Semen, o con algún amigo suyo, que no sé si son machos porque ni son españoles ni he hablado con ellos más de quince minutos porque lo que sí que son es bohemios, y eso es todavía más inaguantable que las Semen, sus naturales compañeras reivindicativas. Pero la única vez que mi medio-hermana ha enseñado en público sus tetas diminutas, pezones como yemas de huevo adheridos a los lisos pectorales, fue en la taquilla de un espectáculo de pornoterrorismo a petición de la taquillera, que le dijo que si se las enseñaba entraba gratis.



Inma López Silva

Santiago de Compostela, 1978

Escritora y crítica teatral, doctora en Filología por la Universidad de Santiago y diplomada en Estudios Teatrales por la Sorbona, es columnista en el periódico *La Voz de Galicia* y, fundamentalmente, novelista. Se dio a conocer en 1996 con la novela *Neve en abril* a la que seguiría el libro de relatos *Rosas, corvos e cancións* (2000), género al que regresa en 2012 con *Tinta*. Logró el reconocimiento del público y la crítica con sus novelas, entre las que destacan *Concubinas* (Premio Xerais de Novela 2002), *No quiero ser Doris Day* (2006) y *Memoria de ciudades sin luz* (Premio Blanco Amor 2008, Premio Arcebispo San Clemente y Premio de la Asociación de Escritores en Lingua Galega). Además, escribió el libro de viajes *New York, New York* (2007) y el diario-ensayo sobre la maternidad *Maternosofía* (2014). En 2017 publicó la que hasta ahora es su última novela, *Los días iguales de cuando fuimos malas*, y en 2018 el ensayo feminista *Llámame señora, pero trátame como a un señor*.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Empecé a sentirme escritora a los 17 años, al publicar mi primera novela. Siempre había escrito, quizá por impulso, necesidad, una manera de poner orden.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Una de ellas es el paso del tiempo, especialmente en lo relativo a nuestras desmemoriadas repeticiones, lo cual me ha llevado a hablar también de la madurez. Otra constante es la reflexión sobre la identidad femenina; es desde ahí como llego a un tema que centra casi todo lo que he escrito:

la libertad y su relación con el mal. Creo que la escritura ha de llevar el pensamiento allí donde no llega la cotidianidad, y de ahí que plantee las contradicciones de lo que parece nuestro sentir común. Por último, hay una parte de mi literatura escrita desde el yo (*New York, New York, Maternosofía*), donde comparecen mis viajes y, sobre todo, mi feminismo radical. Me siento cómoda tanto en una escritura que a veces es ensayo (mi último *Llámame señora, pero trátame como a un señor*), como en la ficción que duda sobre sí misma (*Los días iguales de cuando fuimos malas*), en un espacio fronterizo que me permite proponer mis verdades.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Como autora gallega, vuelvo siempre a mis primeras lecturas: Álvaro Cunqueiro, Rosalía de Castro, Xohana Torres, Suso de Toro y Manuel Rivas. Como mujer de teatro, siempre Shakespeare (esa forma de ironizar...), Beckett (la no-lógica) y Camus (la sencillez). Para aprender efectividad narrativa, literatura norteamericana: Auster, Munro, Atwood y DeLillo.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesa la indagación en la estructura narrativa de escritor*s que superponen pasado y presente. También, las escritoras jóvenes que están renovando la visión de los temas tradicionales. Y todo lo que se hace en los márgenes.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Francia. Años 60.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Hace cuatro años que escribo sobre la verdad y la mentira a partir de un hecho concreto: una agresión sexual en el seno familiar. Estoy a punto de terminar esta novela y se titulará, creo, *Una tormenta de nubes blancas*.

VESTIDA DE MAR
(cuento perteneciente a
Los días iguales de cuando fuimos malas)

—Mamá.

Ahí empezó todo. Siempre empieza así. Alguien dice “mamá”, y una deja de ser quien creía que era. Margot lleva tanto tiempo esquivando esa palabra que incluso ha llegado a olvidarse a sí misma. Claro que también es cierto que a Margot nunca nadie llegó a llamarla “mamá” hasta el día que recibió la carta y hasta el domingo en el que apareció en la sala de visitas ese hombre rubio de ojos verdes ansioso por dedicarle esa palabra universal. Mamá.

Margot siempre ha pensado que, si algún día reaparecía su hijo, lo reconocería de forma instintiva. Todo el mundo dice que es así, y por eso ha dado por hecho que en su caso también sería de esa manera. En sus paseos de otoño al aire fresco de las mañanas de Vigo, fantaseaba continuamente con esa idea. Estar en una multitud, en una feria, por ejemplo, y sentir una especie de llamada telúrica, ancestral, hasta que su mirada se encuentra con los ojos de ese hombre que es indudablemente su hijo. Sabría reconocerlo entre millones de gitanos rubios y de ojos verdes, con su imaginario plato de lentejas en la mano. El hijo pródigo va de eso. Y sin embargo, cuando Margot entró hecha un flan en la sala de visitas, tuvo que esperar a que un funcionario le dijese

que su hijo era aquel hombre alto, fortachón, tan rubio y con los ojos tan verdes que, de tan vikingo, Margot pensó que sería el hermano albano-kosovar de algún mercenario interno. Después de la sorpresa, la sonrisa lo delató, y quizás para contentarse, Margot quiso pensar que, a pesar de todo, ese gesto le permitiría reconocer a su hijo en medio de la mismísima apocalipsis. “Mamá”, dijo, y aquel al que cambiaron el nombre cuando solo tenía una semana de vida volvió a sonreír, también nervioso. Margot pensó que el cristal era una buena idea para los primeros encuentros, y se sentó. También intentó sonreírle, pero estuvo convencida de que cualquier gesto suyo, en ese momento, iba a parecer falso. Y no sabía muy bien qué hacer con las manos.

Margot tuvo mucho cuidado en ponerse una ropa que le cubriese las marcas de la mala vida. Manga larga para que su hijo no viese las cicatrices de las jeringuillas primero y de los goteros después. Un jersey negro de cuello alto, para disimular esas arrugas que se colocan en los cuellos cuya piel se ha estropeado con los excesos de alcohol. Alguien le prestó unos zapatos de bailarina y una falda de tubo verde que de repente devolvió a Margot a su edad real de mujer que en otras circunstancias aún sería joven. Como si fuese a tener un vis a vis con Isabel, Margot decidió ese día maquillarse a conciencia. En el fondo siempre quiso que su hijo creyese que llevó una vida radicalmente distinta de la vida en la que la colgaron el día que la dejaron medio muerta delante del hospital que la salvó a medias.

Margot siempre ha pensado que, después de muerta Isabel y con su madre totalmente anulada por el miedo, se quedaría sola para siempre, e incluso llegó a dudar de si aprovechar o no los permisos penitenciarios cuando empezasen a concedérsele. Pero de repente todo cambió. Dudó, vaya si dudó. Y todavía no sabe si tendrá que arrepentirse por decidir seguir adelante y responder “que” a aquel apelativo.

Mamá.

Sí, está nerviosa porque hace una eternidad que no pisa su casa del Barrio del Cura. Mientras desayuna, piensa ahora que son curiosas estas ganas que tiene de limpiar a conciencia la colección de teteras de porcelana. En otras circunstancias le daría una pereza terrible, bajarlas todas de sus estantes, pasarles un plumero una a una, y en algunos casos lavarlas con agua bien caliente con jabón, porque a veces el polvo se queda pegado en la porcelana y no hay quien lo quite. Pero después de llevar tantos meses sin hacerlo, Margot empieza a creer que estar en su casa limpiando es el mayor gesto de libertad que existe. También tiene ganas de volver a ver sus carteles del Moulin Rouge y de las cabareteras, esa foto del metro en Montmartre, y París entero metido en su casa en la que mañana seguramente podrá volver a oler el salitre de la ría, con su horizonte de las Cíes al fondo. A su hijo le va a extrañar su estilo decorativo. Quizá le cuente que, una vez descartado para siempre su viaje a París, esos rincones de su casa le ayudan a pensar que, en realidad, ninguna ciudad es tan perfecta como la soñamos de niñas.

A su madre también le sorprendió la casa de Margot una de aquellas tardes únicas y escasas en las que se refugiaron allí. “Desde fuera no parece que pueda estar tan arreglada”, le dijo ella, que siempre había tenido la caravana como una patena, a pesar del horror vacui de tapetitos de ganchillo, figuritas de loza, cojines bordados a punto de cruz y las colchas de superhéroes que habían tenido cierto éxito durante varias temporadas en las ferias. “Siempre he dicho que tú podrías haber estudiado, Rebeca. La FP de decoración se te daría bien”, le comentó toda cargada de razón.

Hace muchos años que Margot no piensa en estudiar, ni en ganarse la vida con algo que no sea su oficio, en el que es buena, y ya está. Todavía le queda tiempo en activo, si la cárcel no la molesta mucho más. Los clientes se adaptan a una y si desapare-

ces demasiado tiempo buscan a otra, exactamente igual que las relaciones sentimentales. Margot espera que su hijo no se ponga a recomendarle estudiar, o montar un estudio de decoración o cualquier cosa de esas, cuando le abra la puerta de su casa y lo invite a entrar con el aroma de un buen guiso en la cocina. No, eso no va a pasar. Eso es muy de madres, no de hijos.

En la última visita que le hizo a la cárcel, quedaron en que, cuando el permiso, iría a ver a Margot a su casa del Barrio del Cura. Hoy comienza ese permiso de una semana y este sábado van a ir a comer, él y su mujer. Si le dicen algo a alguien, no hay trato, insistió Margot. A pesar de criarse donde se crio, su hijo no entiende muy bien lo que es un destierro gitano. Puede ser que tenga parte de razón y Margot exagere, tantos años después. Pero a ella no se le olvida ni el dolor de los golpes ni la última llamada de su madre, aterrada. Los destierros son de por vida, querido. Pero él, con su vida nueva de sociólogo de la universidad que sabe la teoría pero solo imaginó la práctica cuando supo la historia de su madre, todavía quiere pensar que Margot ya no tiene por qué tener miedo.

“Mamá”, le dijo por detrás del cristal, y Margot calló porque no podía creer lo que oía ni lo que veía, con aquel hombre allí sentado, frente a frente, con la curiosidad pintada en los ojos. Lo sintió absolutamente ajeno a ella. ¿Mamá, es verdad todo lo que me contó tu madre? Claro que sí. A esas alturas, ya Margot no podía dejar de llorar. Allí sentada del otro lado del vidrio, como si fuese el espejo de Alicia, las lágrimas le corrían por la cara y se llevaron por delante como un tsunami la máscara de pestañas y el maquillaje compacto, hicieron riachuelos en el colorete y le llegaron a la boca con su sabor salado. Fue muy optimista pintándose así. Eso de llorar en la sala de visitas no es sólo cosa de las películas. “No quiero que me cuentes nada más”, le dijo él. Le fue suficiente para entenderlo todo y para poder comenzar la vida que decidió comenzar.

“No sé cómo lo he hecho, mamá, pero conseguí ir sacándole a papá cada año un año más de estudios, y aquí me tienes. Hace mucho que he salido de allí, de aquello.” En ese momento, Margot pensó que hay muchas formas de ser gitano, y que a ella le ha tocado la mala. Pero se alegra mucho, con una alegría inexplicable y un orgullo esencial, de que su hijo haya sido capaz de lograr que a él le tocara la buena.

En aquel primer encuentro, Margot se juró a sí misma que no iba a llorar y que no iba a demostrar el más mínimo interés por Isaac, pero no es ella de cumplir juramentos. Lo de las lágrimas es incontrolable, y, en lo otro, la curiosidad le pudo. O quizá lo que la animó a preguntar fue la intuición de que si su hijo estaba allí, eso debía de ser porque algo de justicia divina se había hecho con Isaac y su tropa.

—Solo te lo voy preguntar una vez y no voy a volver a tocar el tema nunca más, te lo prometo. ¿Qué sabes de tu padre?

Nada interesante. Ningún castigo. Ninguna desgracia. Ni siquiera un pequeño delito que lo llevase a la cárcel. Ni una enfermedad, ni una viudez, ni un disgusto. Margot comprobó con amargura que Isaac y los suyos salieron triunfales, y eso le dolió como pueden doler pocas cosas a una puta toxicómana y ladrona que sabe muy bien lo doloroso que es vivir privada de la libertad desde que era una cría moribunda. Así que Margot pasó página y entendió que las vidas, cuando se escriben solas, no entienden nada de justicia.

En el fondo, Margot le agradece a su madre que el único acto de valentía de su vida haya sido juntarla con su hijo. Es cierto que la historia de ese niño rubio de ojos verdes demuestra que las cosas pueden cambiar, pero las vidas de Isaac y de los suyos, de su madre y de su padre, de sus primas, las tías y las abuelas, y de ella misma le echan por encima a Margot el más asqueroso inmovilismo, que lo abrasa todo como un ácido pensado para demostrarle que, fuese como fuese, ha nacido

condenada a la amargura. La madre de Margot tuvo la habilidad de darse cuenta de que un gitano rubio y de ojos verdes, a su manera, también ha tenido que tenerlo difícil allí donde lo han criado. Quizás ese también fue un pequeño castigo para su padre. Y desde luego, la casualidad genética fue la que hizo que, desde niño, se aferrase a la idea de vivir de otra manera.

—Una manera que respetase a las mujeres—siguió contándole su hijo a Margot para relatarle en una hora cómo llegó a estudiar, y a vivir en una casa de una urbanización, y a no ir a vender bragas a las ferias salvo algunos fines de semana de mucho apuro. —Si pasas de la Primaria y empiezas a entender el mundo, te das cuenta de que no es imposible ser como ellos.

—¿Cómo quién?

—Como los payos, ¿como quién va a ser? Y no es que yo quisiera ser payo, que estoy muy orgulloso de lo que soy, mamá, lo siento. Pero las cosas no son blancas o negras, como cree papá. Qué te voy a contar a ti.

—No tienes que sentirlo. Uno es lo que es. Nosotros no inventamos el crimen, ya ves.

Pero lo cierto es que Margot ha pensado muchas veces, todavía lo piensa ahora, cómo habría sido todo si no fuese gitana y si no fuese mujer. Si ella fuese Isaac en lugar de Rebeca. Si no la sacasen de la escuela para casarla y tener hijos tan joven. A Margot no se le escapa, tampoco, que su hijo ha tenido margen por ser hombre, y por primera vez en su vida, allí sentada con el cristal entre ellos, Margot se alegró de haber parido a un hombre y no a una mujer. Si este hijo suyo fuese niña, seguro que la mataban a golpes el mismo día que casi lo hacen con Rebeca. Si este hijo fuese niña, jamás estaría aquí, del otro lado del cristal, contándole una vida distinta de la que ellos habían pensado para él cuando creían que serían una familia feliz. Si fuese niña, quizás, ni siquiera le pensarían una vida.

Mientras prepara la pequeña mochila con ropa para su primer permiso, Margot planifica sus días en libertad. Tiene que ir a ver a sus amigas, por supuesto, ellas son su familia, o por lo menos, lo eran hasta ahora. Serán las primeritas. Además, una de ellas es quien le guarda las llaves. Luego tiene que ir al súper a comprar comida, y sobre todo a planificar el almuerzo con su hijo. Disfruta imaginando cómo va a colocar la mesa, las flores sobre el mantel, la vajilla buena que no usaba desde los tiempos mejores con Isabel, esas copas para un vino que comprará porque, de repente, le apetece brindar con una ilusión que no conocía desde hacía muchísimo tiempo.

Y por supuesto, mañana se va a levantar pronto y va a recorrer las calles. Va a bajar por Torrecedeira hasta las conserveras, y antes, quiere desayunar en el Copa Dorada un croissant con un café con leche y un zumo. Hace siglos que no toma un croissant recién hecho. Después bajará por la Rúa da Paz y, al llegar al fondo, va a mirar de reojo su acera de Jacinto Benavente, a la que volverá algún día porque es suya y porque es lo que quiere hacer, de lo que quiere vivir, sin vergüenzas estúpidas. Pero no es ahí donde querrá ir mañana. Avanzará un poco más hacia el mar y observará los barcos atracados en el puerto para intuir por detrás las casas de Cangas y cabo Home. Ojalá que no llueva. Luego, va a caminar a la izquierda hacia Bouzas, pasándoles por delante a los astilleros con sus grúas y los barcos grandes con cristales brillantes, y subirá por la Atlántida hasta llegar a Alcabre y allí, un poco antes de ver la playa de Samil vacía, se sentará en la hierba debajo de un pino y pasará un buen rato respirando ese aire de mar, escuchando el ruido de las olas rozando la arena y, sobre todo, mirando las Cíes en el horizonte para sentir que sí, que esta vez también puede lograr salir viva de la cárcel. Ahí permanecerá el resto de la mañana, y si pudiera, pasaría ahí el resto de su vida.

Pero tendrá que volver en algún momento. Un paso por la peluquería para cortar las puntas y depilarse, una copa con algún viejo amigo, y querrá irse pronto a la cama, a disfrutar de un colchón grande y de un despertar sin alarmas ni toques de queda. Margot ya casi no se acuerda de lo que es escuchar el silencio. Y quiere reservar una tarde para ir a Pereiró con unas flores para la tumba de Isabel, y, una vez más, junto a un ciprés bien alto, imaginar allí arrodillada la vida que pudo tener y que la cárcel le robó.

Al cerrar la mochila, piensa en la Escritora. ¿Y si se la encuentra? Margot ha planificado una vida muy normal para su permiso. Ha pensado ir a los lugares donde van los vigueses corrientes a las horas en las que se mueven ellos. Podría, perfectamente, encontrar a la Escritora. Aunque, no sabe por qué, cree que la escritora vive en un Vigo distinto del de Margot, por mucho que ésta se empecine en acudir a los lugares en los que imagina al resto de las personas de la ciudad. Si se la encuentra, quizás es mejor hacer como que no se conocen.

Cuando le regaló la mochila, Margot creyó entender que era mejor no volver a verse. “A mí me van a traer una maleta grande para que quepa todo. Seguro que tú le quitas más partido que yo”, y le dio un abrazo. Margot le agradeció el detalle y le preguntó qué iba a hacer ahora.

—Pues lo mismo que hacía antes, espero, aunque nada va a volver a ser igual, claro.

¿Qué haría antes la Escritora? Eso sí que no se atrevió a preguntárselo. Margot, de hecho, tiene la sensación de que no tenía un antes de conocerla ni tendrá un después. Como si fuese un producto de la imaginación y de la vida de Margot, o como si todo en la vida de la Escritora dependiese, en realidad, de la existencia o inexistencia de Margot. Si Margot no la imagina, quizás no haya Escritora bajo el mismo cielo de Vigo

que supuestamente comparten. Si Margot no se pregunta qué sería de ella, es imposible que las dos coincidan. Eso sí, si Margot pudiera, seguramente le pediría que escriba la historia de su hijo. Esa sí que merece la pena contarse.

Hay internas que le tienen odio a la Escritora por salir tan rápido, pero Margot siempre supo que esa mujer no era carne de cárcel por muy grave que fuese su delito. Los abogados lograron convencer al juez de lo mismo cuando le impuso una condena tan baja, y parece que el Juez de Vigilancia Penitenciaria se convenció él solo de dejarla salir con el tercer grado tan rápido y con perspectivas de condicional. Probablemente es una tipa con suerte, pero también es verdad que alguien como ella no pinta nada en prisión. Para la propia Margot sí tiene sentido la cárcel, o para sor Mercedes, que era un peligro público, incluso para Valentina, que parece justo el caso contrario de la Escritora, descubriéndose tan talentosa para delinquir y tan capaz de aclimatarse a la cárcel porque, justamente, a ella sí que le va esa ocupación, a pesar de la tristeza de ahora y a pesar de la mala suerte.

Pero al final, qué cosas, aquí sólo queda ella. Todas se han ido, sea como sea, y Margot se ha quedado como se queda siempre. Ahora mismo, con la mochila de la Escritora a la espalda, es muy consciente de su soledad porque no tiene de quien despedirse. De un modo u otro, las despedidas todas se le han ido adelantando sin que ella pudiese controlar nada. Primero fue la Escritora, con su aire de autocontrol indefinible, saludándola con una especie de “hasta siempre” que todavía le daba más aires regios. A Margot se le dibuja una sonrisa, porque sabe que esa sensación es la que provoca entre las internas cualquiera que, simplemente, comete un delito porque no le queda más remedio, así que nunca acaba de ver la cárcel como su lugar. El caso es que se ha marchado, y Margot cree que nunca más va a volver a verla.

Después vino sor Mercedes con su suicidio escandaloso e incómodo para tantos: el capellán de la cárcel, que no sabe muy bien cómo explicar que una religiosa se quite la vida; el director, que ya está harto de que le aumente el índice de suicidios como para que ahora empiecen también las pacíficas chicas del módulo de mujeres; Xabier, que cree que es responsabilidad de trabajo social ver venir esas muertes; y el pobre del funcionario de turno, que, una vez más, tuvo que dar parte y hacer un informe sobre los hechos.

Siempre miente cuando sale la conversación y no quiere reconocer que ella misma ha pensado un sinfín de veces en suicidarse, pero las formas posibles de la cárcel siempre le han parecido demasiado cutres y trabajosas. De hacerlo, Margot aprovecharía un permiso como el que va a disfrutar ahora. Iría a la playa de Coruxo, se descalzaría, se quitaría la ropa lentamente, y se pondría a andar hacia las Cíes hasta que el agua le cubriese el cuerpo y se le metiese por los conductos respiratorios. Como aquella tal Alfonsina de una canción de la que oyó discutir una vez a la Escritora con una de las colombianas. En realidad, por lo visto, Alfonsina no se había internado lentamente en el mar, como contaba la canción, comentaba la Escritora, sino que se había lanzado desde un alto. Pero Margot caminaría despacio teniendo cuidado de no flotar “para recostarte arrullada en el canto de las caracolas marinas”, dice la canción que logró escuchar un día. Y sí, Margot también se iría con su soledad para que una voz antigua de viento y de sal le quebrase el alma. Llegó a tenerlo muy bien planificado, pero ahora se alegra de que vaya a ser una muerte desperdiciada. Aun así, la canción sigue gustándole mucho.

“Mamá”, oyó, y dejó de tener sentido internarse en el mar de Vigo. Cuando respondió, dudó de si eso curaría soledades, pero a Margot le dio esperanza. De ilusiones también se sobrevive.

Quizá por eso ahora, al pensar en sor Mercedes, le viene una sonrisa condescendiente. Ella no se suicidaría en la cárcel. Una tiene que hacer esas cosas en plena libertad, a poder ser en un lugar inmenso, feliz y abierto, con las islas Cíes en el final del camino. Claro que sor Mercedes, de una manera u otra, fue siempre presa de sí misma y de su delito que ni ella misma llegó a comprender nunca. Cuando supo del asunto, poco después de decirle adiós a la Escritora, sintió un alivio por Laura, que siempre ha llevado muy mal los suicidios y sus desórdenes. Laura, en fin, que también se ha ido. Margot cree que a Laura no le ha gustado comprobar que compartían un pasado hermoso y distante, pero, en fin, ahora le da igual. Le sigue gustando esa mujer, pero hay algo en ella más aterrador que ser una puta y una gitana y una ladrona. A lo mejor es la herencia de la abuela pitonisa, pero Margot sintió algo oculto al despedirse, como si Laura fuese dos personas en una. Y desde luego, no hace falta tener poderes sobrenaturales para darse cuenta de que Laura sufre. Quizás se marcha a otro módulo huyendo de algo, aunque le da la sensación de que, huyendo de sí misma, no llegará muy lejos.

Margot sabe que nada va a ser igual para ella cuando vuelva del permiso. Hoy todavía deambula por A Lama el fantasma de sor Mercedes, y todavía podría ser que Laura volviese cualquier día después de unas vacaciones, incluso todavía no le ha dado tiempo de echar de menos a Valentina. Pero cuando vuelva, ya no va a quedar nada de lo anterior. Las estancias en la cárcel son así, y Margot, que tiene experiencia de sobra, lo sabe bien. Va a volver, y de repente la cárcel será la misma sucesión de días iguales y, al mismo tiempo, un lugar diferente en el que vivir de una manera parecida, pero distinta, pues sus acompañantes y sus guardias serán otras. Sabe que se le va a hacer difícil acostumbrarse a no tener a Valentina continuamente detrás de ella, pero también es cierto que ha tenido

tiempo de asumir que su marcha era un hecho. En el fondo, Margot no sólo se alegra de que le llegase el traslado porque es lo que quería y lo que necesitaba el pequeño Daniel, sino que también se alegra de que la distancia ponga un poco de sentido común en la relación entre Valentina y David. Con un poco de suerte, no resisten la separación. La maniobra es habilidosa: intentarán casarse, intentarán tener otro hijo, todo para conseguir que los junten, pero por el momento los han separado, y Valentina tendrá que centrarse en recuperar el tiempo perdido con Daniel. Después, ya se verá. Quizás haya una oportunidad para que esta joven grande y bonita que casi enamora a Margot se salve de ser definitivamente una delincuente, y Daniel un hijo sin madre.

Valentina estaba desolada la tarde en la que murió sor Mercedes. A diferencia de Margot, no entiende ni entenderá los suicidios, e imaginaba en la monja un drama terrible desconocido para todas. Margot siempre ha pensado que Valentina seguramente ha visto demasiadas telenovelas, pero lo cierto es que, con el duelo que impuso tras la muerte de sor Mercedes, consiguió que todas velasen con un poco de respeto a alguien que, en realidad, casi ninguna respetaba. Quizás era la peor criminal de las que estaban allí, pero, en fin, todas han hecho algo malo y no por eso merecerían morir sin unas mínimas exequias.

Casi no lleva nada en la mochila de la Escritora. Ligera, Margot cruza la galería acompañada de un funcionario. No hay nadie a quien decirle adiós. Las despedidas fueron en otro momento, en otra vida, en esa cárcel anterior a la carta y a la visita. “Mamá”. Y Margot, antes de que le abran la última puerta con su ruido metálico y el olor a calle, piensa en mañana. Piensa en el mar, y en su acera, en la porcelana que hay que limpiar, y en el supermercado, pero sobre todo piensa en la arena y en la playa, en respirar y en mirar las Islas Cíes, y por detrás, el horizonte. Mañana.

Por un momento el sol la ciega. No se acordaba de cómo era este lugar por el que ya ha entrado y salido unas cuantas veces. “Hasta la semana que viene”, le dice dibujando una sonrisa tímida al funcionario que queda tras la puerta. Él también le dedica un gesto amable. Y cuando se dispone a dar el paso hacia adelante para buscar un taxi, allí lo ve, junto a un crossover azul marino, cruzado de brazos y sonriéndole. Su hijo le hace un ademán para asegurarse de que lo ve.

—¡Mamá!

Y Margot, en el tiempo que tarda en dibujársele en la cara la mayor sonrisa de la que es capaz, piensa en la magia de las palabras, que provocan una simple diferencia de dos letras entre “mamá” y “mañana”.



Miguel Barrero

Oviedo, 1980

Ha publicado las novelas *Espejo* (premio Asturias Joven; KRK, 2005), *La vuelta a casa* (KRK, 2007), *Los últimos días de Michi Panero* (premio Juan Pablo Forner; DVD, 2008), *La existencia de Dios* (Trea, 2012), *Camposanto en Collioure* (Prix International de Littérature de la Fondation Antonio Machado; Trea, 2015) y *El rinoceronte y el poeta* (Alianza, 2017), así como el libro de viajes *Las tierras del fin del mundo* (Trea, 2016) y la obra de no ficción *La tinta del calamar* (Trea, 2016; premio Rodolfo Walsh). Dirigió el documental *La estancia vacía* (2007). Algunos de sus relatos se han incluido en antologías como *Tripulantes* (Eclipsados, 2006) o *Náufragos en San Borondón* (Baile del Sol, 2012). Dirigió la revista cultural *El Súmmum* y forma parte del consejo editorial de *El Cuaderno*. En 2011 obtuvo el premio María Elvira Muñiz al Fomento de la Lectura. Ha colaborado en diarios como *El País*, *El Mundo*, *El Comercio* o *La Voz de Asturias* y en publicaciones como *Qué Leer*, *Librújula*, *Jot Down*, *Culturamas* o el suplemento *Cultural's* del diario *La Vanguardia*. En la actualidad mantiene una sección semanal en la revista cultural digital *Zenda*.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

No tengo una respuesta muy definida para ninguna de esas preguntas. En lo que se refiere al cuándo, me recuerdo escribiendo ya de niño, aunque no sabría decir muy bien el qué. En cuanto al porqué, supongo que fue una consecuencia lógica del hecho de que yo era un niño que leía bastante. Con el tiempo he acabado sospechando que escribo para fingir que soy capaz de explicarme a mí mismo el mundo.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Creo que si hay algo que está presente en todos mis libros, quizá en unos más que en otros, es el tema de la identidad, en todos los sentidos que puede tener el término (individual, generacional, cultural, política, nacional, etcétera), y los problemas o las distorsiones que en ocasiones, o más bien casi siempre, plantea su construcción.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Hay tres autores a los que vengo leyendo con gozo y provecho desde la adolescencia. Uno de ellos, Manuel Vázquez Montalbán, ya está hecho. A los otros dos, Antonio Muñoz Molina y Javier Marías, continúo siguiéndolos de cerca. Mi educación lectora, no obstante, también debe muchísimo al Gosciny de *El pequeño Nicolás*, la Elvira Lindo de *Manolito Gafotas* y ciertos libros de Roald Dahl o Carmen Martín Gaité. También en mis apasionamientos lectores de juventud tuvieron mucho que ver García Márquez, Rulfo, Cortázar y, quizás sobre todo, Onetti. Y Cervantes, claro, que resultó ser el mayor descubrimiento.

Como autor de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

No considero que las innovaciones constituyan un valor por sí mismas. De hecho, ni siquiera creo que existan innovaciones que como poco no estuvieran anunciadas ya en los clásicos, al menos en lo que a la novela se refiere. Valoro los buenos libros, que son aquellos en los que fondo y forma se acomodan para conferir al texto un sentido propio y reconocible.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritor?

Nunca había pensado en ello, porque creo que un escritor, al fin y al cabo, es siempre un hijo de su tiempo, así que ni siquiera puedo estar seguro de que en otra época me hubiese dedicado a escribir. Quizá me habría gustado ser Montaigne, pero no porque inventara un género literario, sino porque siempre le he envidiado mucho su torre y su biblioteca.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Tengo varias ideas y algunas de ellas van avanzando, en ocasiones con lentitud exasperante. Todas tienen que ver, de uno u otro modo, con las preguntas de quiénes somos, de dónde venimos y, en consecuencia, a dónde podemos ir. Nada original, como se ve: de eso ha ido siempre la literatura.

EL RINOCERONTE Y EL POETA

(fragmento de novela)

Llegó a la Rua Garrett y escrutó el interior de A Brasileira. Allá al fondo, casi al final del bar, había una mesa libre y, además, pudo reconocer en el trajín de la cafetería a algunos de los camareros a los que se había acostumbrado a ver en los últimos años, así que entró con sus labios dibujando una sonrisa pantagruélica y se sintió plenamente feliz cuando, tras la barra, uno de los encargados lo saludó por su nombre. Señor Espinosa, cuánto tiempo, cómo está, no lo esperábamos. Buenas noches, Alberto, ya lo ve usted, a veces también los profesores universitarios podemos ser imprevisibles. Usted es bien recibido siempre, al escuchar esto Espinosa pensó que tal vez no se había hecho entender correctamente, ¿va a cenar algo? Sí, respondió sin dejar de caminar, voy a sentarme en una mesa allí. En seguida van a preguntarle qué desea tomar, señor, póngase a su gusto. Espinosa se sentó y resolvió que iba a ser muy arriesgado entregarse a la degustación del bacalao que le estaba demandando la gula que siempre lo invadía en tierras portuguesas, así que optó por reprimirla y, cuando el camarero acudió para tomar nota de su comanda, no pidió más que una ensalada, un bistec y una copa de vino. Qué bien estoy aquí, pensó satisfecho porque, siempre que se encontra-

ba en Lisboa, podía sentirse como el cosmopolita que no era. Espinosa, que se negaba a aceptar la opinión, muy arraigada entre quienes más lo conocían, de que era simplemente un perro verde al que atemorizaban las novedades y cuya irracional querencia por la capital portuguesa era consecuencia de una obsesión pésimamente ventilada —algunas chanzas había llegado a haber con la posibilidad de una necrofilia irresuelta—, estaba convencido de que esa ciudad se parecía mucho a él, poseía un metabolismo idéntico al de su propia persona. Creía, en consecuencia, que no sólo era que él se identificase con Lisboa, sino que Lisboa le correspondía y se identificaba con él, del mismo modo que se había identificado mucho tiempo atrás con el propio Pessoa, que no había necesitado abandonarla para construir una obra monumental y nunca superada y a la que, por supuesto, no había ninguna otra capaz de equiparársele. Se entregó a la degustación del bistec y la ensalada que el camarero dejó sobre su mesa y bebió el vino con la morosidad que entendió que merecía la ocasión, allí, en su Lisboa, por mucho que desconociera la duración de su estancia y la razón exacta que la había provocado. Releeré la carta en la habitación del hotel, se dijo henchido de optimismo al reparar una vez más en que el solo hecho de estar allí ya constituía una razón suficiente para la felicidad, y a ver qué me dice mañana el bueno de Gonçalves. Con el último trago llegó también Alberto, que había abandonado su posición tras la barra para acercarse hasta su mesa. Señor Espinosa, ha quedado libre su mesa preferida y he pensado que, ya que hace tan buen tiempo, tal vez le gustaría salir a tomar fuera el café. Qué buena idea, Alberto, usted sí que sabe las cosas que me gustan, sáqueme también una copa de oporto, la ocasión lo merece.

¿Lo merecía? Espinosa pensó que sí, que se merecía muchas cosas que nunca se había atrevido a disfrutar y que Lisboa bien valía dejar de lado las muchedumbres, los agobios

del calor y las molestias de viajar en temporada alta. Ocupó la mesa en la que un camarero negro, seguramente, uno de tantos jóvenes que habían llegado a Portugal emigrados desde las antiguas colonias y que Espinosa llevaba años viendo deambular por las calles de la ciudad en sus visitas, había dejado un pequeño e improvisado cartel donde indicaba que aquel sitio le pertenecía y que nadie debía osar ocuparlo, sin duda para evitar que lo invadiesen algunas de las personas que, justo al lado, guardaban disciplinado turno para sacarse una fotografía junto a la escultura del divino poeta. Qué gusto está cogiendo la gente por las colas, bromeó Espinosa con el camarero negro mientras tomaba asiento en la mesa. No se lo imagina usted, señor, respondió el chico, al menos remite por las noches y ahora, aunque no lo crea, sólo hay unos pocos; ni se imagina el lío que se armó aquí esta misma tarde. Espinosa pensó que en aquel preciso instante era el hombre más afortunado de la tierra. Estaba en su ciudad preferida, pronto le traerían un café con leche y una copa de oporto y a su lado, casi codo con codo, se sentaba el mismísimo Fernando Pessoa, que le sonreía y se dirigía a él en la lengua que tanto amaban ambos. Qué loca está la gente, ¿no cree, amigo Espinosa? Sin la menor duda, don Fernando. Piénselo bien, ¿cuántos de todos los que están aquí habrán leído mis poemas? ¿Cuántos mis textos en prosa? ¿Habrá alguno al que le suenen siquiera los nombres de Ricardo Reis, de Bernardo Soares, de Álvaro de Campos? No creo, maestro, no son estos buenos tiempos para la poesía. Nunca lo han sido, amigo Espinosa, ni para la poesía ni para el arte en general. El arte, la poesía, sólo tiene sentido resistiendo, en su oposición a las fuerzas naturales, a las condiciones objetivas, radica justamente el éxito de su grandeza. ¿Las condiciones objetivas? Amigo Fernando, habla usted como un marxista —Espinosa festejó con una sonrisa su propia ocurrencia—. Nada más lejos de mi intención, queri-

do Espinosa, disculpe la expresión; mire a esta gente que está aquí delante, aguardando su turno para hacerse una fotografía conmigo, estos hombres y estas mujeres, estas chicas y estos chicos que se me acercan, se ponen aquí a mi lado, sentados o en cuclillas, esperan a que el fotógrafo dispare y luego regresan a sus asuntos, satisfechos de haberse inmortalizado con lo que entienden que es uno de los hitos inexcusables de la ciudad, de la nación; es evidente que ninguno de ellos, o vamos a ser optimistas y decir que sólo unos pocos, saben verdaderamente quién soy, y puede que ni una sola de las personas que han estado desfilando por aquí a lo largo del día sean capaces de repetir de memoria ni uno solo de mis versos, ni siquiera los más fáciles, los primeros que escribí, aquella famosa cuarteta con la que le comuniqué a mi madre que me trasladaría con ella a Sudáfrica. ¿No cree que tengo razón? Lo creo, lo creo, respondió Espinosa tras apurar de un sorbo el café, templado por el tiempo de reposo y las temperaturas, aún calurosas, pero ya algo frescas, de la calle. Ahora bien, continuó Pessoa, ¿estoy yo realmente en condiciones de pedirle a esta gente que me lea? ¿Estoy yo en posición de exigirle que conozca mis poemas cuando esta gente está viviendo en un periodo tan hostil, tan inclemente, tan impío, tan propenso al desacato y la traición en detrimento de las artes? ¿Qué piensa usted, Espinosa querido? Los tiempos nunca han sido fáciles, don Fernando, respondió Espinosa tratando de sobreponerse al tímido pesimismo en el que amenazaban con sumergirlo las palabras de su inconmensurable contertulio, no lo fueron para usted ni lo fueron para ninguno de los grandes genios de la literatura universal, la Historia es siempre convulsa y siempre ocurre, no podemos librarnos de ella. Y sin embargo escribimos, le interrumpió Pessoa, escribimos como si no hubiera nada más importante que rellenar nuestros papeles, como si en ese empeño en el que dejamos la vida radicara el secreto de

la salvación del mundo, pero en el fondo sabemos que no es así, que nunca es así, que sólo escribimos para sobreponernos a la muerte, para hacernos a la ilusión de que seremos capaces de crear algo que nos sobreviva, para investirnos de una condición divina que nunca poseeremos, pero de la que nos gusta sentirnos acreedores, y en esa tesitura el mundo no nos importa nada, ahí se pudra, lo que queremos es que nuestros vecinos, nuestros conciudadanos, nuestros compatriotas, sepan quiénes somos y nos ensalcen porque nosotros mismos nos instalamos en la ficción de que estamos haciendo algo útil por la patria cuando, en realidad, no hacemos otra cosa que satisfacer nuestra propia e intransferible vanidad, ¿me entiendes? Sí, claro que sí, respondió Espinosa, y aguardó a que Pessoa dijese algo más, pero sus labios volvieron a sellarse en el instante en que una joven con aspecto nórdico se acercó hasta él y se sentó sobre sus piernas, interponiéndose así entre el profesor y su poeta predilecto. Espinosa se fijó en los muslos de la chica, sonrosados y carnosos bajo unas bermudas que dejaban al descubierto casi toda la pierna, y, al relacionarlo con la reacción que había tenido ante la dependienta de la papelería de la Rua Áurea, se alarmó sinceramente por el arrebato de lujuria, que no supo si achacar a la edad o a un posible efecto benéfico que la mismísima ciudad de Lisboa desarrollaría sobre su libido. El rinoceronte ha vuelto a la ciudad, se dijo entonces en voz baja y un poco a lo loco, sin entender muy bien por qué su mente se empecinaba en retomar la historia de aquella pobre bestia. Había hecho Pessoa referencia a su infancia sudafricana. ¿No fue él también, en el fondo, otro rinoceronte de la India, una criatura fortalecida por sus vivencias que derrochó en Lisboa todo su potencial y luego se murió discretamente, dejando su rastro para toda la posteridad? ¿No había desembarcado él también en Portugal con toda una corte de criaturas fabulosas que marcarían las coordenadas de

una determinada fenomenología cultural? Espinosa apuró de un trago la copita de oporto que le habían dejado con el café y pensó que no era descabellado aseverar que, de todas las creaciones de Fernando Pessoa, la más original fueron sus heterónimos, personajes condenados a subsistir en una nebulosa imprecisa de la que sólo emergen cuando la voz de su creador lo dispone. El 13 de enero de 1935, había escrito una carta a Adolfo Casais Monteiro en la que le desvelaba que su primer heterónimo fue Chevalier de Pas, un poeta de obra desconocida que nació al calor de la mudanza de la familia al número 104 de la calle lisboeta de São Marçal tras el fallecimiento del patriarca. Unos años después, recordó Espinosa, engendró a Alexander Search, con el que se escribiría durante su estancia en la Durban High School, y más tarde surgirían Charles Robert Anon y H. M. F. Lecher. Caldo de cultivo. Antecedentes necesarios para lo que tenía que venir después: hasta setenta y dos nombres diferentes con los que ofrecer cobijo y coartada a una obra, firmas que en unos casos sólo obtuvieron un fulgor testimonial y en otros llegaron a constituir un microcosmos que se justificaba a sí mismo, hasta el punto de que, en ocasiones, el lector no puede más que albergar una razonable duda acerca de si esas criaturas salidas de la imaginación de Pessoa no llegaron a ser más reales que el propio Pessoa. Cómo negar, se dijo Espinosa, la corporeidad de Alberto Caeiro, el campesino sin apenas estudios a quien su propio padre reconoció como maestro y que predicó una filosofía cuyos fundamentos radicaban precisamente en la ausencia de un sistema filosófico. Cómo tildar de inexistente a alguien que se obstinó en aseverar que la existencia tiene valor por sí misma y que no son necesarios subterfugios que la rodeen de explicaciones imprecisas e innecesarias, porque las cosas y los seres son únicamente por eso, porque son. De qué manera se puede obviar una biografía como la de Álvaro de Campos, el ingeniero que

evolució del decadentismo al futurismo, y de ahí hacia el nihilismo, y dotó a la lengua portuguesa del que Espinosa consideraba su mayor poema, uno de esos textos llamados a alzarse por encima de épocas y conciencias, a sobreponerse a sus propios estigmas y limitaciones. Cómo despojar de su idiosincrasia a un Bernardo Soares a quien debemos un libro pleno de desasosiegos y rebosante de literatura, con qué autoridad moral podemos supeditar su talento al de quien prefirió sacrificar su propia firma para respetar la de aquél a quien él mismo quiso otorgar los galones que acreditaran su obra. De todos ellos, Espinosa sentía especial predilección por Ricardo Reis, no porque su obra le pareciese la más estimable, sino por la extraña suerte que había corrido cuando su vida quedó inconclusa al no dejar su creador testimonio ni del lugar ni del año de su fallecimiento. Pobre Reis, pensó Espinosa con una lástima sincera, abocado a un eterno vagar por los limbos de la literatura debido al deceso temprano de quien le había dado vida, tal vez superviviente aún por los parajes brasileños, a la espera de que alguien ponga el punto y final a una biografía huérfana del paréntesis de cierre, del topónimo y el año que concluirán irremediamente su sentido. Y sin embargo, pese a esta incongruencia ligera y fácilmente disculpable, cómo dilucidar quién era, entre los heterónimos, el más auténtico, cuál de todos ellos guarda más similitudes con su creador, si ni siquiera éste vivió lo suficiente para ordenarlos o dejar pistas fiables acerca de sus propósitos. Y, al mismo tiempo, cómo evitar preguntarse si no eran los heterónimos los personajes reales y el propio Pessoa el ser imaginario. Espinosa negó con la cabeza y sonrió divertido con su requiebro, en cierto modo una variación de un viejo texto que había escrito años atrás y que venía a concluir que, en el apabullante legado del poeta y sus heterónimos, resultaba completamente imposible explicar al uno sin los otros, desgajar las abundantes partes de un todo

que, pese a su aparente sencillez, resulta casi inaprehensible. Lo sabía muy bien él, que había dedicado y continuaba dedicando su vida a estudiar la obra ingente de un poeta que supo pasar por el mundo como un don nadie antes de que la posteridad descubriera lo que habían dado de sí sus días. Extraño sino, sí, el de los heterónimos de Pessoa, condenados siempre a ser o no ser en virtud de la voluntad o las veleidades de su artífice. Qué extrañeza la de aquéllos que inopinadamente se veían en el trance de enfrentarse a su presencia cuando ni siquiera debieron de haberla sospechado. Conocido era el episodio, y a Espinosa siempre le agradaba mucho recordarlo, de cómo Pessoa había llegado un día con varias horas de retraso a una cita que tenía apalabrada con José Régio y el modo en que se excusó ante su contrariado contertulio argumentando que quien allí se encontraba no era Fernando Pessoa, el responsable de comercio, sino Álvaro de Campos, y los circunloquios que empleó para hacer ver que éste había acudido con el fin de solicitar que se disculpara al primero por el plantón, motivado por una indisposición involuntaria y que, en cualquier caso, no parecía revestir una gravedad extrema. Conocido fue, también, el caso de Ophélia Queiroz, la joven de 19 años con la que Pessoa vivió un peculiar noviazgo en 1919. Estuvieron juntos a lo largo de un año, y mantenían una relación epistolar que se fue deteriorando paulatinamente y que dejó de ofrecer garantías en cuanto el poeta, en una de sus últimas cartas, escribió:

Toda mi vida gira en torno a mi obra literaria, buena o mala, lo que sea, lo que pueda ser. Todos los que lidian conmigo tienen que convencerse de que soy así, de que exigirme sentimientos —que considero muy dignos, dicho sea de paso— de un hombre común y corriente es como exigirme que sea rubio y con los ojos azules.

Posiblemente fuera Pessoa una persona encomendada a la tarea de construir su propio mito, de erigirse él mismo en símbolo a través de unas identidades más robustas y consolidadas que la suya propia, tan vulgar y enclenque a ojos de sus contemporáneos. Posiblemente pensara que todos sus allegados tenían la obligación íntima de asumir esa eventualidad y convivir con ella y tener en cuenta siempre sus necesidades como un requisito irrenunciable. Pero ésa no era más que otra de las ensoñaciones a las que se entregó alguien que, si a algo propendía, era a extraviarse en la maraña que constantemente trazaban a medias su conciencia y su imaginación. «*I know not what tomorrow will bring*», decía su último verso, aquél que hallaron después de que exhalara su último suspiro en el hospital de São Luís dos Franceses, donde antes de fallecer pidió sus lentes y clamó por sus heterónimos. Puede que ese mañana, lleno de incertidumbres, meditó Espinosa, no se refiriese tanto a él como a sus criaturas, obligadas a padecer por el resto de los tiempos una orfandad que no habían previsto y ante la que estaban imposibilitadas para responder. Porque ni siquiera ellas murieron con Pessoa, sino que emprendieron realmente sus propias vidas una vez que éste hubo expirado, convertidas en símbolo de su creador y erigido éste, a su vez, en emblema de todo aquello que las había engendrado. Una suerte de transfiguración abstracta que hacía inviable al uno sin las otras, y viceversa, y convertía lo que en principio fueron los vulgares paseos por Lisboa de un asalariado gris y aficionado al aguardiente en una sucesión de claves ocultas que guardarían el enigma de una excepcionalidad que sólo la posteridad dejó al descubierto.



Aroa Moreno

Madrid, 1981

Estudió Periodismo en la Universidad Complutense, especialista en Información Internacional y Países del Sur. Es autora de *La hija del comunista* (Caballo de Troya, 2017), por la que obtuvo el Premio El Ojo Crítico de Narrativa a la mejor novela editada en 2017. Ha publicado los libros de poemas *Veinte años sin lápices nuevos* (Alumbra, 2009) y *Jet lag* (Baile del Sol, 2016). Es autora de las biografías de Frida Kahlo, *Viva la vida*, y de Federico García Lorca, *La valiente alegría* (ambas en Difusión, 2011). Publica una columna semanal en el periódico digital *infoLibre*.

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Empecé a escribir casi cuando aprendí a sujetar el lápiz contra el papel. Tengo miles de cuadernos en cajas. No sé explicar por qué comenzó todo. Fue algo intuitivo, una especie de rebeldía infantil, de jugar con las palabras, de fabular imposibles, de crear otros espacios alternativos a mi realidad donde podía pasar lo que yo quisiera.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

Como lectora, me gustan los libros que narran márgenes, que alumbran lugares que estaban a oscuras. El tema no me pesa tanto como la honestidad del narrador, eso sería lo que me atrapa. Aunque a veces sean libros imperfectos. Como autora, por ahora estoy trabajando sobre temas como la identidad o el desarraigo o las pequeñas historias que la Historia con mayúsculas arrincona.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

Esta lista puede ser eterna. Me han acompañado muchos autores a lo largo de mi vida que han ido cambiando, las referencias mutan. Mis comienzos como escritora, cuando de verdad empecé a fijarme en lo que hacían otros de forma consciente, estuvieron muy bien acompañados por autores y autoras latinoamericanos. Todavía hoy, disfruto mucho con lo que autores de mi generación están escribiendo al otro lado del océano.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

Me interesan los libros que construyen mediante el lenguaje nuevas formas de narrarnos. Que tienen vocación de pregunta. Y, por otra parte, aunque no sé si podría practicarlo, es interesante cómo está fijándose la línea de la ficción autobiográfica. Cómo la vida se va prestando para ser material narrativo. Yo no soy capaz de escribir sobre el yo en narrativa, en seguida se me va de las manos y sufro mucho con el libre vuelo que cogen las palabras.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Me gusta ser escritora aquí y ahora: unas décadas antes y no me habrían dejado, habría estado replegada por mujer al escenario privado.

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Estoy trabajando en una nueva novela. Apenas empiezo a apartar la maleza para ver el camino claro. Tendrá cosas en común con la anterior, pero también será narrada de forma diferente. Nuevo reto a sujetar. También me queda trabajo de documentación por delante.

LA HIJA DEL COMUNISTA

(fragmento de novela)

Katia Ziegler destapa la estilográfica con la que ha firmado todos los documentos importantes de su vida. Es la misma que llevó a su boda, en los años setenta. Todas aquellas caras desconocidas en la bancada de la iglesia. Recuerda que él le sonriera todo el tiempo, pero no sus facciones al hacerlo. Como si su cara hubiera sido borrada del pasado antiguo y todo lo que quedara de aquel hombre fuera eso. Una sola imagen de entonces, aquella fotografía: la espalda de él contra el coche color plata, las manos en los bolsillos, el mechón rubio sobre el ojo izquierdo.

Es octubre. La lluvia cae fuera como una catarata desinflada. Aplaude lenta contra los tejados. Es la misma lluvia que les dejaba sin luz. Por eso su padre guardó cerillas y velas en los cajones. Sin embargo él se hizo con una linterna, es una réplica de la que lleva la policía, dijo. Como las niñas jugaban con ella por las noches, nunca estaba a mano cuando se quedaba oscuro. El agua despegaba el olor del jardín. Después, por la ventana, el horizonte era corto. Enseguida, un vecino, un patio ordenado, un operario. Al principio, ella tomaba, cada mes, una fotografía de los árboles. Los veía cambiar de color mientras hacía café. De la lluvia recuerda también el hocico

frío de aquel caballo pardo contra el suelo, calado hasta los huesos. El agua hacía círculos que se tocaban y desaparecían. Un mes de octubre, como este, pinchó cien bulbos por todo el terreno. La hierba levantó la arcilla roja del pavimento. Todo está ahora atrás y está dormido. Hasta que, cuando empiece a apretar el calor, vuelva a estallar el amarillo.

Es octubre. Es el mes de la revolución.

Después de las lluvias, llegaba el invierno.

La nieve no hace ruido al caer.

EL ESTE

1

A todos les gusta bailar el lipsi

Berlín, 1956

La tarde en que papá no regresó a tiempo de encender la estufa fue el día más frío de todo el invierno. Fue mamá quien bajó al sótano y subió con el saco lleno de carbón y ramas. Los leños estaban húmedos. Otra vez picón, este hombre no se entera de nada, decía con el saco en brazos. A Martina y a mí nos gustaba hurgar entre el carbón, sobre todo en ese que era más blando. A veces, cuando mamá no miraba, frotábamos una pieza contra otra hasta que nuestros dedos quedaban sucios y los pedazos de carbón brillantes como azabaches.

Papá llegó cuando hacía horas que ya era de noche. Qué pasa por aquí, dijo. Tú sabrás, le respondió mamá. La pequeña sala que funcionaba como salón, cocina y nuestro dormitorio se había llenado de humo. Papá me agarró las manos y vio los dedos pequeños tiznados de carbón. Restregó sus yemas rugosas contra las mías y apretó con fuerza.

Con mamá siempre hablábamos en español y con papá en alemán. No nos preguntábamos por qué. Papá había apren-

dido alemán en la fábrica, en Dresde, pero nunca consiguió hablarlo del todo bien. Así que se sentaba para hacer las tareas con Martina y conmigo y fue aprendiendo, poco a poco, a declinar correctamente, a poner el verbo al final, desesperado: cómo voy a saber lo que me quieren decir si no sé el verbo, si no sé lo que pasa hasta que terminan de hablar. Su cabeza se fue haciendo con el idioma y, aunque siempre fue capaz de hacerse entender, yo nunca conseguí comprender bien todo lo que decía. Era el alemán de papá. Esta lengua, con tanta letra seguida, no es humana, se quejaba. Mamá se había negado a aprender y, aunque papá le llenó la casa de pequeños papelitos con los nombres de las cosas: *Fenster*, *Topf*, *Bett*, *Ofen*, nunca consiguió articular una frase. Se comunicaba con señas y palabras sueltas. Kartoffeln, un kilo, y sacaba su dedo del guante y se lo zarandeaba al tendero entre los ojos mientras Martina y yo nos tirábamos por el suelo de la risa. Ten hijas para que se burlen de ti, decía.

La sopa hervía sobre el fuego. El rumor de la radio removía el aire de la habitación. Papá salió del cuarto donde había estado hablando con mamá durante un buen rato. Ella se metió en el baño y, cuando volvió, supe que había estado llorando. Es el vapor, dijo. Y removió el caldero dejando que el tufo agrio de la col se mezclara con el humo de la habitación.

No quiero col, sabe a baba.

Pues es lo que hay.

Pues ayer cenamos lo mismo.

Martina, le dijo mamá muy seria, a mí me gustaría asarte una pata de cordero, pero aquí no hay corderos porque hace mucho frío.

Papá, ¿a que los corderos no tienen frío porque llevan lana?

Por dios, Manuel, quita eso.

La radio emitía su pase nocturno del lipsi, aquel baile asexual con el que el Gobierno pretendía combatir el rock

and roll. *Heute tanzen alle jungen Leute im Lipsi-Schritt, nur noch im Lipsi-Schritt. Alle hat der Takt sofort gefallen. Sie tanzen mit im Lipsi-Schritt.* Papá subió el volumen y comenzó a tambalear su cuerpo por el salón, movía los hombros con los brazos en las caderas y daba pequeños pasitos, a la derecha y a la izquierda, adelante y atrás, con los ojos medio cerrados y sonriendo. Se puso detrás de nuestra madre y le desanudó el delantal. Mamá giró, no estoy de humor, pero no pudo zafarse de sus brazos. Vamos, mujer. Imagina que es una copla.

Bailaron hasta que terminó la canción, mientras Martina y yo, cada una con la pluma detenida sobre la hoja de papel, les mirábamos atónitas, con algo en nuestros cuerpos que empezaba a parecerse al calor y una mancha de tinta azul extendiéndose entre las líneas. Ya está, dijo mamá, basta de circo, vamos a cenar.

Papá metió los dedos en el agua y sacó una lámina casi transparente de col, ¿sabéis qué es esto?, una loncha de jamón serrano. Qué rico, Katia. ¿Quieres? Sí. ¿Quieres, Martina? No. ¿Qué es el jamón serrano? Papá la ignoró. ¿Seguro? Bueno.

Aquella casa amarilla: una vez rasqué el papel de la pared debajo de la cama y encontré hasta ocho capas diferentes. Como si cada habitante que hubiera vivido en aquel cuarto piso abuhardillado hubiera querido dejar su huella, su vida retenida, y el siguiente hubiese querido taparla papel sobre papel. Para llegar a nuestra escalera, había que cruzar el patio. Era un pequeño bosque anárquico. Podrían pintar las paredes, parece que aún estamos en una guerra, decía mamá. El edificio por fuera era gris. Todos los edificios eran grises entonces, desconchones, esqueletos que aguantasen un vestido sucio. Pero yo no recordaba otra casa más que aquella donde siempre hacía frío. Papá fue quien se encargó de presentarnos a todos los vecinos y, cuando subíamos por la escalera, desde cada rellano, podíamos ver qué hacían los habitantes de las casas de enfrente, jugábamos a velar

su rutina: Frau Zengerle, siempre vigilando frente al caldero del agua; Ekaterina leyendo junto a la ventana. Enseguida supimos que Herr Schmidt había muerto el día que no estaba de pie tras el cristal por la mañana, con aquellas gafas pequeñas resbalando hasta la nariz y saludando: algo ha pasado, dijo papá. Luego nos contaron que mientras nosotros mirábamos su ventana desde el otro lado de los castaños, Herr Schmidt, que nunca quiso volver a salir a la calle después de la segunda guerra y vivía de la solidaridad de las vecinas que le subían alimento, yacía en el suelo dormido para siempre.

Al principio, nos despertábamos con el olor dulzón del horno de la panadería del bajo, cuya salida de humos vertebra-ba la esquina del edificio y terminaba junto a nuestra ventana. En 1962, cerraron el horno y casi todos los negocios de nuestra calle. Teníamos pocas cosas: en el salón, una mesa de madera oscura y cuatro sillas, la estantería coja que no se podía tocar porque sobre ella reposaban los cuatro platos y vasos, los libros de papá, una cama estrecha y un sofá. En el baño, un cepillo de pelo que arrastraba el olor del último agua de colonia, una pastilla de jabón adelgazada de manos y los artilugios de afeitar de papá. Cuando era pequeña, por las mañanas, me sentaba en la taza con los pies colgando y le veía embadurnarse la cara con la brocha. Entonces, se daba la vuelta y me decía: quién soy. Un gnomo gordo, y se agachaba y frotaba su nariz con la mía untándome de blanco. El olor de la humedad: mamá limpió los azulejos verdes con ácido cuando llegamos y les arrancó el brillo. Ahora es todavía más feo. Pero está limpio, le dijo papá. Luego estaba la habitación de nuestros padres: la cama, bajo la que teníamos prohibido asomarnos, dos cajas, una encima de la otra que hacían de mesilla sobre las que mamá puso un trapito de tela bordado y el armario de la ropa. Había dos cosas que cuidábamos como si estuvieran vivas: la radio y la estufa. De su buen alimento dependían nuestros inviernos.

Desde la única ventana al exterior de la casa se veía un cuadrado deshabitado, esto es la guerra, todo lo arrasa, decía papá, quien, frecuentemente, se quedaba de pie frente al cristal, callado. Como si quisiera ver más allá de la nieve, del único árbol en resistencia y de la noche. La guerra era un fantasma, un borrón blanco que, para mí, había sucedido hacía mucho tiempo y, aunque por todas partes se respirara el aire de su detonación y todos los niños jugaran a las trincheras, no conseguía imaginarla. Ojalá nunca conozcáis la guerra, decía mamá. Mis hijas no, y siempre mi padre le mandaba callar y cambiaba de tema.

Cenamos la sopa a pequeños sorbos, poniendo a veces las manos juntas y tiesas sobre el plato. Papá soplabla la cuchara, silbando. Nuestra madre hirvió hojas de tila. Al colar la infusión, se quemó la muñeca derecha. Papá corrió al baño y le untó pasta de dientes sobre la piel. Y le dio un beso largo en la mano, mirándola, mientras mi madre levantaba la cabeza hacia el techo lleno de manchas de nuestra casa.

Esa noche, la más fría de 1956, fue la primera vez que escuché el ruido que hacen dos cuerpos cuando se aprietan sobre una cama. En la oscuridad de la casa, las flores rojas del primero de mayo aún seguían secas en el vaso de cristal.

3

Sangre de sardina

Berlín, 1961

La última vez que crucé la ciudad, quiero decir, sus dos mitades, mamá me había enviado a buscar algunas cosas para comer. Vete ya, o se te va a hacer de noche. Escribió una dirección en un papel. Y un apellido español. Ve, y le dices que te dé lo nuestro. Y no lo abras, lo metes con el pescado, entre

el papel. Pero no lo abras. Katia, acuérdate de todo lo que te he dicho. Una vez cada varios meses, comíamos pescado, pero había que ir hasta el Oeste.

Al salir de casa, hice la cola en una verdulería de la Bersarinstraße para recoger la asignación de huevos de aquella semana. Habría sido mejor buscarlos a la vuelta, pero con suerte, en ese momento, solamente me tocaría esperar cerca de media hora. No tenía ganas de hablar con nadie, el paseo por delante era largo. ¿Por qué yo, mamá? ¿Y a quién se lo digo? ¿A tu hermana? ¿Voy yo? ¿Y quién va a trabajar por mí? ¿Tú? ¿Y quién...? Extendí la cartilla al tendero para que contase a los miembros de la familia: bajo la fotografía —dos niñas de largas trenzas vestidas igual y una pareja aún joven; él sonríe, ella no—, un sello en rojo que despejaba la duda: apátridas. Me dieron cuatro huevos de gallina pequeños y fríos. Despegué varias plumas pegadas y restos de basura con los guantes puestos. Miré la cáscara ya limpia de uno de los huevos durante un rato, sería tan fácil reventarlo, la clara se alargaría desde mi mano, transparente y viscosa, hasta el suelo. Me quedé quieta, haciendo una fuerza muy medida sobre el huevo hasta que una señora tiró de mi codo para que le tocara su vez. Me quité el pañuelo que llevaba en el pelo y formé un nido de tela para que no se rompieran dentro de la bolsa.

Crucé el esqueleto de la Bersarinplatz, el cruce de calles ya despejadas, pero aún con sus montañas de ruina. Una vez a la semana, los bachilleres hacíamos trabajos de desescombro, los estudiantes y las *Trümmerfrauen*, viudas de guerra que limpiaron la Alemania destruida para conseguir ladrillos con los que levantar un país nuevo. Aunque las calles ya estaban limpias, todavía la piedra dormía acumulada, restos de una ciudad que mi familia no conoció. El trabajo consistía en despejar los ladrillos del cemento. Con un pequeño pico, limpiábamos para el Gobierno los restos de la Alemania nazi.

Caminé durante más de media hora hasta el Spree. Repasé de memoria la lección de geografía. Crucé el río sobre Oberbaumbrücke y sus aguas negras quedaron atrás. Yo había hecho varias veces este camino con mamá. Nos alejábamos de la frontera a paso rápido, perseguidas por nadie, pero ella tirando de mi mano, su mano en mi mano apretando, como si fuese a caerme todo el tiempo, voy a visitar a unos familiares, le decía al soldado. Repetí el camino y entré en el mercado de Kreuzberg. No te pares, me decía mamá, no te pares a mirar en los puestos, pero aquel día me quedé muy quieta frente a la tienda de frutas: de pronto, sentí que conocía el sabor de las naranjas, líquido y dulce, sobre la lengua. Busqué la pescadería y pedí cuatro sardinas. El pescadero cogió unos pliegos de un periódico occidental y puso los cuatro peces sobre su mano. ¿Le importa en ese no...?, le dije. Ah, sí. El hombre me miró por encima de los pescados y entendió que regresar a nuestro Berlín con un periódico occidental solo me causaría problemas. Cogió papel de estraza y los envolvió. Ahí no van a aguantar, pensé.

Llevaba en el bolsillo el papel donde mamá había anotado la dirección. En cursiva, con sus letras inclinadas y separadas una de la otra, mamá había escrito «Requena». Crucé un par de calles y encontré el edificio. Una puerta grande de madera y cristal dejaba ver el suelo a cuadros negros y blancos del portal. Llamé al timbre y me abrieron la puerta sin responder. Subí más de cien peldaños con las sardinas colgando de mi brazo en la bolsa. La puerta de la casa estaba abierta. ¿Hola? Por aquí, ¿eres la hija de Isabel? Sí, Katia. Bien, Katia, aquí está lo tuyo. Ten cuidado al cruzar.

Requena, o como se llamara aquel hombre –ojos pequeños, brillantina en el pelo–, me entregó un sobre. Llevaba una dirección que no conocía, de Berlín oeste, y no había nada escrito en la parte de atrás. Sin remite. ¿Ya? ¿Quieres algo más?

No, señor. Salí y comencé a caminar de regreso a casa. En la Köpernickler Straße, un gran grupo de gente gritaba a unos soldados que extendían una alambrada sobre el asfalto. Me quedé quieta junto a ellos, pero apenas podía ver nada. ¿De dónde viene ese olor?, dijo un hombre volviéndose hacia mí. Noté cómo los pescados empezaban a empapar el papel dentro de la bolsa y, al fondo, ya se acumulaba el líquido. Eché a correr. Al llegar al puesto de policía, un hombre de nuestra parte me detuvo: qué traes ahí. Nada. Está goteando sangre, sácalo. Entre mis pies y los del hombre, cuatro gotas rojas.

El guardia cogió la bolsa y abrió el papel. Los cuatro cadáveres, con sus ojos desorbitados al sol sobre el Spree. ¿Qué es esto? Pescado, le respondí. Pero, sobre todo, pensé, por favor, quédatelo, pero no saques el sobre. El policía volvió a meter la mano en la bolsa y tiró del pañuelo. Deshizo el nido y los cuatro huevos cayeron al suelo. No vuelvas a cruzar para esto. Gracias, señor, sí.

Corrí tanto como pude hasta bien avanzada Warschauer Straße. Entonces, me senté en su mediana entre los árboles y comprobé que la carta seguía escondida en los papeles que envolvían las sardinas. Estaba manchada de sangre, papel blando. Limpié el sobre contra los calcetines y soplé, sécate, vamos.

Hasta que no llegué a casa, tres horas después de salir, no fui consciente de que no llevaba los huevos. Mamá me abrió la puerta, me dio un beso y extendió su mano. Tampoco se acordó.

Es una carta de tu tía, llevo esperándola más de un mes.

Mamá, quién es Requena.

Recibe nuestras cartas en el Oeste, si no, viniendo de España, nunca llegarían.

¿Porque es un país fascista?

Ay, hija, no hables así. Y, de esto, nada a nadie.

Papá y Martina llegaron poco tiempo después. Mamá le dio un beso a papá en la boca. Sonreía, al fin. ¿Hay noticias?, le preguntó él. Ven, le respondió. Y se encerraron en su habitación. Cuando salieron, papá encendió un cigarro. Recuerdo su imagen recortada sobre el cristal, mientras mamá preparaba las sardinas. Como si lo hubiera hecho muchas veces antes, apretaba sobre la cabeza de los peces y tiraba hacia la cola, arrastrando todas las vísceras. Poco después, las escamas brillantes chascaban sobre la lumbre, llenándolo todo de un olor pegajoso. Nadie abrió las ventanas.

Unos días más tarde de que mamá recibiera la noticia del nacimiento de su primer sobrino, a pocas calles de nuestra casa, levantaron el muro, «para evitar que se desangre nuestro país», decía la radio. Y la pescadería, y el rojo aún palpitante de las agallas derramado sobre el hielo y el mercado y las frutas apiladas y aquella persona que recibía las cartas de nuestra familia quedarían en lo que ya siempre llamaríamos «el otro lado».

No fue hasta pasados muchos años que supe de la maquinaria humana que se ponía en marcha para que aquellas cartas llegaran hasta nuestra casa. Con los ladrillos que los bachilleres y las mujeres salvábamos, construyeron la Stalinallee, con su estatua erguida de la noche a la mañana y todo lo demás.

7

El principio de lo otro
Berlín, 1970

El nombre que entonces tuve. La mujer que entonces fui. Apenas una extensión de piel y veinte años de contenido. La memoria es la facultad que permite retener y recordar hechos pasados: codificar, almacenar y recuperar. Se mueve en la in-

consciencia, como una marea, dejando a la luz de la noche el fondo de arena de debajo del agua. El fondo del mar es como un cuerpo que se desarropa mientras duerme. Leí que existen dos tipos de memoria, la de las grandes cosas y la que recoge los detalles de lo que vivimos. Hay una electricidad entre emoción y memoria: cerebro, neuronas, flash. Una complejidad natural: a mayor emoción, más facilidad de que un suceso pueda ser recordado. La emoción es el filtro y es la marea. Es la revolución. La nitidez de la memoria está atada a la impresión que algo nos produce. A la vez, una catarata química se desencadena, un movimiento imparable y adictivo. Es el fin del juicio crítico. La dilatación de las pupilas, es el pequeño animal que se esconde contra el Estado.

Es de entonces, de aquellos días en que nos conocimos, de los que yo perdí los recuerdos grandes. No hubo cálculo de las consecuencias posibles. Culpa o supervivencia. Nunca lo supe. Qué hacía papá entonces, cuánto había crecido Martina, cómo era la vida de mamá mientras yo paseaba por el Berlín furtivo. Cuando regresaba a casa y actuaba normal, pero diferente, con un secreto inmenso dentro que nadie conocía. Y no hablaba. Solo tumbarme en la cama y grabar, grabar dentro lo que había pasado. Afuera, las calles, las tiendas, el muro, la universidad; dentro: el olor de la cena, las canas en la cabeza de papá y de mamá, la visita de algún amigo. Nada acerca de la infelicidad o el ansia de cada uno. Nada acerca del partido y de sus vigilados, de las normas, de los desaparecidos, la carta desde España llegando al buzón con cuatro frases hechas, el sobre despegado, ¿lloró mamá? Como si la cabeza anduviese entorpecida por algo, densa y lenta. Solo guardo la segunda memoria, la de todos los hechos: la puesta de sol contra el Bösebrücke cortando todo en dos o el ruido del silencio entre canción y canción de aquel casete de Elvis que él me regaló; todo desde aquella mañana, la mañana en que salí del Sybi-

lle, y él salió detrás de mí. Era noviembre y, al principio, un terror, un desconocimiento. Caminé unos pasos. Me paré y él se paró. Cruzé la calle y me adentré en Friedrichshain. Y él detrás. Entré en una librería: hojeé un libro de gramática, lo dejé, abrí un libro del chileno comunista Neruda. Al azar leí algo: no he olvidado aquellos versos, los leí en silencio cien veces seguidas antes de cerrar el libro y levantar la vista. *Otras veces calcáreas cordilleras interrumpieron mi camino.* Con las páginas aún entre los dedos, le miré. Estaba frente a mí, al otro lado de la mesa llena de libros. Por primera vez, me fijé en su cara. Cerré los ojos. Quién era. ¿Nos conocíamos? ¿Era de la universidad? La mirada pequeña y clara. El pelo lacio, muy alto, un hombre pájaro. Llevaba una cazadora abierta, dos líneas marrones en pico desde los hombros hacia el pecho. Esa es la imagen. Levantó las cejas y sonrió. ¿Qué? Entonces, lo pensé: no era del Este. No era del Este y era del otro lado. Un turista, un estudiante, por qué me había seguido, siempre unos pasos por detrás, cruzando la calle al mismo ritmo que yo, pero después y sin disimular la persecución. Y entonces, estábamos parados el uno frente al otro, fue el momento, o qué fue más que una inconsciencia. ¿Qué quieres? Nada, respondió, conocerte. ¿A mí? ¿Conocerme a mí? ¿Por qué? Me has parecido interesante, me dijo. Interesante ¿yo? Los libros fueron testigos, aquellas palabras, primera conversación. La imagen de papá sobre mis hombros, cállate, Katia, no hables con él, es de los otros, no es de tu gente, qué crees que está buscando, ¿una mujer?, eres idiota, niña. Pero había otra cosa, algo carente de inteligencia, por supuesto, un huracán, un riesgo, algo extraño que me decía que tenía que responderle. Una sucesión de reacciones imprevistas. Le sonreí, pero le dije que yo no le quería conocer. Y di media vuelta. El pulso, como un tambor debajo del abrigo rojo, debajo del abrigo de paño rojo y debajo del traje de pata de gallo y debajo de mi piel, el

corazón y los pulmones creciendo en movimientos reflejos. Salimos de la librería a la vez, sin hablarnos, a veces nuestros brazos se rozaban al caminar, pero ni una palabra más, ni una mirada más de frente, sí a las zapatillas que él llevaba, azules, dos rayas blancas a cada lado, gastadas, desgastadas de caminar, ¿por dónde? Paramos en los semáforos, el corazón y los pulmones engordando, adentro, paramos sobre el puente, dos siluetas rojo y blanco, cruzamos la tierra de nadie hasta llegar a la puerta del patio de la casa, los codos pegados, ni una palabra. Los árboles dentro retorcidos de invierno, arriba la ventana con luz donde mamá y papá y Martina tal vez. Hasta aquí, le dije. Y él se rio, se dio media vuelta y se alejó. Antes de entrar en casa, repasé los pasos, el cúmulo, la decisión y lo arbitrario: Herr Tonnemacher, la universidad, el paseo, el café abandonado en el Sybille y todo lo demás. Aquella noche, la noche del día en que le conocí, apenas pude dormir. Di vueltas sobre la cama, inventé: no hay salida para esto, no juegos. Y traté de olvidar el encuentro, qué absurda había sido.

Y llegó la navidad, mi última navidad en Berlín. Papá trajo un pavo. Se sale, decía desesperada nuestra madre, no puedo coser esta carne tiesa. Y te habrá costado tanto dinero. Yo machaqué las nueces, las ciruelas pasas y un poco de queso que terminó fundido por la bandeja del horno. Cenamos los cuatro, como siempre, la carne reseca del pavo, qué pena, decía mamá, y la masa requemada del relleno. No pasa nada, mujer, al menos tenemos esto, y papá abrió una botella de cerveza y nos sirvió a todas un poquito en los vasos. Luego, feliz año nuevo, y 1971 se metió en nuestra vida sin más, punto y seguido.

“ ”

‘ ’

†

D

*

es

c

p

A

z

j

*

A q

*

b

e

Z

;

f

r

V

.i

n

I , & R P Y H

X H I V

P A E

N O Y

N A

d

h m

R C

H

b s

z

z

z



Inés Martín Rodrigo

Madrid, 1983

Licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Trabaja en la sección de Cultura del periódico ABC, donde coordina el área de Libros, y colabora de forma habitual en el suplemento *ABC Cultural*. Ha sido jurado, entre otros, de los premios literarios El Ojo Crítico de Narrativa, Novela de Jaén, Doss Passos a la primera novela, Carmen Martín Gaité, etc. Es colaboradora de Fundación Telefónica, Acción Cultural Española, Casa de América y Hay Festival, entre otros organismos culturales. Hasta ahora, ha publicado la novela *Azules son las horas* (Espasa, 2016), en la que narra la vida de Sofía Casanova, escritora, poeta y periodista gallega que entrevistó a Trotsky en 1917. Ha aparecido en la antología de cuentos *El cuaderno caníbal* (Pálido Fuego, 2017), homenaje a la obra de los directores cinematográficos Isaki Lacuesta y Manuel Martín Cuenca, con el relato titulado *Naufragio*. Es autora del ensayo *David Foster Wallace, el genio que no supo divertirse*, que aparece en la obra *David Foster Wallace: Portátil* (Literatura Random House, 2016), y del prólogo de la edición en español de *El diario de Virginia Woolf. Vol. I (1915-1919)* (Tres Hermanas, 2017). Además, es autora del relato *Salto al vacío*, que formó parte del número especial que el suplemento *ABC Cultural* dedicó a los 125 años de la revista *Blanco y Negro* (junio de 2016).

¿Cuándo y por qué empezaste a escribir?

Aunque no recuerdo el momento exacto, podría decirse que empecé a escribir al mismo tiempo que la lectura se convirtió en una costumbre diaria, casi obsesiva. Tendría poco más de ocho años y, al regresar del

colegio, continuaba las redacciones y dictados que nos mandaban como deberes con mi propia imaginación. Ese fue el arranque. Al abandonar Medicina para estudiar Periodismo, cerca ya de los 20, la escritura fue mi refugio. Hasta hoy.

¿Cuáles son tus preocupaciones temáticas?

La vida, que, como Gil de Biedma escribió, va en serio. Con todas sus aristas, y sus recovecos.

¿Cuáles son los autores o autoras de cabecera: quiénes te influyeron más en tus comienzos?

No me avergüenza decir que Isabel Allende fue quien me abrió los ojos a la lectura seria (más allá de *La isla del tesoro* y demás fantasías y clásicos de niñez) y, con el paso del tiempo, y el peso de los años, Joan Didion y Alice Munro se convirtieron en mis autoras de cabecera, en la lectura y en la escritura.

Como autora de narrativa, ¿qué innovaciones encuentras en los libros editados en los últimos años: qué tendencias te interesan más?

No creo en las tendencias, y mucho menos en las modas. Creo en la capacidad de contar. Y, siempre que un autor/a la tenga, me engancha. Más que las innovaciones, prefiero la novela tradicional, esa que lleva siglos entreteniéndolos a los lectores, sin importar su procedencia.

¿En qué época y país te hubiera gustado ser escritora?

Aquí y ahora (es lo único que tenemos).

Si tienes algún proyecto entre manos, ¿podrías hacer un avance de lo que estás escribiendo?

Estoy escribiendo mi segunda novela. Una historia sobre la aventura que supone estar vivo... como todas las historias, al fin y al cabo. No me gusta adelantar el argumento de aquello en lo que estoy trabajando; no por superstición, ni nada parecido. Se trata de simple pudor: prefiero preservarlo, aún, en mi imaginación, no vaya a ser que desaparezca.

AZULES SON LAS HORAS

(fragmento de novela)

Poznan (Polonia), 1 de enero de 1958

La muerte me acecha. No le tengo miedo. Ya no. Es hora de marcharse. Dios me quiere junto a él y mi pequeña Yadwiga me reclama: «¡Madrecita, madrecita! ¿Por qué me dejaste morir?». Sus palabras resuenan hoy con más fuerza que nunca en mi conciencia, privada de la vista, pero no del amargo recuerdo del pasado inalterable, terrible, abrasador. Hace días que no puedo levantarme de la cama. Mi hija Halita viene cada mañana, muy temprano, y me toca la frente. Cree que duermo profundamente y, alguna vez, he notado cómo acercaba su cabeza hasta mi pecho para comprobar que seguía respirando. No sabe que, cada noche, rezo a Dios para dejar de hacerlo.

Sí, ya he vivido bastante. No quiero darle más tormento; a ella ni a nadie. Tengo noventa y seis años, estoy ciega y tan lejos de mi patria que ni sentirla ya puedo. ¡Mi España, mi pobre España! No pude volver y descansar para siempre cerca de mis carmelitas descalzas, en mi tierra gallega. La añoranza me invade estos días. Hace una semana empecé a tener unos terribles ataques de tos seca. Mi yerno hizo llamar al médico, que se desplazó a Kozięglowy. El buen doctor me saludó con cariño y, tras cogermela la mano, hizo que me tumbara. Supo, de inmediato, la

gravedad de mi estado. Salió de la alcoba para hablar, en el rellano de la escalera, con mi hija. No pude oír lo que le decía, pero nadie sabe mejor que el enfermo si debe, o no, albergar esperanzas. La noche anterior, al incorporarme en la cama para tratar de respirar un poco mejor, tosí con fuerza y supe que lo que me atenazaba el corazón era neumonía. El frío de mi querida Polonia se me ha metido, ya para siempre, en los huesos, y me llevará consigo. Al volver a la habitación tras despedir al doctor Piotr, Halita no pudo remediar el llanto. Me abrazó, inconsolable, y la mecí como cuando era niña, en Marín, con la brisa de las rías gallegas entrando por el balcón. Desde entonces no se ha separado de mi lecho. Me sube caldos calientes, las pastas de piñones que tanto me gustan y que sólo se encuentran en el mercado de Poznan, leche con miel... Pero no tengo apetito. El estómago se me cerró el mismo día que me invadieron los temblores.

Alguna mañana he intentado levantarme, coger el bastón que está apoyado sobre la mesa y asomarme al balcón. Hace años que memoricé el paisaje que hay al otro lado del cristal: el blanco radiante de las montañas nevadas, los campos fértiles que extienden su manto hasta más allá del límite geográfico de fronteras... ¡Oh, las fronteras! ¡Amargas fronteras! ¡Marcadas al arbitrio de quienes deciden sin tener en cuenta a sus semejantes! Que Dios les perdone, que no repare en sus corazones de latón, incapaces de sentir el dolor en otra carne que no sea la suya. No quiero que la amargura me venza estos días, pero son tantos los recuerdos, algunos tan dolorosos, que me gustaría haber perdido la memoria y no la vista. ¡Ciega quisiera estar del pasado! Y, en cambio, todo se me viene a la mente, nítido, como si hubiera ocurrido ayer. A veces rompo a llorar sin razón, sin aparente razón, pues en mi cuarto no tengo más compañía que los libros que pude salvar en Varsovia. Ayer mismo, mientras abajo la casa bullía con el alboroto propio de la última noche del año, oí cómo unos pasos subían las escaleras y se aproximaban. Era Karul, mi nieto. Quería leerme, como cada

día, algunas páginas de Poesías, mi primer poemario. Escuchar los versos que escribí hace ya casi un siglo me abrumba, pero él combate mi rubor tomándome la mano. Me encontró llorando, casi sin aliento, sumida en un sollozo infantil y hasta hipo.

—¿Qué le pasa, babunita?

Cómo contarle, a sus treinta años, que hay desconuelos que no tienen remedio y es mejor dejarlos, procurar que se vayan igual que llegaron, sin avisar. Pasamos la tarde juntos y cuando comenzó a caer la noche, mi yerno subió para ayudarme a bajar y cenar con mi familia. La última Nochevieja. Lo sé. Sé que así será. Sé que Dios quiere que así sea. Brindamos y reímos como hacía tiempo que no hacíamos, olvidando las penurias y padeceres de tantos años. A medianoche volvió la tos, y con ella los temblores. Mi nieta Sofía me ayudó a volver a mi habitación. «Dulces sueños, princesa del amor hermoso», me susurró al oído. Me dio un beso y se marchó. Fue ella la que debió de dejar caer, sobre mi cama, la imagen del Sagrado Corazón que siempre llevo conmigo. La guardo desde que me la dio mi abuela Isabel, en Almeiras, una soleada mañana de junio de 1871.

—Lleva esto siempre cerca del corazón, Sofitiña.

—¿Pero qué es, abuela?

—Es el Sagrado Corazón, un tesoro que te protegerá siempre, estés donde estés. La vida es muy larga, mi hijiña, y quiera Dios que nunca tengas que pasar tantas desgracias como tu madre. Mi pobre hija...

—Pero mamá es feliz. Te tiene a ti, y al abuelo, y nos tiene a nosotros. Yo cuido de los hermanos y ella de todos nosotros. Somos una gran familia.

—Ay, la familia. Si tu madre no hubiera conocido a ese malnacido. Y no me hagas hablar más, que se me suelta la lengua y luego tu madre me riñe. Venga, ayúdame a fregar la loza.

Mi abuela Isabel no podía evitar guardarle rencor a mi padre, el «malnacido». Entonces yo sólo tenía diez años, pero sabía

bien que sus palabras, mezcla de rabia y razón, se referían a él. Mis padres se habían conocido muy jóvenes en La Coruña. ¿Se amaron demasiado rápido? Quizás. El caso es que mis abuelos maternos nunca vieron con buenos ojos aquella unión, por más que mi madre estuviera loca de amor por el joven literato. Mi padre coqueteó con la narrativa desde su juventud y bien temprano sintió la llamada de la política y la intelectualidad, por lo que mis abuelos intuían —con razón— que no era el mejor candidato para convertirse en el fiel esposo y mejor padre que habían soñado para su hija. Pese a todo, mi madre, terca como yo, siguió en su afán y pronto vine yo al mundo, cuando aún ni siquiera se habían casado. ¿Hija ilegítima, poco o nada deseada? No dudo del amor que mis padres se tenían, porque sus gestos los delataban y todos los recuerdos que conservo en mi memoria revelan la pasión que los unía. La boda, como no podía ser de otra forma, llegó casi dos años después de mi nacimiento, por lo que, sin pretenderlo, fui protagonista del casamiento de mis progenitores como pequeña dama de honor una mañana de enero de 1863.

Durante al menos dos años intentamos ser una familia, instalados en La Coruña. Pero los deseos irrefrenables de mi padre, alentados por la estrecha amistad que mantenía con un político, José Elduayen, condujeron al desastre y al fin del matrimonio. Se habían conocido en una velada literaria en la casa de Elduayen, en Vigo. Ya esa noche, Elduayen comenzó a meter a mi padre pájaros en la cabeza, que poco tiempo después le harían volar lejos de casa. Le hablaba de sus aspiraciones dentro del Partido Conservador, en el que él militaba y por el que había conseguido un escaño en el Congreso que le permitía escaparse a Madrid siempre que lo necesitaba, dejando en Galicia a su mujer, con la que había contraído matrimonio en segundas nupcias.

—Muchacho, tú has de venir conmigo a Madrid. Te auguro un gran futuro. Tus dotes de conversador te abrirán las puertas de cualquier despacho, por muy real que sea.

—¿Usted cree? Pero si yo nunca he salido de Galicia...

—Por supuesto que lo creo. Tus fronteras están muy lejos de esta tierra pobre e iracunda. Me acompañarás en mi próximo viaje y te presentaré a gente importante; gente que te sacará de las penurias de esa casucha de los Casanova. ¡Valiente panda de rencorosos! Van de humildes y son unos muertos de hambre. Si yo te contara de dónde viene la supuesta nobleza de su linaje...

Las malas lenguas decían que Elduayen frecuentaba compañías poco recomendables en la capital, aunque su fama de mujeriego y estafador no logró empañar su carrera como político. Mi padre veía en él a esa figura masculina que en su casa siempre faltó, sin sospechar que sus ansias de imitar su porte y gozar de su posición social le alejarían, para siempre, de lo que más quería. Su imagen, saliendo de casa una mañana temprano, como si fuera un fantasma, con un saco de ropa al hombro y una gorra, delgado y ojeroso, permanece imborrable en mi memoria.

—¿Qué haces ahí, Sofía? Vuelve a la cama con tus hermanos.

—Papá...

Apenas pude balbucear otra palabra. Pequeña y enjuta, a mis cuatro años recién cumplidos aún observaba el mundo de los mayores con la distancia e inocencia que permiten los ojos de un niño. Mi padre me cogió de la mano y me asió entre sus brazos. Aspiré el aroma a tabaco y sudor.

—No me olvides, Sofía. No te olvides de tu padre —dijo entre sollozos.

Y salió de la casa, sin mirar atrás. Después se instaló un silencio cómplice entre mi madre y mis abuelos. Nunca más se volvió a hablar del tema. El paso de los días fue cayendo como una losa, con la espera de que el tiempo, inalterable, hiciera olvidar el recuerdo, hasta que no quedara nada de la figura de mi padre en nuestra memoria infantil. Pero el destino siempre tiene una carta preparada, una jugada maestra con la que ganarte la partida.

—Rosa, ha llegado una carta para ti.

El rictus de mi abuelo Juan, siempre severo, denotaba más preocupación de la habitual. Llevábamos todo el verano en Almeiras, con la despreocupación propia del estío, sin acordarnos ya del hueco en el sillón de la casa de La Coruña.

—¿Qué pasa, padre, qué es? Que parece que hubiera visto un fantasma.

—Un fantasma no, pero parecido. Esta mañana he estado en Coruña para ocuparme de unos asuntos y fui a la oficina de correos. Genaro, el cartero, me había dejado el recado en el bar de Manuel de que me pasara por allí para recoger una notificación que había llegado desde Madrid.

—¿Y qué es? Dígamelo, hombre, que me tiene en ascuas y ya no sé qué pensar.

Sentada en el patio, al caer la tarde, recuerdo a mi madre, que, presa del pánico, pues conocía a su padre, zarandeaba a mi abuelo mientras trataba de hacerse con la carta.

—Es el barco de Vicente, que ha naufragado.

—¿Cómo que ha naufragado?

—Sí, al parecer salió de Cádiz hace una semana, hubo una tormenta y el barco se hundió.

—¿Vicente ha muerto?

—Ése es el problema: no aparece en la lista de tripulantes.

Pese al acuerdo tácito establecido en la familia de no hablar, ni mentar, y mucho menos intentar recordar la partida de mi padre, mi abuelo Juan le había seguido la pista hasta Madrid. Aún mantenía contacto con la alta sociedad de la época, o lo que quedaba de ella, y trató de averiguar su destino. Sabía que había marchado de La Coruña siguiendo la estela de Elduayen y que en Madrid había intentado ganarse la confianza de algún politicucho barato y sin entidad. Pese a mi edad, recuerdo que mi padre no bebía y tampoco era mujeriego, pero le gustaba mucho el juego, y no fueron pocos los disgustos que le dio a mi madre cuando llegaba a casa en plena noche, tras haber perdido en una

partida de cartas veinticinco pesetas. En Madrid, según contó aquella tarde mi abuelo, se metió en más de un lío por esa afición. Una de las veces tuvo que ocultarse durante algunos días para no afrontar el pago de una deuda, y lo hizo en casa de Patricio Aguirre de Tejada, un buen amigo de la familia. Don Patricio, paciente y bondadoso, no supo qué hacer, por lo que trató de ponerse en contacto con mi abuelo para informarle y pedirle opinión, al fin y al cabo, legalmente seguía siendo su yerno. Así fue como mi abuelo supo de mi padre, aunque no se lo comunicó ni a mi madre ni a mi abuela. Su respuesta fue segura: «Déjalo marchar, no lo protejas más, Patricio. Él se ha buscado su propia suerte, y Dios sabrá cuál ha de ser su destino. Sólo espero que sea lejos, muy lejos de mi hija y mis nietos».

Don Patricio cumplió con la voluntad de mi abuelo y le dijo a mi padre que debía marcharse, pues esperaba la visita de unos familiares de su mujer que venían de Burdeos e iban a ocupar la habitación de invitados durante, al menos, dos semanas. Agobiado por su situación, sin un mendrugo de pan que llevarse a la boca ni un techo bajo el que cobijarse, mi padre dejó Madrid rumbo a Cádiz, con intención de enrolarse en el primer barco que partiera hacia América. Una vez en el puerto, entabló buena amistad con el contraamaestre de La Dolores, quien le presentó al capitán y le consiguió un pasaje para embarcarse con la tripulación.

—No está, Rosa, su nombre no aparece por ningún lado.

—Pero si don Patricio le dijo que había embarcado... ¿es que embarcó! ¿No puede ser que por no pagar todo el importe del pasaje le hicieran un hueco, qué sé yo, entre el servicio?

—Hija, no está y no está. No se puede dar por muerto a alguien si no hay registro oficial de su defunción.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Este hombre ni muerto me deja en paz! ¿Qué vi yo en él, padre, dígame, qué vi yo en él?

Mi madre se echó en los brazos de su padre, rota de dolor y desconsolada. Así fue como se convirtió en viuda, pero sin serlo.

De mi padre nunca más supimos y su ausencia marcó toda mi infancia. Una mañana, a finales de aquel verano de 1867, escuché a mi abuela hablando en el jardín del pazo, en Almeiras, con una vecina.

—Éste no contaba con que el barco naufragara, te lo digo yo, Herminia.

—¿Y qué quería, entonces?

—Éste lo que buscaba era desaparecer como fuera, hacerse pasar por otro, darse por muerto. Cualquier cosa con tal de empezar una nueva vida, lejos de su mujer y sus hijos.

—¿Le ves capaz de eso, Isabel?

—De eso y de mucho más.

Mi abuela estaba convencida de que mi padre mintió cuando comunicó su intención de embarcarse rumbo a América, tratando de poner un océano imaginario entre su nueva vida y su familia sin moverse de España. Casi noventa años después sigo sin saber qué pasó con él. Durante décadas me resistí a creer la versión de mi abuela y fueron pocas las veces que hablé con mi madre del asunto, sobre todo porque sabía el dolor que le provocaba. Hoy no tengo dudas de que mi padre fue un egoísta y antepuso su felicidad a la de su familia, sin importarle lo que pudiera pasarnos a mis hermanos y a mí, y mucho menos cuál sería el destino de su todavía mujer, sin refugio legal ante la ausencia de marido. Pese a todo, hasta que tuvimos que abandonar Varsovia, guardé un poema que él escribió al poco de yo nacer:

*Nació una estrella pura y esplendente
en el risueño cielo de Galicia
de sus amantes padres la delicia.*

Pasaron los años y seguimos viviendo en el pazo de Almeiras, lejos del bullicio de la ciudad y protegidos de las malintencionadas murmuraciones de los vecinos. Mi madre, dotada de

una entereza fuera de lo común y que yo nunca he vuelto a ver en nadie, nos mantuvo exportando huevos a Inglaterra desde La Coruña, aunque mis abuelos nos ayudaban y nunca faltó nada en nuestra casa. Es curioso, porque, pese a todo, no recuerdo aquella época con tristeza. Mi infancia fue feliz. Fui una niña feliz. Y sólo recuerdo con cierto pesar el día en que mi abuelo firmó la venta de la casa de Almeiras.

—Padre, ¿está seguro de que quiere venderla?

—Lo estoy. Este lugar se les está quedando pequeño a los niños. Sofía ya tiene trece años y tú debes velar por su porvenir. ¿No has visto cómo lee? ¿Cómo lo mira todo? Está ávida de conocimiento. Coruña no es una ciudad para ellos. Y mírate a ti: hundida en tu propia desgracia. ¿Quieres seguir vendiendo huevos toda tu vida?

—Claro que no, padre, pero Madrid... Está tan lejos. ¿Qué será allí de nosotros?

—Pues será lo que tenga que ser. Tu madre y yo viviremos con vosotros. No te marchas sola. Y allí nos espera don Patricio. Es lo mejor para todos.

Mi abuela asentía, sin mucha convicción, mientras él argumentaba. Pese al tiempo que habían pasado en América, los dos se sentían gallegos y amaban su tierra. Pero, por encima de tierras, raíces y nacionalismos, estaba el amor hacia su hija, a la que veían cada vez más apenada desde la «muerte» de mi padre. Una madre soltera con tres hijos no era el sueño de ningún muchacho, y mucho menos en la Galicia rural de finales del siglo XIX. Madrid sería distinto: un nuevo escenario, sin rémoras emocionales, en el que empezar a escribir la nueva historia de los Casanova. Yo observaba sin mediar palabra, intentando memorizar cada rincón de nuestra casa. Sin saberlo, aquella tarde de mayo de 1874 empecé a despedirme de mi Galicia querida, a la que ya sólo volvería en contadas ocasiones, nunca suficientes.

